
Esencia de Eternidad
SONIA TOMÁS

SONIA TOMÁS CAÑADAS

ESENCIA DE ETERNIDAD

Toda la información en:
www.SoniaTomas.com
Twitter Facebook Google+

Basada en la mismísima leyenda documentada y real
que despertó el interés sobre vampiros en Bram Stoker,
creando Drácula en 1897.
Sonia Tomás, top ventas en Amazon, presenta,
'ESENCIA DE ETERNIDAD'
Narrada en primera persona por su protagonista,
esta inquietante historia te atrapa en un fascinante cóctel
de aventuras, intriga, amor y poder,
sumergidos en una seductora atmósfera con la que no sólo
los experimentados en sangre podrán deleitarse.
'Pura acción al rojo vivo'.

A mi pequeño vampiro.
Nada cabalga tan veloz como la muerte.
Drácula

ÍNDICE

Prefacio

Nadie sabe si creer en lo que jamás has creído te puede acercar más a la vida o a la muerte. Sin embargo, cuando la legendaria raza de la noche te elige sin alternativa desde las sombras, para conducir hasta ella su último suspiro oculto en la Tierra, lo más sensato es amarrarte a las cadenas que te puedan salvar de su eternidad.

En mi vida, a penas dejé espacio para el romance. Siempre he sido como un soldado, no una doncella de mirada soñadora ni una lasciva seductora. Puede, que porque jamás valió la pena. Llegó un momento que me enamoré tanto de la oscuridad, que perdí mi camino despachando el resto al cielo o al infierno. Entonces me di cuenta, de que no había sido tan afortunada al no sentir amor por personas o cosas que no entraban en mis planes, justo cuando las riendas de mi vida fueron tomadas por un sabio poder proveniente de los tiempos en el que Nueva Inglaterra se encontraba inmersa en el suceso más tenebroso de los anales de su historia.

Y aquella fuerza dispuesta a inyectarme su veneno con la más tentadora de las armas, guió a alguien hasta mí, alguien por el que por primera vez sentía algo real, hasta que su posesión me condujo a lo inevitable, la cuestión era, si sería capaz de saber cortejarlo.

Me llamo Sunniva; regalo del astro, *y pensar que mi madre me puso ese nombre, porque en mi ardua llegada al mundo, sólo obtuvo el descansó tras asomar los primeros rayos de Sol. Existen segundos de sufrimiento que pueden sentirse como los de toda una vida...*

Ahora, únicamente espero, que al alcanzar mi destino no me arrepienta, pues movida por el deseo de conocer lo que en ocasiones no nos concierne, soy la culpable de que Louie y yo debamos luchar por conseguir dejar de ser lo que ahora somos.

1
LA INTERMEDIARIA

El Sol caía sobre mi cabeza como pocas veces golpea en Rhode Island. Me defendía entornando los párpados mientras caminaba con el teléfono pegado a la oreja, hablando como todos los días con mi mejor amiga Kiara. Aguardé la próxima sombra para hacerme con mis oscuras gafas del bolso manteniendo el móvil entre el hombro y la cara, *«liberación pura»*, y me permití el lujo de abrir los ojos lentamente mientras la vista se me aclaraba, al tiempo que Kiara me recomendaba su última adquisición en forma de gotas enfrascadas.

—Quizás me lo compre —susurré mientras una suave brisa serpenteaba hasta mi cuerpo agitando el cabello de mi sombra. Su

descripción afrutada pareció convencer a mis sentidos incluso en la lejanía. Eso ya era mucho para un perfume, eso, y que Kiara y yo, solíamos coincidir en casi todo.

Sin embargo, ajena a mi alrededor, alguien más estaba al tanto de mi conversación. Una anciana que avanzaba con sus pasos muy de cerca escuchando con interés todo lo que decía, hasta que mis labios formaron el sonido del adiós. Entonces una risa tosca se elevó tras de mí deshaciendo su tono suavemente, convirtiéndome en su presa con las manos alrededor de mi cuello para después hacerlas descansar sobre mis hombros.

—Perfumes —dijo —, lujuriosos aromas que hacen saborear viajes a sensaciones brillantes de irrealidad. «Una mujer sin perfume, es una mujer sin mañana». Travesías demasiado breves.

La persuasión con la que se expresó y rugoso tacto sobre mi piel, frío como un carámbano, me hicieron estremecer, y rápidamente me di la vuelta para verla. En ese momento nada hubiera podido apagar la expresión de horror que se dibujó en mi rostro. Era la primera vez en mi vida que me había quedado sin palabras.

Su mirada esculpida en un rostro exánime y demacrado revelando sus huesos como un decrépito cadáver de pocas semanas, era escoltada por un profundo y cristalino color azul muy parecido a los de un invidente trasplantado. «La repulsiva imagen de los últimos alientos de una longeva vida casi difunta se mostraba ante mí».

Abrí la boca para hablar, pero sólo pude coger el oxígeno que necesitaba para no apartar la vista, pues justo antes de emitir vocablo alguno, la anciana arqueó las cejas apretando los dientes como si estuviera a punto de confesarme algo terrible, secretos de esos, cuyo significado no conocemos hasta que somos testigos. El corazón se me aceleró latiendo más fuerte y sentí que se me hinchaban las venas.

Hace mucho calor Sunniva, trata de calmarte. Vamos, ni que te estuviera apuntando con un arma.

Pero entonces la vieja mujer transfiguró la expresión dura y cruel de su tez blanquinosa de porcelana en un rostro amigable, desviándola en dirección a mi pelo, acariciándolo en cada parpadeo mientras llenaba mis pulmones con el fétido olor de su aliento.

—Siempre quise tener una hija como tú —dijo sonriendo delicadamente pasando los dedos por mi mejilla.

«Y ese fue el instante». Aquel que marcó el comienzo de una historia sombría que empezaba a escribirse ante mí. La de la ambición de la leyenda de origen mundano que guardaba el único secreto que había conseguido superar el paso del tiempo. El que yo apenas había empezado a entender.

—No he podido evitar escucharte. Una joven como tú merece que esta anciana le haga un regalo antes de que la vida le abandone, el

mayor de los legados desde hace muchos años… —y colocó sus entumecidas manos sobre mí, empujándome ligeramente como si estuviera invitándome a andar a su lado, señalando con el dedo el nuevo camino que debía tomar en dirección contraria a la que me dirigía —.Conozco una posada de inmemorables esencias, tan selectas e indescriptibles, que prometo a la corta edad de tus sentidos experimentar para siempre las sensaciones más placenteras que haya conocido hasta ahora —.La adrenalina se despertó en mi interior como nunca. La mujer notó la curiosidad en mis ojos verdes que se iluminaron con una incontrolable y confiada atracción dejando que me guiara unos cuantos metros más.

Pero tardó poco en refrenar mis pasos

—No tan deprisa —dijo deteniéndose en frente de una especie de abertura angosta por la que a duras penas cabía una persona de perfil —.Es por aquí.

¿Aquello era una calle? *No tenía ni idea…*

Pero el deseo de saber lo que podía incluso implicar algún tipo de peligro, volvió a visitar mi curiosidad humana. No obstante quise dármelas de prudente y desconfiada, «aunque esa no fuera yo…».

— ¿No querrá que me meta por ahí? —musité sin mirarla.

Y en cuestión de segundos, al igual que el Sol tras varias nubes, la anciana se esfumó increíblemente rápido. El viento se volvió más frío, soplando cada vez con más fuerza, y me envolví con mis propios brazos para protegerme. Y justo a punto de dar media vuelta e irme, una inoportuna lluvia de verano de las que ni si quiera te permiten despedirte de la luz, de esas que jamás podrías esperar tras unos rayos letales de claridad, aplastó las ondas de mi cabello sin piedad. El agua cayó con fuerza empapando la capota de un brillante Jaguar plateado que pasaba por la calle, y que tras salpicarme, me hizo girarme.

«*Bonitas ruedas*», pensé de manera absurda mientras el aguacero me propinaba el empujón que necesitaba para atravesar el estrecho callejón e intentar guarecerme.

1.1

«Que mórbido pasadizo».

Parecía haberme trasladado a otro lugar, me atrevería a decir que incluso a otro tiempo, y como si de repente creyera en la magia, miré atrás temerosa por si en la poca distancia recorrida realmente hubiese traspasado la insensata locura de fronteras atemporales.

—No seas cría —me reproché tras ver que la boca de la callejuela seguía en su sitio, e intenté expulsar de mis pensamientos las fantasías que me inquietaban.

A pesar de que mi sentido común me invitaba a marcharme del que

probablemente sería el último sitio del mundo en el que hubiera querido estar, su estampa parecía pretender atraparme ejerciendo un influjo incontenible sobre mi mente y mi cuerpo.

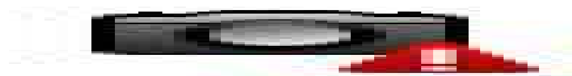
Pero el deseo de saber más anulaba mi paciencia. En el fondo estaba segura de que no iría a ninguna parte hasta que averiguase la verdadera existencia de esos perfumes. Siempre tuve el convencimiento de que las facultades de las cosas antiguas relucen en los momentos más inesperados, más que cualquier otra cosa. Debía averiguarlo.

Caminé unos metros entre las sombras del camino, los suficientes como para perder de vista la entrada. Y la encontré con esfuerzo ciego, como si supiera perfectamente que pronto la alcanzaría. Después de conocer el origen de su ruta, no podía ser peor.

Y entonces la vi, vi su belleza.

A pesar de las décadas de contaminación la hermosura de aquella tienda se reflejaba en cada ladrillo de su fachada. El arco vintage del umbral elegantemente carcomido, armonizaba con el moho que el paso del tiempo había dibujado trazando un fascinante jardín vertical. De inmediato, el olor de las flores cuyas semillas habían viajado hasta allí en otra época, invadió los orificios de mi nariz hasta la garganta, y apoyé las manos con delicadeza sobre las coloridas enredaderas para saborear aún más su dulce perfume bajo el porche, mientras las gotas de agua continuaban deslizándose por mi cuerpo. Me pareció tan supremo e indescriptible que creo que incluso llegué a gemir en voz alta, y si respirarlo podía significar extinguirlo de algún modo, debería estar prohibido hacerlo.

Increíblemente relajada, incliné la cabeza hacia atrás levantando la vista hacia el resplandor de la distinguida farola de bronce que custodiaba su entrada como un guardián, donde a su misma altura, una combinación de letras cuarteadas con trazo de pluma anunciaba su nombre:



«Esencias de Eternidad 1890»

Aunque su edad y absoluto silencio hacían pensar estar abandonada, la puerta entreabierta brindaba el paso a su interior con una luz trémula de un grupo de velas, que de repente me hicieron sentir un fortuito espasmo de satisfacción y esperanza.

En ese instante no había nada más en el mundo que me supusiera mayor interés, y sin pensarlo dos veces, me adentré en aquellas paredes sobre las que su longevo propietario se desplazaba por interminables repisas con una escalera corrediza como las de las

bibliotecas de antes.

El aviso de la campanilla sobre la puerta lo detuvo en seco, y de inmediato su mirada seria y enloquecida de aspecto desaseado se clavó sobre mí. Segundos después me ofreció una gran sonrisa esculpida en su rostro algo desfigurado, pero de tal generosidad que sorprendentemente sería capaz de conmover hasta a un niño.

—Buenas tardes señorita —dijo.

Devolví el saludo con cierta timidez, bajando la cabeza, aunque me fue imposible no levantarla rápidamente. El vendedor permanecía en silencio observando con orgullo la mezcla de asombro y admiración que irradiaba mi rostro al contemplar la multitud de frascos de diferentes tamaños y formas que me envolvían desde la sombra. Entonces me percaté de que el gran candelabro que había vislumbrado desde el exterior ardía encima del mostrador, y me di cuenta de que sus llamas eran imprescindibles para acabar de dar forma a aquella seductora atmósfera, proyectando un intenso resplandor que otorgaba lustreza a los perfumes como brillantes apariciones. Cada uno personalmente triste, cada uno espléndidamente valiente.

Aquel hombre invitó al sentido que alimentaba mis pulmones a probar un sinfín de aromas, y lo que la anciana aseguró sobre ellos resultó ser más que cierto. Crecientes sensaciones de prodigio se grababan inolvidablemente en mi mente a través de mi olfato, una tras otra, resultaban tan extremadamente agradables que parecían haber fermentado favorablemente en el tiempo como grandes añejos. Su maravillosa precepción al tiempo tranquilizadora, definía la razón perfecta del porqué no podía entender no querer marcharme de allí sin olerlos todos.

Fue entonces, cuando sumida en la delicia más inaudita que mis glándulas habían alcanzado jamás, fijé la atención en uno que asomaba vagamente entre el polvo más recóndito del último anaquel. Uno, que con su sóla presencia, consiguió atraerme poderosamente sin ni si quiera haberlo probado. Encarcelando su interior, un candado con dos fechas grabadas en finos trazos de cera petrificada que distaban incontables lunas, daba la sensación de estar protegiendo un exclusivo y fragante olor tan valioso como el oro.

Mi nuevo interés fue advertido por el tendero, a quien durante unos segundos se le volvió a oscurecer el rostro. Después aclaró la voz carraspeando, tratando de encontrar mi mirada con otras palabras que dirigió con perfecta calma.

—Son todos adorables ¿Verdad?

Sonreí fríamente, pero sin apartar la vista del que parecía llamarme con su cautivador y misterioso envoltorio, y sobre el que no tuve ningún reparo señalar imperiosamente.

—¿Qué tal aquel?

El hombre se sobresaltó de golpe tirando la libreta de apuntes del mostrador. Parecía como si parte de sus nervios hubieran empezado a temblar de alarma, lo que acrecentó mi interés aún más.

—Lo siento señorita, pero ese no está en venta, debe de haberse colado entre el muestrario por equivocación —y tras recuperar el cuaderno, se aproximó hasta él hundiéndolo en el estante tras otro perfume de mayor tamaño.

Pero el impulso irrefrenable de probar su efecto en mis sentidos dominó mi compostura. «Si su embalaje había conseguido fascinarme, mi olfato debía encontrarse como fuera con su aroma».

El tendero contempló durante casi un minuto la puerta de la trastienda frunciendo los labios en aire pensativo. Después anuló la mueca inexpresivamente, lo que no evitó que pensara de él, aparentar ocultar turbulentos pensamientos que parecían atormentarle por dentro, y con la boca temblorosa se dio prisa por compensar mis rebosantes deseos imposibles de esconder.

—Creo que sé lo que está buscando… —dijo sacudiendo la cabeza con firmeza como si estuviera disimulando —enseguida estoy con usted.

Lo cierto es que no me interesaba en absoluto a porqué había ido. La enigmática esencia apartada de la vista se había adentrado en el compartimento de mis ambiciones en tiempo record y coronando el pódium, estaba segura de que no saldría de él ni aunque me lo propusiera. El fuego danzaba incesante en mis ojos hasta el rincón donde descansaba, sin saber porqué, ejercía una atracción en mí tan poderosa que me costaba refrenarla. De pronto era lo único que deseaba de allí, y en esos momentos tuve muy claro que no esperaría la aparición del dependiente aunque ello significara «robarla».

Rodeé hasta la esquina del mostrador cruzándolo con rapidez, y alzándome como una bailarina sobre las yemas de los pies, aparté nerviosa los frascos de la primera fila.

De nuevo su irreducible belleza atravesó mis retinas como un puñal, junto a ese poder que atesoran las cosas antiguas que te trasladan a otra época; una vieja cabaña, una mansión de columnas corintias o el mismísimo y cautivador enigma que ahora era consciente que podían llegar a albergar las partículas de fragancias remotas. Los colores de su envoltura metálica irradiaban tal intensidad, que al contemplarla, sus líneas antiguas parecían difuminarse sin alterar su solidez.

El hecho de poder hacerme con ella tan fácilmente y llevármela me convenció aún más de que tenía que ser para mí, y volví a colocar en su sitio la que la ocultaba saliendo a pies juntillas, atravesando la puerta de lado para evitar que la campana de aviso golpeara sus paredes.

Corrí increíblemente deprisa, tanto, que estoy segura que como nunca nada me había impulsado a hacerlo antes. El aire era más puro tras la lluvia. La bruma se levantaba entre los árboles pardos plantados a los lados del pasaje que me había conducido hasta allí. Tras su umbral empezaba a escampar, aunque el asfalto siguiera mojado. La sutil claridad surgiendo entre los edificios del vecindario se reflejaba en los grasientos charcos, concediéndome el desahogo que necesitaba para recuperar el aliento y marchar a paso andante.

Pronto el cielo anunció que el Sol se encontraba a punto de asomar. Sujetaba el bolso con el codo hacia mi costado con deseos indómitos de llegar a mi casa, mientras la vieja mujer me observaba en la lejanía sin que yo advirtiera su presencia, aunque desde ese día jamás la volví a ver. Intentaba olvidar la apropiación que con tanto placer acababa de consumar, con la confianza de que como en casi todos los hurtos posiblemente desestimables, quedara en el olvido sin que nadie corriera en mi búsqueda.

Sin embargo, lo que todavía no sabía era, que el fascinante perfume portaba consigo un gran secreto. Una reserva de siglos con un terrible poder cuyo destino desconocía llegaría a resultar una tremenda batalla. Aquella cuyas espadas forjaron su hojas bajo el fajo de billetes que el perfumista depositó sobre las engarrotadas manos de la anciana que me condujo hasta allí.

2
CONFUSIÓN

Hacía más de media hora que la cena esperaba casi fría en la mesa alimentándose pacientemente de su último resquicio de calor. El semblante de mi madre desde que escuchó la puerta, se tornó más molesto que asustado.

—Lo siento, me he entretenido hablando a la salida del instituto —dije entrando a la cocina estampando un beso en su mejilla —.No tengo mucha hambre, estoy cansada, hoy me iré antes a la cama —solté de golpe con íntegra naturalidad y certeza. *Vamos Sunniva, a estas horas te comerías hasta los cubiertos…*

Mi madre asintió con la cabeza mientras apretaba los labios en una mueca conforme. Eran horas demasiado perezosas y no estaba por la labor de molestarme con sus pensamientos. No obstante no me fui de allí sin coger una manzana a escondidas del frutero que observaba con apetito, ocultándola a mis espaldas para rápidamente dirigirme hacia las escaleras subiéndolas de dos en dos, hasta sellar mi habitación con cerrojo sin apenas hacer ruido para no levantar sospechas.

En realidad sabía perfectamente que mi madre no dejaría pasar tan fácilmente mis escuetos argumentos. «Una madre puede no saber que

te ocurre, pero sí estar segura de que escondes algo». Y aunque tenía todo el tiempo del mundo, al menos el escrito en esa futura existencia llamada destino, en esos momentos me fue imposible esperar.

Bajé la persiana a media luz o lo que quedaba de ella, encendí mi colorista Tiffany araña de la mesilla de noche, y dejé el bolso encima de la cama sentándome frente a él con las piernas cruzadas. De inmediato la vista se me desvió hacia la cremallera. Mis párpados temblaron un poco, y humedecí mis labios nerviosa aferrándome al cierre del bolso mientras lo deslizaba calmándome conscientemente.

Entre la satisfacción de haber conseguido ese perfume y el tormento de cómo, sabía que tan sólo me separaban unos segundos de volver a deslumbrarme con su envoltorio, y lo más intrigante de todo, conocer su forma y aroma.

Y de nuevo me sentí irresistiblemente atraída por él.

Su excitante vestimenta metálica sugerente como un talismán, solo podía albergar una esencia con alma de gloria, cuyo recuerdo al igual que el de su caja, estaba segura de que sólo culminaría con la muerte.

Sin embargo mis sentidos deberían esperar un poco más.

La cerradura tenía un dibujo demasiado abstracto como para pertenecer a una llave común, y como si entendiera del tema, me despasé una de las horquillas que me sujetaban parte del pelo para intentar saciar mi curiosidad de una vez por todas. Pero mis intentos resultaron irrisorios.

¿De verdad crees que podrás abrirlo con eso? Necia impaciente… «Pues claro que no». Entonces recordé algo posiblemente útil y afortunadamente cercano; *«Kiara», su abuelo fue cerrajero…*

Mi memoria acababa de amenazar a aquel obstáculo con la caja que su padre guardaba en el sótano con algunos recuerdos que un día su hija me enseñó orgullosa, y rápidamente cogí el móvil seleccionando su nombre.

—Vaya Sunniva, creía que ya no me llamarías hoy… —contestó ansiosa —¿Al final te has comprado algún perfume?

Cada noche desde hacía tres años, Kiara y yo nos llamábamos en alternancia. Yo era casi dos años menor que ella, y aunque no coincidíamos en clase, gozábamos de una confianza envidiable, de una amistad de esas, que pocas veces puedes o te arriesgas a escoger.

—Algo parecido —contesté rozando suavemente el candado. Deseaba tanto contárselo, que tras escuchar su pregunta, una sonrisa pícara de satisfacción se encaramó en mis labios sin hacer el más mínimo ruido —,uno nuevo, no lo conoces —y respiré profundamente antes de tratar de explicárselo.

Kiara arqueó las cejas

—¿Y bien?

Pero la parte de mi instinto que no estaba preparada para contar

algo así por teléfono, preservaría durante más tiempo aquel secreto, y mis siguientes pensamientos tensos imposibles de detener acuciaron su descaro.

—¿Todavía conservas algunas de las llaves de tu abuelo?

Ni si quiera dejé que la perplejidad aturdida de Kiara se recuperara de la sorpresa ante mi pregunta fuera de lugar, pues a la expectación de una respuesta, comencé a escuchar los pasos de mi madre subiendo la escalera y forcé a mi mente a pensar de prisa. Tenía que quedar en otro sitio para abrirlo con calma, era tarde, y tampoco estaba dispuesta a esperar otro día.

—A las once en la playa. Trae las llaves… —dije bajando el tono — y colgué mientras Kiara gritaba mi nombre en vano sintiendo la más rara y aguda intriga en un solo instante digna de ser considerada. A pesar de ser mi mejor amiga, en ese momento no me reconoció, no sabía qué podría haberme creado un interés que resultara algo tan importante como para tener que contármelo en persona.

2.1

Aquella noche la Luna se mostraba llena por encima de la hilera de cipreses que de lejos ocultaban su inmensidad reflejada en el océano. La única luz provenía de ella, elevándose por encima de las olas superpuestas con su sonido tranquilizador. Nos encontrábamos frente a frente, arrodilladas en una toalla sobre la arena con mi bolso en el centro.

—Esto es absurdo. No puedo creer que me hayas hecho venir hasta aquí por un perfume.

Pero tras ponerlo a la vista, la últimas palabras de Kiara se transformaron en la viva imagen de la mía cuando mis ojos se encontraron por primera vez con su fachada.

—Si te hubiera dicho que era de hace dos siglos habrías pensado que estaba loca y no habrías venido.

Sin poder evitar dejar de observarlo, escuchó atentamente cómo había llegado hasta mí, más bien como por puro instinto lo había hecho mío. Lo miraba tanto, que hubiera podido asegurar sentirme celosa. Era evidente que también le atraía sobremanera, e inquieta confirmó lo evidente, esparciendo con rapidez por la toalla el grupo de llaves oxidadas que había traído en una bolsa.

—Estoy deseando olerlo…

Por supuesto, pensé reservando las palabras en las que yo tendría ese honor en primer lugar. Y releí en silencio las fechas grabadas compartiendo su propósito en voz alta.

—Sí, démonos prisa …

Rápidamente me lancé como un buitre hacia la que cayó más cerca de mí. Entonces Kiara detuvo mi mano dibujando una sonrisa en sus labios seleccionando una distinta.

—Necesitamos una maestra —dijo cucando un ojo mientras los míos se abrían como platos irradiando sorpresa —.Haber Sunniva, yo hablaba mucho con mi abuelo…

En ese momento lo cogió, sentí su corazón acelerarse junto al mío, y me dominé para no arrebatárselo, sustituyendo mi refrenado impulso por una acuciante mirada. Después condujo su otra mano hacia la cubierta destapándola con cuidado, descubriendo con alivio que la botella de su interior permanecía intacta. A pesar de los años parecía haber sobrevivido al encuentro de un propietario.

«Cualquier cosa debería tener dueño en algún momento de su integridad, todo, excepto la naturaleza y sus criaturas».

De cuello recogido enfundado en cuero, el fondo de su base esférica dejaba asomar parcialmente un vidrio que trasparentaba un denso fluido escarlata. La tapa estaba soldada, lo que me hizo analizar el frasco más fijamente, convenciéndome a mí misma de que sólo se trataba de una poderosa ilusión en la que no podía penetrar, pero por poco tiempo…

—¿Y si lo rompemos? —dijo Kiara recibiendo el desconcierto de mi mirada —¿Qué ocurre? Te ha salido gratis ¿No?

De nuevo dirigí la vista hacia la fecha continuando resistiendo mis codiciados deseos de olerlo, para atreverme a pronunciar lo que mi instinto me aconsejó de repente mientras mi amiga observaba lo que mis ojos acaparaban.

—Esperaremos.

—Sunniva, pero para eso queda…

—Un mes. Lo sé, tranquila, te prometo que después lo abriremos como sea.

Kiara se puso nerviosa, y mojándose los labios con la lengua se apresuró a lanzar en vano un último rogatorio disimulado. Al fin y al cabo «me pertenecía a mí».

—Para entonces su aroma habrá prescrito, sino lo ha hecho ya.

Pero por el momento lo que ambas olíamos era un ligero y súbito sudor a ansiedad que sólo servía para incrementar nuestra expectación. Y como no estaba dispuesta a añadir ni un sólo segundo más a aquel suplicio, lo hice desaparecer escondiéndolo de nuevo en mi bolso.

Sin embargo lo que no sabía era, que la espera sería mucho peor de

lo que podía llegar a imaginar. Pues sin razón alguna, las noches previas a la fecha final grabada en aquella caja, me retorcía en sueños entre gemidos de exudación perdida en infernales pesadillas, cuya necrópolis como escenario me anegaba de elementos lúgubres que se repetían una y otra vez hasta la aparición fantasmagórica de una misteriosa presencia, provocando en mi interior un repentino sobresalto que me hacía despertar dirigiendo la vista hacia el perfume situado bajo la pantalla de mi Tiffany que aguardaba ser destapado.

3
DESPERTAR

Decidí no romper el silencio sobre mis angustiosos tormentos nocturnos hasta el último día. Parecía como si aquel perfume desde que entrara en mi vida, hubiera establecido algún tipo de conexión con mi inconsciente que me mantenía adicta a una especie de soporte vital fantasma del que ya era incapaz de desprenderme, y que resonaba en mi cráneo palpitando como otro corazón.

Kiara había grabado a fuego en el calendario la enigmática fecha, ajena al hecho de que tenerla en mi poder pudiera llegar a influirme de tal modo, que ni la amistad fuera capaz de quebrantar su atracción, la misma que finalmente me impulsó a descubrir su aroma en privado. Y ese mismo día me llamó.

—Se acaba de ir. Me ha dicho que había quedado contigo en la biblioteca —contestó mi madre con extrañez en el rostro.

A Kiara no se le daba mal fingir en tiempo record …

—¡Que despiste Señora Lever! ¡Lo había olvidado! Voy para allá.

La sospecha persiguió a mi madre por el pasillo hasta que un descuido de mi padre la evadió de eso y más, al dejar caer un plato por torpeza, pues en el intento de recoger los pedazos se hizo un corte en el dedo que le tuvo que curar para que dejara de sangrar.

3

Quise abrir el perfume en el mismo lugar que lo liberé de su caja para deleitar todos mis sentidos. El único paisaje profundo e infinito que podía ser capaz de limpiar las oníricas imágenes que me habían acompañando en las peores pesadillas de mi vida establecidas en el escenario de un estremecedor camposanto.

A la luz de los primeros rayos fragmentados de Sol que reptaban centímetro a centímetro sobre mi cuerpo, iluminándome junto a la playa del océano, los sonidos del día empezaban a acompañar penetrando en los gruesos maderos de un embarcadero cercano, lo que afloró mi inquietud en la absoluta soledad.

«No temas Sunniva. Es sólo un perfume».

Era consciente de que tendría que romper el cuello de la botella fundida en sus bordes al tapón, y había venido preparada para ello. Saqué unas tenazas de mi bolso, encajé las cuchillas en su parte más angosta, y empecé a sentir mi mente comenzar a aclararse, como si pudiera dar rápidamente el último paso.

Y en aquel instante oprimí el resorte.

Jamás pensé que el sonido de un clic podría llegar a hacerme tan feliz. *Victoria parcial*, susurré, *ahora viene lo mejor…*

Sin llegar a acercar el frasco a mi nariz, un intenso aroma me alcanzó de golpe, haciendo penetrar en mi un olor cálido y dulce imposible de evadir que me excitó in crescendo «en contra y no de mi voluntad».

De pronto me encontré en un terreno desconocido.

Mi olfato alcanzó una atracción extrema, pero también mi paladar, tanto, que sentí deseos irrefrenables de ingerirlo hasta la última gota. Las manos empezaron a temblarme, y la respiración se me volvió ronca y agitada. En el cielo, el Sol contemplaba enfureciendo de calor la desesperante escena en la que yo, y hasta la propia percepción de mi alma, éramos los protagonistas.

Fue entonces cuando supe claramente que no duraría ni un segundo más sin hacer lo que mi naturaleza interna me pedía a gritos, e incliné la botella sobre mi boca abierta, irreflexiva de mis actos pero consciente de mi voluntad.

La corriente infinita de su esencia fluyó por mi garganta calentando todo mi cuerpo. Me sentí elevar, como si flotara en la oscuridad. Alcancé tal placer desorbitante que llegué a dar gracias al destino por habérmelo otorgado a mí y no a otros. Sin embargo, tras el primer minuto de la más intensa sensación de bienestar que jamás había conocido, mi energía, la luz, al igual que el latido de mi corazón, parecieron pretender desparecer de mi lado. No podía pasarme a mí, aún no. Demasiado pronto, demasiado joven…Y sin tregua alguna para pensar más, la sangre de mi rostro abandonó ligeramente mis facciones para mostrar su capa más blanquecina. Mis extremidades flaquearon haciendo que perdiera el equilibrio hasta caer lentamente sobre la arena, al tiempo que mi garganta brillaba en oposición a mis níveas mejillas conforme las últimas gotas del fluido se deslizaban por la comisura de mis labios, y aún así, no pude evitar saborear los últimos resquicios con la lengua como una posesa.

Me encontraba cada vez más débil y hambrienta, como si mi corazón y mis venas se anudaran sin dejarme respirar la fragante brisa salada del océano que en esos instantes parecía ser lo único que me consolaba. Quise cerrar los ojos, pero la sombra de una mujer que avanzaba hacia a mí marcando las huellas de sus zapatos sobre la

arena me hizo esperar.

«Conozco esas botas», pensé temblando de miedo.

Entonces se puso ante mí, y sus ojos marrones observaron aterrados la apariencia de mi boca ensangrentada, empujando a su garganta a gritar mi nombre mientras me agitaba los hombros desesperada.

—¡Sunniva! ¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Qué has hecho?!—repetía intentando incorporarme, hasta conseguir colocar mi brazo alrededor de su cuello.

Kiara había supuesto donde podría encontrarme.

Pero mi boca no fue capaz de mediar palabra, y concentré mis últimas fuerzas en aferrar mi mano a su chaqueta con el temor de que en cualquier momento pudiera perder la consciencia que me quedaba. Y tras el instante en el que sólo pudimos avanzar varios pasos, durante los que sesgadamente llegué a ver cómo el viejo frasco del perfume se hundía en la arena, los recuerdos de ese día dejaron de almacenarse en mi mente entornando mis párpados hasta cerrarlos, privando a mis ojos de toda partícula de luz.

3.1

El funesto resplandor de mi Tiffany me alcanzaba sola en mi habitación hasta donde mi cabeza descansaba en la almohada. Nada animaba a mi cuerpo salvo mi voluntad. Sin embargo, sin saber por qué, estaba segura de que mis ojos se acababan de abrir en un nuevo día a escondidas del Sol. «Podía sentirlo».

Kiara había alertado a mis padres del fatídico escenario. El médico acababa de reconocerme, y aunque el diagnóstico fue prudentemente escandaloso, aseguró que me pondría bien. De todos modos debía acercarme al día siguiente al hospital para someterme a unas pruebas de control.

Pero el examen de mi convalecencia jamás se llevó a cabo.

Mis extremidades respondían a mis órdenes con lentitud, mi mente parecía haber mermado la fuerza de mi cuerpo, o quizás era mi cuerpo el que pretendía transformarse en mi mente. Lo que en esos momentos únicamente podía afirmar con rotundidad era, que por primera vez en la vida experimentaba el mayor respeto hacia lo desconocido, pues apenas recordaba que era «estar bien». Percibí miedo, vulnerabilidad, un terror puro e incontrolable que sólo alcanzó un súbito alivio al cabo de una hora, cuando el cansancio se impuso y mis debilitadas pupilas castañas se ocultaron conduciéndome inevitablemente hacia un nuevo sueño más profundo.

3.2

La temperatura de mi cuerpo descendió palideciendo preocupantemente mi tez, justo antes de volver a despertar. Conseguí mover los párpados de nuevo y dirigí la vista hacia el espejo vintage de mi habitación ansiosa por incorporarme y descubrir cuál era el aspecto de aquellos espeluznantes síntomas que recorrían mi cuerpo como un escalofrío eléctrico. Después me situé a los pies de la cama haciendo descansar la planta de mis extremidades inferiores sobre el suelo, defendiéndome con una mano de la poderosa hilada de luz incómoda que atravesaba los agujeros por cerrar de la persiana. Me alcé sobre ellos sin sentir absolutamente nada, ni frío ni calor, y avancé con pasos tembladeros hacia la brillante superficie que esperaba erguida sosegar mi curiosidad con su reflejo.

Pero lo que supuse que me concedería calma, me condujo directamente al desconcierto.

«Que aspecto mortecino».

Desconocía que podía haberme ocurrido, pero de lo que sí estaba segura era, que mi físico e incluso mi alma, se distanciaban años luz a los de la Sunniva Lever que yo conocía. Asustada retrocedí, y me aproximé hasta el teléfono para llamar a Kiara. Sin embargo, al descolgar, algo me hizo quedar muda sobre el auricular para finalmente mentir a mi amiga con una fingida mejoría.

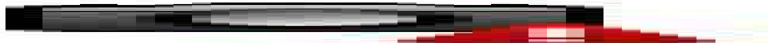
Aquel perfume había sido capaz de despertar mi extrema codicia, la ingente que todos llevamos dentro pero que no todos llegamos a conocer o mostrar, como la recompensa de los que encuentran un tesoro y lo sacan a pesar de que varios puedan conocer su existencia.

Ignoro «qué» rectificó mi mente, pero algo me decía que aquella joya en esencia me la había agenciado yo, e intentaba convencerme de que únicamente, yo, debía seguir disfrutando de sus privilegios a solas, de las inimaginables sensaciones que ahora sabía que era capaz de transmitir, nada en comparación con las que su envoltorio tenía el poder de ejercer sobre aquellos que lo miraran. Algo que ignoraba completamente la frontera de la amistad cegando la voluntad de su dueña.

3.3

La cena alcanzó su hora.

Mi madre se dirigía hacia mi habitación con la esperanza de encontrarme despierta, y aunque no halló mi cuerpo, la fe visitó su corazón al advertir sobre el frío lecho de la cama un nota de mi puño y letra.



Vagué por las calles con escasas fuerzas barrida a intervalos por el viento. El Sol parecía estar en mi contra nublándome la vista como nunca. Me molestaba demasiado, y me hice el favor de hacerme a escondidas con una de las oscuras gafas del muestrario giratorio de un establecimiento de paso.

Pero aquellos cristales no fueron capaces de paliar un ataque distinto al del astro, pues inmediatamente después de hacer descansar la vista, una descarga de persistentes tormentos irrumpió de nuevo en mi mente con secuencias de imágenes e inexplicables flashes que torturaron aún más mi estado.

Fue entonces cuando el instante en el que ingerí el perfume volvió a mí. Esta vez exento de placer, con absoluta repugnancia, intercalado con la figuración de un acontecimiento fúnebre.

«¿Un entierro?».

Puede que lo fuera, o puede que no quisiera reconocerlo. Aquel cúmulo de desgarradores sollozos ocultos tras varios rostros deformados por una confusa niebla, podían haber hecho estremecer hasta al mismísimo Diablo.

—¡Basta ya! —grité al cielo desesperada. *¿Qué me está pasando?*. Y justo en ese momento, al levantar la vista, contemplé un símbolo, aquel en el que jamás había creído pero que paradójicamente me reconfortó ofreciéndome su particular tregua. Puede que empezara a verlo como una opción, el último recurso para conseguir desprenderme de lo que parecía imposible.

La cruz de la Iglesia más cercana me convocaba en sus entrañas bridándome consuelo en aquel vía crucis. Y empecé a correr con todas mis fuerzas hacia el Templo en busca del amparo del que sus discípulos llaman «Dios».

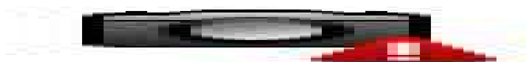
Sumisa, me arrodillé en la última fila de las desérticas bancadas, no sin antes santiguarme al pasar por la pila de agua bendita, en la que para mi sorpresa, su reflejo me devolvió una imagen muy diferente con la que mi espejo me obsequió. Mi piel blanquecina irradiaba belleza junto a mi ondulado cabello castaño dos palmos más largo, el cual tuve que apartar para ver el nuevo tono de mis ojos pardos teñidos de un acentuado ámbar, cuyo brillo recordaba al de las auténticas gemas. Sin saber porqué, mientras me acariciaba el rostro asombrada frente a las Santas Cristalinas, comprendí que me encontraba «más viva que nunca».

Necesitaba respuestas.

Nerviosa, me persigné a mi manera, y salí del Templo que me otorgó el desahogo que necesitaba para atreverme a dirigirme de nuevo hacia la recóndita tienda de antiguas esencias.

Llegué a toda prisa, casi sin darme cuenta de las calles, personas o coches que franqueaba a cada paso. Era como si me moviera más

rápido, pero sin que ello afectara a mi mente. Sin embargo, al alcanzar el umbral, un cartel colgante justificaba la cesión de su actividad.



Me quedé inmóvil, casi sin aliento, hasta que un hombre pasó por mi lado observando en mis ojos la viva imagen de la desolación.

—Una pena. Gran persona. Excelente perfumista.

De golpe los huesos del cuerpo se me engarrotaron como las raíces de un árbol milenario, y sumidos en la desesperación, delegaron en mi boca la labor de mover mis labios.

—¿Hay alguien más con quien pueda hablar? Hijos…

—¿Hijos? —repitió obviando con la expresión de su rostro la escasa relación que podía haberme unido al difunto —.Lo siento señorita pero jamás tuvo descendencia, y jamás se volverá a abrir la tienda, el negocio de los Culpepper ha llegado a su fin.

—Mire, usted no lo entiende, compré un perfume …

El hombre me miró con desprecio, y antes de desaparecer con la misma rapidez con la que se había dejado ver, me reprochó con educación mis últimas palabras acompañadas de una escalofriante afirmación.

—No creo que eso importe en estos momentos… ,nada de lo que usted viniera a reclamar podría hacer sombra a la calidad de las inimitables maravillas que atesoraban estas paredes. Si bien incluso algunas lenguas hablan, de que a pesar de que todas poseían una mixtura inigualable, ninguna de ellas fue tan magistral como la que se cree haber sido heredada en esta familia de padres a hijos perdiendo sus orígenes en la historia de sus antepasados facultativos. Nadie la llegó a probar, porque nadie llegó a verla, se dice que su perfume sólo podía ser captado por un alma pura, libre de pecados y al tiempo con el suficiente valor e inocencia como para incluso llegar a robarlo sin albergar maldad, pues «el auténtico deseo sobre algo culmina en su apropiación sea como sea». Puede que ni siquiera estuviera a la venta…

De repente, un apabullante calor interno de vergüenza y rabia abordó mi cuerpo ante la húmeda fachada verde, seguido de una especie de escozor eléctrico que dominó el interior de mis manos de golpe haciéndome levantarlas a la vista. Las venas superficiales que recorrían el dorso se estaban hinchando marcando una aguda definición por segundos. Una tracería de color gris oscuro se extendía desde la muñeca hasta las yemas de los dedos palpitando por debajo de la piel.

—Pero, «¿Qué funesta enfermedad es ésta?» —me dije inundada de

terror.

Los vasos sanguíneos eran verdaderas redes de dolor en mi carne. Me temblaban las sienes, y al final me fue imposible ocultar el agónico gemido que retenían mis labios.

Sin esperar un segundo me dirigí hacia el hospital más cercano, donde cubierta con una bata blanca caminé por el pasillo en entre el personal y las camillas, dispuesta a encontrar una dosis de cualquier narcótico que paliara la hormona que parecía haber colmado mi organismo de adrenalina.

Cada vez era menos consciente de cuanto me rodeaba. Los ojos se me nublaban aunque me esforzaba por enfocarlos sacudiendo la cabeza. *«Date prisa, corre Sunniva …»* .Y en el siguiente instante, un mareo confundió a mis pensamientos al sentir el edificio moverse. Intenté cerrar los ojos, y tal vez lo hice, pues con los sentidos inextinguibles advertí como en un sueño, unas velas relumbrando junto el lecho de piedra de una mujer absolutamente inmóvil.

Alguien estaba a su lado, muy cerca, como un deudo, aunque su rostro desdibujado era imposible de definir. Y justo cuando mi corazón y mis venas parecían haberse anudado, me di cuenta de que alguien me seguía.

Abrí los ojos instintivamente, mis manos se aferraban a la barandilla de la escalera que a duras penas había subido, dejando caer mi peso inclinado mientras el metal crujía inapreciablemente en las junturas. Y ese ínfimo sonido que el oído humano no puede percibir, me despertó lo suficiente como para poder ver escrito en una de las puertas de la nueva planta la palabra «laboratorio». Rápidamente me aferré al marco y bajé la manivela cerrándola tras de mí, perdiendo de vista al enfermero que sospechaba de mi extraña actuación.

Multitud de tubos de ensayo de los que leía las etiquetas a la velocidad que mis debilitadas fuerzas me permitían, descansaban en los estantes. Exhausta y sorprendentemente hambrienta acabé dando con una pequeña dosis sedante. Pero antes de inyectármela en su totalidad, mi cuerpo se vino abajo desvaneciendo en el suelo, arrastrando conmigo varios recipientes cuyo impacto alertaron al sanitario que se hallaba al otro lado de la puerta donde mi cuerpo yacía.

3.4

La noche siguiente me encontré tendida sobre una camilla. Abrí los ojos sobresaltada, inhalando de golpe un profundo aire como si acabara de despertar de un horrible sueño que había dejado en mi boca los restos de una abominable sed inhumana. Desprovista de toda emoción en la casi oscuridad, amparada por la única luz de una

pequeña lámpara, mi deseo de morir allí se hizo constante durante unos minutos. Los médicos habían tratado de alejarme de la muerte, pero yo parecía no tener fuerzas para huir de ella y me aferraba a sus garras en busca de un calor definitivo. Mi padre se encontraba de espaldas a los pies de la cama junto a mi madre. Aún no me habían visto mover las pupilas, y me llevé las manos a las sienes cubierta por el aroma de las flores que desprendía la mesa de al lado. *«¿Será este el perfume de la muerte o el de la vida?»*.

La intrincada red de complejos miedos que se habían apoderado de mí, no me permitían escapar de aquel forzoso castigo, convergiendo e una serie de sentimientos que no había querido confiar a nadie. Hasta las paredes de la habitación parecían respetarlos temblando en la penumbra de las cortinas.

Fue entonces cuando mi agudizado oído escuchó algo.

Los pasos del médico caminaban hacia la 303 junto a mi diagnóstico en su carpeta. Y a su entrada volví a cerrar los ojos, esta vez por voluntad propia.

Sus pies avanzaron hasta mis padres haciendo acopio de valor, y colocando la mano sobre el hombro de mi madre como tantas veces en las que su profesión le obligaba a afrontar las más duras de las tragedias, intentó trasmitir con sumo cuidado lo que todos en aquella habitación habíamos pensado y de lo que todos intentábamos huir.

—Señores Lever. Sunniva sufre hipersensibilidad extrema a la luz solar, algo realmente insólito si consideramos que la temperatura de su cuerpo continúa descendiendo. Siento mucho comunicarles que si continúa así, en fin, lo más probable es… Les prometo que haremos todo lo posible para que no sufra.

La peor noticia de sus vidas acababa de alcanzarles. Mi madre se abrazó a mi padre en estado de shock rompiendo a llorar, y saliendo de la habitación por recomendación del médico, se dirigieron a otra sala para ser asistidos por un psicólogo del hospital.

En esos momentos sentí lástima por mí, pero también algo más que no era capaz de explicar. Después de escuchar el fúnebre destino en el que me encontraba a punto de embarcar, mis mejillas se mojaron desconsoladamente antes de volver a abrir los ojos. Sin embargo no fue eso lo que indujo primero a mis párpados a posicionarse en guardia en poco tiempo, sino algo muy distinto.

«Alguien más, de algún modo forzado, sintió deber estar a mi lado». Un desconocido que caminaba con prisas frente al sanatorio, sobre el que sin razón aparente, el deseo incontrolable de dirigir la vista hacia mi ventana lo asaltó con un poder imposible de evadir, haciéndole aminorar la velocidad para encaminar sus pasos hacia los pies del lecho donde me encontraba.

De nuevo entorné los párpados al escuchar la puerta.

3.5

La presencia del forastero me hizo experimentar una incontrolable atracción hacia él, aunque aquello no fue nada en comparación al singular miedo que la palma de su mano provocó al tocar la mía durante unos segundos. No era un miedo mortal sin freno, sino una mezcla de intranquilidad abrazada al deseo de que se volviera a repetir.

Entonces abrí los ojos de golpe. La ansiedad los destapó hacia la luz, intercambiando una primera mirada con el inesperado visitante. Y de nuevo lo hizo, acariciarme, aunque de diferente modo, pues uno de sus dedos frenó la lagrima que recorrió una de mis mejillas.

—¿Quién eres? —pregunté débilmente.

Pero no contestó.

Entonces se dio la vuelta, como sí volviera en sí, como si sus movimientos hubieran sido dirigidos en contra de su voluntad, y salió corriendo en actitud de huída desapareciendo de mi lado.

De repente, los niveles de salud ligados a las máquinas que gobernaban mi cuerpo progresaron inexplicablemente, avisando al médico con su timbre disonante quien no daba crédito a aquel milagro.

«Jamás me había sentido tan poderosa e imparable».

Quería levantarme y caminar, marcharme inmediatamente de allí y buscar al que acababa de cambiar el destino de mi vida y el de mi familia sentenciado hacía sólo unos minutos.

En mis músculos transformados sentía vibrar nuevas fuerzas y energías. Era como si hasta el último de mis sentidos fuera diez veces más agudizado que antes. Mis miedos y confusiones eran cosa del pasado, un pasado que no era capaz de reconocer pero que me aconsejaba ser más precavida que antes.

Tras dos días en observación me dieron el alta.

Al tercero, Kiara, lo supo todo. Únicamente ella.

Pero a pesar de que mis capacidades parecían estar más de mi lado que nunca, y el transcurso de los días me concedía una creciente y extraordinaria vitalidad, lo cierto es que mi mente era incapaz de huir del recuerdo del extraño que aún sentía muy cerca.

4
A LA LUNA DEL MAR

Lancé una mirada impaciente frunciendo el ceño hacia el reloj de mi muñeca. Apoyada en el reborde del mirador de mi casa, observaba en silencio los transeúntes que recorrían la tranquila avenida que me

vio nacer. Las manecillas se acababan de posicionar en punto; *las diez*, y el Sol empezaba a alcanzar la cristalera irradiando pequeños haces de luz que proyectaban mi sombra en la pared a mis espaldas, una silueta delgada de melena generosa que parecía acariciarse a sí misma con la sutil ráfaga de viento que la ventana entreabierta dejaba pasar.

—Perfecto –musité con sarcasmo dado mi último e incómodo encuentro con el astro —.Sólo tengo que sobrevivir hasta el instituto. En marcha —y recuperé las gafas de Sol ajustando las patillas bajo mi pelo.

Encogida en el portal tragué saliva empujando la puerta, incapaz de disimular del todo la desconfianza que prevalecía en mi interior. Y los siguientes pasos me aislaron de las paredes que me guarecían, al tiempo que forzaba a mis pensamientos a infundirme aliento.

No muestres debilidad Sunniva. No eres tú la que tiene que temer al desenlace de tu encuentro con la naturaleza. Ahora tu fortaleza es mayor.

Pero a pesar de todo tenía un nudo en la garganta. Sentía las piernas increíblemente poderosas sujetándome el cuerpo abrigado con mi predilecta cazadora de cuero, la que mayor seguridad me había dado ante las tempestades propias de la adolescencia, las que ahora quedaban en meros aguaceros.

Apreté con nervio las mandíbulas como si mis caninos estuvieran a punto de comerse el mundo, y aunque he de reconocer que la intensificación de mis sentidos me hacía percibir asquerosamente la parte fétida de las calles, mi corazón latía con la fuerza de un caballo desbocado que nada le importaba más que liberar esa energía desmedida que podía hacer sentir vivo incluso a un muerto.

Franqueaba las calles a grandes zancadas. Mi fascinante nueva visión era capaz de adelantarse a cada paso unos metros más que antes. Podía decirse que únicamente el Sol era el que intentaba frenarme con sus destellos.

Pero algo consiguió hacer que olvidara a la gran estrella durante unos instantes, algo que a expensas del misterioso empuje que experimentaba mi cuerpo, se reveló en mi interior con la misma atracción con la que hace unos días el joven desconocido reactivó mi corazón. No era corpóreo, no que pudiese ver, pero sí lo podía percibir.

En la acera de en frente a la que mis botas pisaban, el cristal de «Dark-Day», un nuevo establecimiento pub, el único diurno de la ciudad cuyas entrañas permanecían en penumbra ininterrumpidamente por el vidriado tintado a través del que se podía ver sin ser visto, me llamaba como un pájaro con los brazos abiertos. La luz parpadeante de una farola cercana penetraba débilmente en él, configurando la imagen ilusoria del comienzo de una senda que parecía invitar a adentrarte en otro mundo.

Jamás había entrado allí desde que fuera inaugurado, e inconscientemente crucé la calle nerviosa, enfrentándome al peligro imprudente de mezclarme entre los vehículos sin atender a las señales luminosas que el semáforo advertía. Y a pesar de que el claxon de varios coches me impulsó a sortearlos con mi cuerpo, en esos momentos debí haber acelerado mis extremidades sin darme cuenta, pues en poco tiempo me encontré pasando la mano por el oscuro cristal que absorbía mi interés como un agujero negro.

Mi estado de hipnotismo era lo que le faltaba a Kiara, para desde la puerta de Dark-Day, poder sentenciar la locura del irreconocible comportamiento que empezaba a aflorar en mí, e instantes antes de que abriera la boca para llamarme, sin apartar la mirada del sombrío ventanal le dije.

—Espérame aquí.

Entonces aferré mi mano a la barra metálica de la manivela presionando sobre ella, recibiendo sobre mi rostro la ráfaga de luz rockera que retumbaba en el interior.

Avanzaba entre la gente apartándola con los brazos. Mi presencia ensimismada parecía pasar inadvertida sumida en la evasión del alcohol que circulaba por la sangre de muchos de los presentes.

Entonces lo vi. «Era él». El mismo que visitó mi lecho cuando la muerte me acechaba. El rostro que mis ojos grabaron en su retina tras despertar del infierno que prendió su llama en la recóndita tienda de perfumes. El que desapareció sin dejar rastro tras su caricia sanadora.

Se encontraba sólo, sentado en el lateral de un alargado sofá granate adosado a la pared del fondo. Su presencia me abstrajo de inmediato del resto del mundo, y me dirigí hacia él con la inquietud acelerada que atravesaba mi sistema nervioso, mientras la sensatez de mi cerebro evitaba en lo posible que el desconocido la captara.

La elevación de sus rodillas sobre el asiento revelaba una considerable altura de la que no me percaté el día de nuestro primer encuentro desde la prominente camilla del hospital. Un flequillo largo y castaño de caída ligera dejaba entrever sus cautivadores e insólitos ojos, uno pardo en desacuerdo con el color de su compañero, que de inmediato giraron sus pupilas fijando la vista en las profundidades de los míos. Me puse a temblar, y fue inevitable que mi voz no insinuara un tono de preocupación al sentarme a su lado.

—¿Quién eres? —le pregunté casi en un susurro.

Por primera vez desvié la mirada de la suya, y se quedó observándome sin que le viese mientras yo pensaba en lo que mi mente acababa de captar.

No lo podía definir con exactitud, porque no podía describir de qué modo las líneas de su rostro, tan jóvenes como las mías, expresaban inocencia y al mismo tiempo edad y experiencia, pero me resultaba

infinitamente cautivador.

De repente se puso en pie, y rápidamente giré la cabeza hacia él para que mi mente y mi cuerpo comenzaran a ser gratamente dominados como la última vez.

Sin embargo, inexplicablemente, me sentí aún mejor.

Jamás había recibido en mi cuerpo tal reconstitución que me erizase el vello con el mayor de los escalofríos que pudiese llegar a soportar. Me inundó de alivio, como un calmante baño de sales aromáticas, y no sabía si sentirme agradecida por sus esfuerzos o pasmada por algún tipo de poder inconsciente, que de algún modo, me vi obligada a reconocer.

—«Gracias por el paseo». No sé que está pasándome… —quise continuar, pero algo perturbó mi paz.

El chirrido de un cuchillo sobre un plato tras ahondar en un limón, que el barman de la barra acababa de atravesar preparando un cóctel, provocó una leve pero suficiente estridencia que irguió mis colmillos, al observar que un descuido le acababa de provocar un pequeño corte.

«Fue inevitable».

Las pequeñas gotas de sangre brotando de uno de sus dedos me hicieron seguir con la lengua el contorno pulido de mis dientes con sumo deleite abstrayéndome de la realidad. Pero justo en ese momento, el forastero hizo descansar su mano cálida e inquieta sobre mi hombro haciéndome sentir incómoda, hasta que su voz de habilidad serena me devolvió a la Tierra en un susurro:

—Esta noche a las once, en la playa Easton. Te espero —y desapareció entre el denso vapor del humo que una máquina del pub generaba asemejando niebla.

Demasiadas dudas…

Ni si quiera sabía su nombre, quién era, pero no importaba, algo me decía que tenía que acudir a donde me emplazaba y acabar con todo esto. El desconocido quería comunicarme algo, algún tipo de secreto que mantenía oculto en la clandestina y más profunda cámara de su corazón. Aquel que yo escuchaba como si fuera el mío.

4.1

Hice un esfuerzo por mostrar confianza en mi rostro, me descalcé las botas, y caminé por la arena hundiendo los pies en el húmedo y relajante frescor de sus minúsculas partículas que habían dejado caer su temperatura desde la aparición del crepúsculo.

Él desconocido estaba allí, sentado de espaldas a los pies de la orilla, recibiendo sobre su flequillo la brisa del oleaje que bailoteaba en la oscuridad ondeando su pelo, iluminada por la cara más blanca que la Luna era capaz de mostrar bajo las estrellas. El resto,

admirablemente inmóvil, perfectamente podía haber sido de piedra.

Me senté lenta y suavemente a su lado mirando hacia el mar. Entonces, como si se alejara aún más del presente, dirigió la vista hacia mí. Sus singulares ojos brillaban bañados con la hermosa luz del Sol reflejada en la noche, una luz que lo hacía irresistiblemente atractivo.

—Puedo sentir tu piel —dijo en voz baja con un tono tan tierno como seductor—,tu fuerza, tu debilidad, tus tristezas, tu esperanzas... Debes saber, que el día del hospital, caminé hacia a ti privado de autocontrol, bajo una extraña atracción que gobernada cada uno de mis pasos.

Aunque lo que me decía era desesperadamente importante, se alejó de mí con la misma rapidez con que lo expresaba, como el ruido de las ratas sobre los tablones de una casa antigua e inmensa. Después el tono de su voz pareció inquietarse.

—Veo que tu palidez no ha cesado, sino que es mayor. Si aún recuerdas el color de mi piel en aquel día, verás que hoy se asemeja más al tuyo.

Las expresiones de mi rostro se paralizaron por sus palabras, y entreabrí los labios para hablar.

—¿Qué quieres decir?

—Esperaba que tú tuvieras la respuesta a estos cambios e incontrolable vínculo —dijo extendiendo su mano —.Mi nombre es Louie.

De golpe sentí una decepción apabullante ante mis dudas, y a pesar de que ya no estaba sóla en mis sensaciones, y no lo conocía de nada, no pude evitar pensar que se ajustaba con creces al prototipo de chico que tenía las cualidades físicas para atraerme, y pronuncié mi nombre tímidamente estrechando su mano.

—«Sunniva».

Era la segunda vez que lo veía, y aunque en cada ocasión había experimentado la conexión de la que él mismo acababa de confesar desconocer su origen, una mezcla de prudencia y deseo luchaba por asomar replicando en mi mente, sin que yo tuviera en el fondo el mínimo interés en hacerle caso.

Estaba en la obligación de contarle lo que había vivido los días previos a aquella noche. La anciana mujer que me condujo hasta las paredes que albergaban verdaderas joyas aromáticas de siglos. El perfume con el que escapé a escondidas de allí, cuyas partículas habían sido capaces de provocarme un deseo tan desmedido por ingerirlas, que desde entonces perduraban en cada papila de mi lengua, pareciendo haber engendrado en mí ser algo desconocido y al tiempo apasionante que jamás había experimentado.

La confesión fue escandalosa. Louie y yo debíamos permanecer en

contacto. No confiábamos en nadie más. Teníamos que descubrir hasta donde llegaba nuestra conexión y tenebrosos cambios, con la esperanza de que la muerte no nos alcanzara de improvisto. Puede que de algún modo, sin ser merecedora de un perdón eterno, lo estuviera buscando. Porque sí, había pecado como una ladrona, aunque sin darme cuenta de donde me estaba metiendo. Y ni siquiera ahora, con Louie a mi lado, había obtenido respuestas.

Habían pasado ya algunos días de esto, y no sabía cuánto tiempo más podía llegar a albergar este tormento, y mucho menos que podía significar el misterioso nexo con otra persona ajena a mis pecados, a mi vida. Y ahora, no sé como cambiar las cosas, ni cómo he de confesarme ante Dios.

Aquella noche me descubrí al contar la verdad.

Es obvio que estábamos vivos. Pero aunque sentíamos como nuestro cuerpo se fortalecía poderosamente, al tiempo parecía perder parte de sus fluidos, parte de la materia que el raquitismo de nuestras venas nos comunicaba no necesitar, me atrevería a decir que incluso, advenía otro estadio de divorcio respecto a mis emociones humanas, pues en un momento dado, mi cabeza acaparaba tanta información indescifrable, que me dieron ganas de salir corriendo de allí.

Pero no lo haría, todavía no, pues aún sentía mi verdadera alma conmigo, y esa era una razón demasiado importante, porque en definitiva seguía siendo muy semejante a la humanidad de los hombres.

4.2

Cada noche acudíamos a la playa. La luz de la Luna acompañaba nuestras sensaciones e inescrutables fuerzas. En realidad Louie me confesó que la Luna, siempre había sido para él un especie de energía aliada, a la que desde que tenía uso de razón visitaba con asiduidad. Los primeros encuentros entre conversaciones pasajeras, trajeron consigo cierto coqueteo. Parecía increíble como instantes aislados y breves, que por el momento nada podían significar, llegaron a conseguir reunir la complicidad equivalente a todo un año.

Sin embargo la sexta noche portó la primera y más importante de las respuestas, la que desde el otro lado de las aguas que se agitaban ante nosotros, había sido capaz de cruzar océanos de tiempo hasta nuestra era para encontrarnos y empezar a guiarnos. Y frente al reflejo de las tinieblas materializamos nuestro acercamiento con el primer beso, después de que los brazos de Louie me rodearan cálidamente recordándonos, que para cada uno, la vida sin el otro podría llegar a hacerse aún más insoportable.

Pero el origen de todo nos deparaba arduos planes, aquellos que en los siguientes minutos no me otorgarían la oportunidad de elegir.

La oscuridad agudizó la belleza de nuestra nívea piel frente al mar. Louie contemplaba mi pelo susurrando palabras de cariño. Estábamos enamorados, «nos atrevimos a enamorarnos». Y tras entregarnos por completo, aquel amor nos liberó durante un tiempo de la peor de las cárceles; la incertidumbre. Y detrás de nuestros ojos quedó un afecto continuo y mutuo, y nos dimos cuenta, de que por encima de todo, queríamos seguir con vida, aunque sólo fuera para explorar aquella pasión insólita y nueva que habíamos encontrado.

Fue entonces, en ese mismo momento, cuando sentí su corazón palpitar contra el mío, cada vez más fuerte, y más, tanto, que juraría haber podido escuchar su corriente sanguínea. Y aquello fue suficiente para que sucediera lo impensable.

Extremadamente rápido, en un mero instante, mis colmillos crecieron largos y afilados como cuchillos abriéndose paso dolorosamente a través de mis amoratadas encías, dando forma a la sanguinaria forma de mi nueva alma. Me mordí el labio inferior con tanta fuerza, que noté el sabor de mi propia sangre fundida con el olor de la suya, aproximándose con la misma intensidad desde la parte más cercana a mi boca; su garganta. Y de repente, los deseos que el perfume ejerció sobre mí mente retornaron a ella.

Sabía perfectamente que deseaba beber de él, pero todavía conservaba la suficiente lucidez como para darme cuenta de una horrible verdad; la de en qué podía haberme convertido. En lo que jamás pudiera haber pensado, en lo que jamás hubiera sido capaz de creer. Entonces me separé de él en pos de su salvación, pensando en matar para que la idea me sirviese de revulsión, y con un timbre cacofónico que se perdió en el firmamento, grité erizando las venas de mi cuello como nunca:

—¡Corree!

Louie observó con compasión e incrédulo mis facciones severamente demacradas, cuya expresión ya no era capaz de recoger el temor del enigma que sobrevolaba sobre nosotros.

El culmen de la metamorfosis sentenció lo irrefutable.

Entonces, dio un paso hacia atrás, y con un nudo en la garganta que entumeció su mirada mojada en lágrimas, aceleró sus piernas dirigiéndose hacia los árboles.

La respiración se me aceleró desorbitadamente. No podía soportar la lejanía cada vez mayor del suculento fluido que acababa de cegarme por completo. Mi irreconocible naturaleza lo necesitaba. Todavía se encontraba a la vista, y me relamí los labios extendiendo la sangre por las comisuras con pletórica apetencia.

Aferrada a la arena con los pies, en los siguientes segundos perdí la poca cordura que me quedaba, y eché a correr tras él desesperadamente como un salvaje felino hambriento.

La rapidez de mis zancadas aumentaba vertiginosamente. Mi aturdida visión se aclaraba al tiempo que recorría con los ojos cada espacio entre los árboles en busca de mi presa. Leño por leño, salteaba los troncos con la vista a la velocidad de un halcón.

Entonces lo vi.

Tras un macizo formidable su corazón bombeaba roja sangre oxigenada a sus venas mortales. Y a pesar del abismo que ahora nos separaba, comprendí la horrible sensación que los no-muertos más sangrientos de todos los tiempos, tendrían que haber experimentado por el deseo incontrolable de beber su esencia vital y querer a su víctima sin pretender hacerle daño.

Y en varios latidos más me encontré frente a él, agarrándolo por el brazo, haciéndolo girar hasta arrojarlo sobre el empedrado de la tierra con mi pecho sobre su espalda.

Louie sentía mis costillas y mi mano aferrar su cuello. No dijo nada, pero tragó saliva, y la carne móvil de su garganta mientras esta pasaba suavemente bajo su barbilla, hicieron arder las pupilas de mis ojos entrecerrados de apetito.

Lo hice casi sin ser consciente de ello.

Mis labios se acababan de enrojecer con sangre inocente. Por sus mejillas se deslizaba el dolor, y en un último suspiro antes de desplomarse, su voz entrecortada me suplicó misericordia.

—No me dejes aquí Sunniva.

El abrazo de su verduga lo rodeó yaciendo en la arena, mi abrazo, y tras saciar la locura, mi consciencia tomó las riendas de nuevo extrayendo todo el tormento de mi corazón en forma de un horrendo grito, durante el que me estreché contra él rogando al cielo su vuelta. Pero la venganza del Todopoderoso estaba más que servida, pues aunque mi deseo fue concedido, no provino de su mano.

De los mismísimo avernos llegó su despertar. Su aspecto mortecino y corazón depredador evocaron a los míos en el reflejo de su rostro, y me aventuré a tocar su frente. Su sudor era frío como lo era el mío, y sus sentidos estaban tan despiertos como los míos, pero entendiendo perfectamente que el joven al que había conocido anidaba tras aquello en lo que ahora se había convertido.

Me separé de él horrorizada mientras se observaba así mismo. Después dirigió la vista hacia mí, esta vez con ambos ojos de un mismo color cobalto, acorralados entre su nueva carne de un blanco extremo.

No recuerdo si dije algo, pero sí el haber experimentado la insufrible sensación de haberle traspasado parte del veneno que se extendía en mi organismo. Y detrás del saciado deseo, la desilusión comenzó a asomar. La amargura hundida en una profunda tristeza fue mi carga, un castigo sobre el que ya nada podía hacer.

Pero al igual que en mi propio ser, atizado por la misma tenebrosa furia inmortal, la consternación y el asombro se ciñó sobre él. Primero atacó a sus arterias, al tiempo que confundido levantaba una mano frente a sus ojos. Las venas superficiales que recorrían el dorso de sus extremidades comenzaban a hincharse de modo implacable perdiendo la tonalidad por segundos. Una tracería de color grisáceo se extendía desde la muñeca hasta las yemas de los dedos palpitando por debajo de la piel, haciéndole preguntarse qué alucinación podía ser aquella. Y durante el siguiente atormentado instante dirigió la mirada hacia mis ojos abatidos, y sus músculos cedieron ligeramente como si fuesen a adentrarse en la inconsciencia. «Parecía estar al borde de la muerte».

—¡No! —Grité aterrada pasto de la desesperación —¡Me niego a que desaparezcas de mi vida ahora que te he encontrado!

La ilusión de un amor real, el único vínculo con todo lo que me estaba sucediendo, se encontraba a punto de esfumarse.

4.3

Pero el abrazo de la muerte, a pesar de estar tan frío como ella, no fue el que contemplé en Louie. Los sucesivos días lo demostraron. Se había convertido en lo mismo que yo, una tortura en el tiempo que nos conduciría inexorablemente al levantamiento de nuestra propia defensa a través de la inmortalidad. Pues aun pareciendo impenetrable, su mayor enemigo se encontraba entre los vivos proveniente de la más terrible maldición de la historia acaecida en Nueva Inglaterra dos siglos atrás. La misma que en el presente ambicionaba «algo» de nosotros.

5
ORIGEN

La exposición a luz del Sol le perturbaba infinitamente más que a mí, excepto la del reflejo de la Luna, la de las farolas mortecinas o la de una miserable vela. No podía parar de imaginar lo mucho que debía odiarme, detestarme, aún sin haberlo confesado. El corazón se me había encogido, como si al negarme indirectamente el amor que comenzaba a engendrarse entre nosotros, el único que me sostenía junto a mis nuevas fuerzas, me hubiera dado un golpe mortal. Y por un momento deseé que aquel golpe hubiera sido fulminante, que la noche en la que forzosamente le convertí en lo mismo que el misterioso perfume hizo de mí, el destino de aquel enigma no me hubiese permitido seguir existiendo. Y si así lo era, si era cierto que me odiaba, no podía saberlo, al menos por el momento, pues tampoco era capaz de abandonarme.

Louie era consciente de que teníamos que seguir juntos y estar

listos para cuando se abriera la siguiente puerta de la peor pesadilla de nuestras vidas o de nuestra muerte. Y aunque jamás creí en los vampiros ni en deidad alguna, parecía como si la eternidad se hubiese propuesto castigarme por haberlos considerado inexistentes.

Sin embargo tuve la osadía de dirigirme a uno de esos seres divinos, el que mayor discípulos atesora, haciendo uso de la frase a la que todo creyente se aferra si la amargura desgarrada entre la desesperación e indignación es tan grande, como la necesidad de supervivencia, y que ahora distanciaba años luz del entendimiento que mi particular comprensión siempre me había definido. Era como si la ética fuera un gran mundo de cristal que pudiera ser absolutamente destrozado por un acto.

«Dios ¿Me perdonarás, si Louie me perdona?»

5.1

Las venas nos ardían como si estuviéramos falleciendo de hambre. La fuerza de nuestros primeros encuentros comenzaba a flaquear hasta límites mortuorios. Estábamos débiles, quizás enfermos, y no éramos capaces de aceptarlo. Porque al igual que el resto del mundo, no queríamos morir dentro de unos cuerpos de los que ya no éramos conscientes de su auténtico estado.

Tomamos sangre animal, pero también humana.

De día, inexplicablemente, podía sentir el calor del Sol brillando justo encima de mí sin nube alguna. Apretaba los párpados a intervalos tras mis gafas renegridas, cubriéndome la cabeza con un gorro de lana ajustado por encima de las orejas. Resguardada de los rayos con chaqueta y guantes, me armaba de valor para avanzar bajo los golpes del astro. Sin embargo, a pesar de las irrefutables pruebas físicas de espectro chupasangre, a excepción del recalentamiento de mis mejillas, no me quemaba hasta el límite de transformarme en carbón, y tampoco sabía si en algún momento dado aquella especie de don protector desaparecería.

Pero Louie sólo podía moverse en ausencia del fuego de la luz. Al alba se ocultaba en el sótano de su casa para hacer creer a sus padres que se había marchado a clase, y cuando el color gris del cielo surgía entre sombras para dar paso a la noche, nos encontrábamos para beber.

«Habían alternativas».

Las ratas abundaban en los rincones de las calles cerca de los contenedores, y en algún sitio sin necesidad de rastrear más, siempre podías oír aullar a un perro indefenso.

Sin embargo Louie necesitaba más que yo la sangre humana, y aunque podía parecer la necesidad de matar lo que más nos afligía, el paso de los días demostró que era algo mucho peor. Algo que nos decía que esa noche sería la primera de miles para nosotros, de un mundo sin fin, de crepúsculos encorvándose sobre penumbras al encuentro de cada oscuridad hasta formar un gran arco del que no podría verse el final. Noches, en las que acabaríamos andando bajo el frío eterno de estrellas insensibles. Éramos conscientes de que aquella situación sólo podía ser alimentada durante poco tiempo, y ahondamos en la búsqueda desesperada de respuestas, en la indagación de cualquier cosa que nos facilitara información sobre otras vidas yermas del pasado.

5.2

Nuestro caso parecía único entre los que encontrábamos. No éramos capaces de descifrar el mal que ambos padecíamos procedente de la misma fuente, pero extendido de diferente modo en cada uno de nuestros organismos. Mi necesidad de esencia vital permanecía estabilizada, la de Louie continuaba aumentando peligrosamente.

Y llegó un momento en el que no pudo más.

Su propio grito se encerró con él dolorosamente empujándolo hacia el ansia de la supervivencia, intentando persuadirle para vencer el miedo de matar. Fue entonces cuando el profundo tono que ahora tenía su voz y su mirada, estalló sumido en la desesperación.

—No queda más sangre Sunniva —lo acababa de comprobar en el almacén de provisiones que ocultábamos entre grandes rocas, tras el rompiente más elevado del mar.

No estaba dispuesta a esperar ni un minuto más a lo que pudiera pasarle, y con el ferviente convencimiento con el que das todo lo que tienes, incluso lo que te hace «vivir», a los que más amas, le ofrecí respiro a través de mi propia muñeca.

—Bebe de mí —dije. Louie contuvo las lágrimas tratando de huir de la visión que más placer le otorgaba —.Rápido, no podré mantenerme así por mucho tiempo.

A pesar de la terrible angustia sumada a sus más profundos deseos, era consciente de que tenía que hacerlo. Y tras un prolongado silencio, visualicé sus blancos colmillos al aire como un animal rabioso que acaba de perder el control. Y con el fulgor de su visión cobalto congelada por una desbordante hambre consumidora, se lanzó hacia mi brazo hundiéndolos en él.

Al principio comencé a desangrarme lentamente en el interior de su garganta. Luego noté un fuerte mareo, como si un profundo sueño se apoderara de mí forzosamente, hasta que presa de la debilidad,

pronuncié su nombre.

Fue entonces cuando Louie sintió la demora hipnótica de mi corazón. Por un instante, saciado y confundido, se separó de mí, y sus manos temblorosas se aferraron a mis hombros hasta ver asomar en mi rostro lo que parecía el comienzo del brillo de la recuperación.

Pero aquel bocado incontrolado le sumergió en otra locura mayor de la que fue más arduo escapar, la de la impotencia de su rabia, la de su alma, aquella que le condujo hasta la caja de los recuerdos que sus progenitores atesoraban en el ático de su casa. Necesitaba conocer el porqué de la diferencia entre su degradación y la mía. Algún tipo de enfermedad o afección hereditaria que pudiera dar razón a una vulnerabilidad superior respecto una misma condición humana.

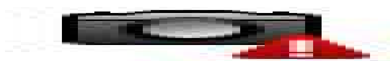
5.3

Mapas de viajes, cartas de amor entre sus padres, cándidas instantáneas de infancia, cartones de acampadas, y tantas otras imágenes radiantes de calidez que cubrían hasta arriba el pequeño arcón agrietado de sus recuerdos, provocaron un melancólico pesar en el vampiro desconcertado que anidaba en su ser.

Pero justo antes de bajar la cubierta, sus ojos se fijaron en un pequeño cuaderno sujeto con alambre en espiral que peleaba por asomar. De inmediato se hizo con él entre sus manos desplazando sus blancas páginas con el pulgar en abanico, creyendo evaporarse así el último resquicio de esperanza. Pero en uno de esos instantes le pareció ver algo, algo que parecía un dibujo, y decidió repetir el proceso hasta dar con el folio que lo contenía.

Sus ojos antihumanos se abrieron justo a tiempo para chocar contra la única imagen que encerraba, asistiendo con asombro a la representación de un árbol genealógico de fotografías indescifrables.

Su visión relampagueó mientras apretaba los dientes. A sus pies, un nombre escrito en solitario con trazo de pluma, le provocó un nudo en la garganta.



Era evidente que la representación sucesoria enlistaba la línea de sangre de los antepasados del individuo designado a sus pies, un linaje de retratos ocultos bajo tinta negra desvanecida en una tétrica ilustración.

Entonces Louie, pensativo, volvió ligeramente la vista hacia bajo dando con una de las fotos en la que aparecía con sus padres en un viaje junto a los pies de un castillo.

Ojalá hubiera podido grabar aquel momento en el que se abstrajo del mundo, como si se le hubiera antojado un recuerdo de la humanidad que todavía parecía quedar cercana. Yo misma hubiera renunciado a un solo día de abundante y pura sangre por haber sentido lo mismo que él.

Hacía un tiempo considerable que el inclemente veneno se extendía a través de mi cuerpo, y sin embargo era consciente de que si nuestro destino era morar en una nueva e imperecedera era sanguinaria, alcanzaríamos los años venideros como minutos, y la ciudad crecería en nuestro entorno dando paso a un sinfín de desconocidos. La eternidad haría surgir nuevos mundos y con ellos nuestros nombres.

Y arrancó de raíz la hoja de la pequeña libreta con la misma determinación y dominio con la que yo le aparté de la vida.

5.4

Las consecutivas noches el aspecto de Louie se asemejaba al de un difunto de días con facciones marcadas, y decidió ocultar su rostro bajo la capucha de una sudadera negra, eludiendo así la preocupación de sus padres, quienes hablaban con él de paso mientras éste esquivaba las miradas directas.

A pesar de haberse adentrado más tardíamente en el infierno que yo, su aspecto mortecino era más pronunciado que el mío, y consciente de no poder camuflarlo en casa por mucho tiempo, supo discernir el punto en el que a la hora de la verdad, ningún hijo cabe concebir necesidad alguna de mayor importancia que la de sentirse protegido por sus padres.

No pasaron muchas noches hasta descubrirles su profundo rostro.

Los primeros segundos les costó mantener la mirada frente a él. Se sintieron aterrados de golpe, soportando un peso tan fuerte como el de la muerte que les clavó en el sofá.

—Tranquilos —dijo mirándolos con unos ojos que parecían tener vida propia, como si el resto estuviera poseído. Y avanzó unos pasos hasta situarse junto al cálido fuego de la chimenea, insensible para él, mientras la hoguera no alcanzara su piel. Después introdujo la mano en su chaqueta haciéndose con el papel que había arrancado de su descanso en el ático, y con esa distinción elegante adoptada por los sanguinarios más remotos, lo desplegó sobre la pequeña mesa de centro con un temple impertérrito.

De inmediato la voz temblorosa de su madre reveló su estado reteniendo su primer lamento en el lagrimal.

—Louie, tu aspecto. Pero… ¿Qué te ha ocurrido?

Pronunció mi nombre tras contarles cómo había llegado hasta él. Cómo había encontrado algo. El poder de una esencia destructiva

proveniente de otro tiempo, una poción que no sólo nos hizo creer actuar como brebaje revitalizante sobre nuestro organismo, sino que nos hizo sentir superiores sin ser conscientes de que el final de su propagación nos deparaba la maldición eterna.

Su padre agitó las rodillas con incomodidad.

—No puede ser…

Aquella extraña incredulidad unida a su reacción corporal detuvo la confesión de Louie, quien advirtió entre líneas poder existir algo más que el penetrante temor a perder a un hijo por haber contraído una posible enfermedad letal. Y sin confesar nada más, el gesto de su madre llevándose las manos a la cara hizo el resto.

Fue entonces cuando Louie dio un golpe en la mesa sobre el papel, y levantando la voz se dirigió a ellos con la confianza propia con la que uno conoce a sus padres, con la estricta exigencia con la que la ley obliga a reconocer lo que es evidente que se está escondiendo o protegiendo.

Y en aquel preciso instante su padre osó abrir las puertas de la verdad.

—No pensábamos que aparecería. No en nuestra generación.

Su hijo mostró el cárdeno envés de sus manos.

—¿Sabíais algo de esto y no me lo dijisteis?

Entonces su madre se dirigió hacia su habitación para coger una pequeña fotografía que guardaba en el fondo del último cajón de la cómoda.

—Calma hijo mío —dijo su padre poniendo una mano tranquilizadora sobre su hombro —.Nos opusimos a creer lo inconcebible, nuestra intención era proseguir nuestra vida con normalidad. Pero el acoso mediático nos obligó a huir, por eso nos mudamos.

Louie se mantuvo en silencio mientras escuchaba los pasos de su madre dirigiéndose de nuevo hacia el salón, en cuyo momento le mostró la imagen que acababa de traer.

—Este es «Edwin Brown» ,tu tatarabuelo por parte de padre.

Louie extendió la mano.

—Desde mi bisabuelo, todos descendientes varones, todos con el derecho en esa época de anteponer su apellido, tú verdadero apellido, el mío —continuó su padre.

Louie miró a su madre como si necesitara alguna prueba más sobre aquella confesión.

—En efecto hijo mío. Tu verdadero nombre completo es Louie Brown Linvingstone, descendiente de la más insigne y temida familia de Nueva Inglaterra desde hace tres generaciones. Los fatídicos acontecimientos en los predecesores de tu padre nos acarrearon muchos problemas. Temíamos que alguien pudiese hacer lo mismo

contigo.

—¿Qué quieres decir?

Había llegado el momento de confesar el resto. Puede que intuyera algo, o puede que no. Pero Louie era como yo, jamás había creído en vampiros, ni se había interesado por indagar en el pasado de sus fabulosas narraciones o personajes existentes que hubieran transcendido en la historia como tales. Acababa de conocer que era parte de un linaje, cuya afamada leyenda palpitaba intrigantemente en el corazón de aquellos que sí profesaban a las inmortales criaturas más sanguinarias de todos los tiempos, las admiraban o respetaban. Aquella que su padre se encontraba a punto de relatarle en ese mismo instante tras retomar asiento.

5.5

—A finales del siglo XVIII y durante el XIX, el mito del vampiro tomaba fuerza por Nueva Inglaterra. Zonas como ésta, Rhode Island, se plagaron de casos documentados sobre familias que exhumaban los cadáveres de sus consanguíneos por miedo a que estos se hubieran convertido en vampiros y pudieran terminar matando al resto de los suyos. Sin embargo, muchos de esos cuerpos pasaron desapercibidos para el resto de generaciones. Muchos, excepto «uno». El más conocido en la región noreste de Estados Unidos, y más tarde en el resto del mundo, el de la eterna joven “Mercy Brown”, nacida en Exeter en 1873. «Tú tatara tía».

»Tras franquear la siguiente década, los descendientes de mi bisabuelo, George Brown, fueron sacudidos por una serie de trágicas muertes. Primero con el fallecimiento de mi bisabuela, y siete meses después el de su hija menor, mi tía abuela Mery Olive, que murió bajo una misma sintomatología. Siete años después, su único hijo varón, Edwin, comenzó a presentar los mismos síntomas. Desesperado, George, decidió mandarlo a Colorado con el fin de que el cambio de clima favoreciera la recuperación de su enfermedad. Pero esta mejora jamás se dio, y su joven hijo regresó a su hogar más enfermo aún. Sin embargo, justo cuando volvieron a casa, la última de las hijas con vida, Mercy, comenzó a experimentar la misma extraña enfermedad, sucumbiendo a la temprana edad de los diecinueve años al desembocar en tuberculosis pulmonar.

»George no sabía qué hacer, y comenzó a escuchar los consejos que la gente de su alrededor le daba, consejos que hacían alusión a historias de vampiros, asegurando que alguien de su familia se había transformado en un ser de las tinieblas, y que precisamente ese ser, era quien había estado arrebatando su felicidad poco a poco. Pero mi bisabuelo, a expensas de no terminar de aceptar esa absurda teoría,

accedió a las peticiones de exhumar los cadáveres, quizá por la propia desesperación frente a la enfermedad de su único hijo vivo.

»Fue entonces, cuando el médico de la familia lo acompañó a las tumbas de su esposa e hijas, donde tras abrir la de la pequeña Olive encontraron sólo huesos, y en la de su mujer un cuerpo completamente momificado. Sin embargo, al destapar la de Mercy, la cual había fallecido hacia sólo nueve semanas antes de abrirla, se encontraron con un cuerpo menos castigado y descompuesto. Una joven con el pelo y uñas más largas que cuando la enterraron, detalles que parecieron confirmar las sospechas de la gente a su alrededor.

»Aquellas pruebas pusieron en juego la fatídica providencia, haciendo balancear la fe del cabeza de familia, quien decidió finalmente arrancar su corazón y quemarlo. Y muchas versiones aseguran que con las cenizas de ese corazón se creó una pócima curativa para que Edwin la bebiera. No obstante, a pesar de ello, ese mismo año murió.

»Al paso del tiempo, mi bisabuelo intentó no dejar rastro de su paradero, pues el suceso se expandió como la pólvora por todos los condados de América. Pero en su nueva etapa de vida tuvo una relación secreta sin contraer nupcias, una cuyo fruto fue mi abuelo, de él mi padre, y finalmente yo. Todos varones, todos hijos únicos, todos “Brown”.

»Desde entonces, la figura de mi joven difunta tía abuela Mercy y la maldición de su familia, tomó tal fuerza, que alcanzó el reconocimiento de *la última vampiro de Nueva Inglaterra*. Y cuantiosas son las historias que afirman que en su lugar de descanso a día de hoy pasan cosas extrañas que nadie puede explicar. Sin embargo, aunque jamás se ha hallado prueba tangible que lo pudiese demostrar, lo que nadie cayó en cuenta fue, que la tumba del último de sus hijos en fallecer, mi tío abuelo Edwin Brown, jamás fue profanada para su incineración.

Louie conmocionado se sentó junto a sus padres, y con un brillo desafiante en sus ojos ardientes en llamas de deslealtad, exigió su verdad, la del último eslabón, la de su destino. Y en ese instante el cercano olor de la sangre de sus progenitores le hizo olvidar por un momento el respeto condescendiente, y con los nervios a flor de piel dejó escapar sus siguientes pensamientos.

—¿Preferís que termine todo? ¡Os puedo dar la muerte con más facilidad que la que tuvisteis vosotros al darme la vida! ¡Decidme lo que quiero saber! Después de ver lo que soy y profesar lo sobrenatural, bien podría creer en cualquier cosa. Solventar mi tormento. ¡Hablad!.

Su madre aparcó su temor cogiendo su mano con cariño.

—Mi querido Louie, la sangre que corre por tus venas a perdido fuerza, pero tu cuerpo la regenerará a través del tiempo y le otorgará

el poder que merecen sus ancestros. Tú eres un pura sangre, Sunniva no. La maldición se hallaba latente, escrita en tus genes. La intermediaria con la que diste te transmitió el infecto que necesitaba para despertar. Tu esencia acumulaba el deseo de transformarse algún día para alcanzar su verdadera naturaleza. Por eso os encontrasteis, fuiste atraído por ella. Alguien o algo condujo a Sunniva hasta su último suspiro convertido en cenizas, el del brebaje que las contenía, las mismas con las que la cura se elaboró hace tres generaciones, las pertenecientes a Mercy Brown. Sin embargo hijo mío a partir de ahora corres un grave peligro, pues las más infamias lenguas conocedoras de la leyenda de la que ahora formas parte afirman, que uno de sus difuntos miembros camina hoy entre tinieblas sobre la Tierra, el mismo sobre el que se intentó tratar su enfermedad. Montesco es como se hace llamar, y persigue recuperar la mortalidad en nuestra descendencia, la que desde hace unos días sólo tú le puedes otorgar.

—Edwin Brown —dijo Louie.

—Siempre se ha dicho que el mayor enemigo de los vampiros eran los humanos, los mismos que provocaron la persecución de nuestros antepasados más cercanos. Pero la existencia de la suma providencia sobre estas criaturas dice, que cuando la extinción de los vampiros sea un hecho en sus dos únicos supervivientes, el último, y sólo el que quede en pie tras su duelo, podrá conquistar de nuevo la mortalidad.

—Pero ¿Cómo se le ha de matar? ¿Con una estaca? ¿Cortando su cabeza?

—Louie debes ir más allá de lo que relatan los libros. La mordedura del penúltimo ser de vida nocturna absorberá la sangre del último, y esta será letal. «El que quede en pie tendrá el privilegio de volver a la vida».

—El último descendiente de los Brown, el último vampiro—pensó en voz alta —.Vampiros contra vampiros, la lucha por la destrucción de la maldición que en otros siglos les condenó a vagar entre las sombras.

—Exacto. Al igual que la portadora de la eternidad embrujó tus sentidos para atraerte hasta ella y te convirtió en lo que ahora eres, Montesco ha comenzado su rastreo desde que su alma corrompida siente no ser el único de su especie. Debe hacerse con tu garganta.

Entonces su padre tomó la palabra levantando un tono contundente ante él.

—Sabe que tiene la oportunidad de volver a impregnarse de mortalidad, de descargar su furia errante e infinita sobre el que interceda por él rumbo al infierno, de hacerle pagar sus propios pecados como asesino de sangre hasta el día de hoy. Conseguir la mayor recompensa con la que jamás vampiro alguno hubiera soñado alcanzar de nuevo; la vida. Su alma más oculta, la de Edwin Brown,

ostenta una horrible sed de venganza, un ofuscado resarcimiento no sólo contra los que le condujeron hasta la muerte eterna, sino contra el mundo entero.

«Ahora lo veía claro».

Louie caminó unos pasos hasta la ventana. Una ira devastadora se acababa de apoderar de él. La guerra había llegado hasta su casa, hasta su hogar y él era su principal combatiente. Montesco se había pasado los últimos trescientos años indagando en su nueva especie, buscando en su familia al heredero de su enfermedad, al que era como él. Pero a pesar de ello no debía mirar atrás, y al alcanzar la cristalera giró sobre sus talones mientras su corazón angustiado clamaba prudencia, y sus próximas palabras daban paso al fulgurante fuego que su enemigo tanto deseaba extinguir.

—Decidme ¿Donde se encuentra?

Su madre aferró la mano de su esposo.

Era injusto, monstruosamente injusto. Escoger entre la sensatez de continuar huyendo y el mortuorio e inminente destino de su único hijo era una auténtica tiranía, y más aún lo sería sumirlo en la cobardía de no estar preparado para el inevitable duelo.

Su padre prosiguió amparando el gesto de su mujer.

—Hace decenas de años que Montesco asienta su guarida entre los Montes Cárpatos de Rumanía, donde sus inmediaciones disfrazan entre la maleza restos de animales marcados por colmillos de bestias. Si bien se habla de lobos, también se menciona una presencia de porte comparable a la del hombre, a las que alimentaban su existencia de sangre.

»A las afueras de Bucarest, entre el espesor de los recónditos árboles de sus bosques, tras algunas de sus terroríficas alcazabas abandonadas, se halla *Deathunseen Fortress*; «Fortaleza de la muerte oculta». Bautizada así por su vecindad más cercana, de ella nadie ha conseguido volver jamás. Su entrada recubierta por un ramaje de dudosa estabilidad, en apariencia «suelo verde», oculta un pozo, donde los más incrédulos dan por hecho perder la vida en sus aguas, si los locos por los que es visitado hacen descansar sus pasos con mala fortuna. Sin embargo, otros afirman, que en realidad lleva a un lugar muy distinto. Un subterráneo forjado en abundantes lujos donde mora el mismísimo Conde Montesco, título nobiliario adquirido bajo desembolso, seguro de corresponderle en supremacía.

»Inmensamente rico por el poder que le confiere el de dar muerte a los curiosos y presas, que bajo el embrujo atrae a sus dominios robando sus pertenencias, engrosa sus arcas desde hace tres siglos junto a su lacayos. Hechizados por el mismo, traspasados por el marfil de sus colmillos sin consumación sanguínea a voluntad, configuran sus huestes. La anciana que condujo a Sunniva hasta la posada es una

«mediadora». No se sirve de ella para matar, sino para interceder en otros asuntos. Montesco dio con ella en la búsqueda del brebaje eterno, pues entre sus múltiples y delirantes locuras, la escuchó hablar de la existencia de una fragancia prohibida, una cuya historia jamás dejó traspasar su venta o destrucción manteniendo su integridad, cayendo en distintas manos hasta nuestros días, temerosas de que el mito fuera cierto y la venganza hiciera su fantasmagórica aparición.

A pesar de que el desconcierto sacudía la cabeza de Louie como un trueno sobre la tormenta, lo soportaba con una impasibilidad que no había conocido antes en su vida mortal, y comprendió que debía tratarse de una parte de su naturaleza de vampiro. Los deseos de acabar con Montesco crecían en su interior como una fiebre esperada mientras escuchaba la historia frente al ventanal. Entonces se volvió con una expresión de desasosiego en su rostro, fruto del ligero soplo de calor que creyó provenir de la chimenea, permitiendo que un gesto ceñudo revelara parte de la intranquilidad que acababa de asaltarle, como si alguien o algo más estuviera con ellos.

Desde muy cerca, casi solapada a la suya, la sombra de su mayor enemigo acariciaba su garganta a miles de kilómetros de distancia. Como el viento que se agitaba en el exterior, podía oír su respiración. Hasta que la silueta se superpuso completamente a la suya desvaneciéndose como un fantasma.

Un experimentado poder había dado con él.

5.6

Esa noche Louie constató en la red la historia de su auténtico apellido y escaneó la foto que sus padres le proporcionaron de un jovencísimo Edwin Brown, cuyo rostro ocultaba la desdicha que empezaba a soportar, cotejando su identidad con la búsqueda por imágenes.

Y justo antes de amanecer me confesó la verdad, el auténtico origen de maldición que portábamos.

Pero para mí lo peor de todo era, a expensas de que la providencia pudiera hacerle caer o renacer, la incertidumbre que cabalgaba a mis espaldas, pues ahora sabíamos que yo no era una pura sangre. No podía evitar parar de preguntarme que me ocurriría tras quedar en pie el que recuperase el curso de la vida hasta su muerte, el que deseaba con todas mis fuerzas que recayera en mi auténtico y único amor. Puede que portara la enfermedad que acabaría conmigo y viviese hasta el fin de mis días con aspecto de moribunda y extraordinaria fuerza, pero de lo que no cabía duda era, que «la eternidad sólo visita a los auténticos no-muertos». Estoy segura de que mi entorno lo aceptaría como una incurable y extraña enfermedad de origen

desconocido, ya que nadie o casi nadie cree en los vampiros; «la primera e inherente cláusula de refugio en la que radica su poder».

Por el momento ambos poseíamos las habilidades de esas criaturas, la oportunidad de acabar con su único descendiente anterior a nosotros, y la ocasión de no caminar solos, escoltándonos hasta el encuentro de nuestro destino.

El objetivo de Montesco era el nuestro. Un viaje ineludible acababa de surgir. El Conde de los Cárpatos estaba seguro de que iríamos en su búsqueda. Sabía perfectamente que nuestra nueva naturaleza inexperta no podía proporcionarnos mucha información de lo que éramos, y en consecuencia a quién nos enfrentábamos. Pero sobre todo era consciente, de que no querríamos tener cerca a los nuestros cuando alcanzásemos el momento de averiguarlo.

Pero antes de aventurarnos en la larga travesía, sentimos la necesidad de acercarnos hasta el lugar que confiábamos, nos daría la paz que nuestra alma precisaba, la única parte humana que parecía resistir de nuestra esencia primaria. De repente nos encontramos en la obligación de honrarla a ella y a su creador, visitando el lugar dónde empezó todo, antes de que todo acabara.

«Sólo Dios sabe porqué le hicimos caso».

Tras una hora de camino cruzábamos las rejas del cementerio de *Chestnut-Hill*, el Campo Santo de los Brown por excelencia, donde confiábamos que al menos su parte espiritual siguiera residiendo desde el día de su resurrección.

6
hacia LOS MONTES CÁRPATOS

Entre Rhode Island y el sistema montañoso más sobrecogedor del mundo nos separaban la friolera de dos días con sus respectivas noches. Y antes de partir leí un poco a cerca de aquellas tierras.

Al parecer el nombre de los Cárpatos, muy probablemente derive de *los Carpos*; una tribu de los dacios, que según atestiguan los últimos documentos del Imperio Romano, habitó en sus laderas del Este hasta el año 381. En dichos escritos se hacía referencia a estos como *Montes Sarmatici*, mientras que los occidentales eran llamados *Carpates*. Comienzan en el Danubio, cerca de Bratislava, y rodean Transcarpatia y Transilvania en un semicírculo grande barriendo hacia el sudoeste, para finalmente morir en el Danubio cerca Orşova, en Rumania, de modo que las *Puertas de Hierro* los separan de los Balcanes.

Me resultaron curiosas, pero aún más extremadamente bellas, las imágenes que encontré sobre aquellas puertas, un desfiladero natural a los lados del Danubio, cuyo cañón de paso queda entre el norte de Rumanía y en su punto opuesto; Serbia.

Los padres de Louie nos facilitaron los billetes. Le dije a mi madre que Kiara me había invitado el fin de semana a su casa de campo a las afueras de la ciudad. Que me vendría bien…Y antes de partir, resguardé de la luz las partes visibles de mi cuerpo, cubriéndolas ligeramente bajo la sombra de una capucha, guantes y unas gafas oscuras. Pero para Louie la salida del Sol era muy distinta, y el primer tramo en avión cruzó el océano a mi lado ataviado como un musulmán, inundado por el olor de la sangre del resto de pasajeros.

«Que cruel travesía». Hasta que las aguas del Pacífico se transformaran en tierra firme en el aeropuerto de Ucrania; *Ivano-Frankivsk*, dónde saciamos nuestra hambre gracias a las bolsas de sangre que nos apropiamos de su centro médico. Con ellas aguantamos el resto de horas hasta los montes Rumanos, para más tarde hacer trasbordo en el tren que los atravesaba, donde Louie ocupó el espacio de una de las maletas en el vagón de equipaje. «Nada más seguro para contener imprevistos».

Nos sentíamos como en una cárcel que oprimía nuestras venas contra su dirección de flujo, como estoy segura de que ningún ser humano lo estaba ni lo había estado jamás. Y a medida que acortábamos distancias con la fortaleza de la muerte, nuestro corazón latía cada vez más fuerte, deseosos por poder acabar con el veneno que anidaba en nuestro ser.

6.2

Fue emocionante llegar a ese extraño país. El viaje había sido largo y sin embargo trascurrió rápido. Y es que cuándo alcanzas un destino por obligación, el tiempo parece empujarte hacia él con una velocidad inexplicable de la que no eres consciente.

En aquellas cordilleras centrales todavía galopaban caballos. Un territorio yerno de civilización, excepto la de sus pobladores salvajes; osos, lobos, linces y ciertos guardianes de antiguas fortalezas, alzadas entre frondosos bosques de robles y abetos. El suave deslizamiento en solitario de elegantes carruajes vetustos intimidaba misteriosamente, como el ambiente que a menudo acompaña a las oscuras zonas rurales entre castillos y ruinas. En algunos momentos sentíamos una ansiedad desbordante, como si el grito inhumano de Montesco asaltara nuestros oídos, mientras sus monstruosas garras intentaban alcanzarnos. Muchas décadas de vampiro le habían otorgado experiencia en el control de la mente y en el campo de batalla, y temíamos al sólo hecho de estar seguros de que su poder adiestrado podía llegar a ser ilimitado.

Pero a pesar de eso estaba cansado de añoranzas.

Giraba y giraba por las esquinas del tiempo mirando las estrellas, pensando entre ventanas de cristal, bajo los arcos de su castillo, con la tranquilidad espesa que significa que los mortales que habitaron los rincones del palacio que ahora le pertenecían, habían quedado fuera, aunque su piedra hubiera absorbido el sonido de su respiración, el espacio de vidas enteras.

Sin embargo, los padres Louie, nos hablaron de «alguien más». Justo antes de trasladarse al conocido Estado Oceánico, un hombre les prestó ayuda.

Estrechamente relacionado con los ritos y armamentos destructores de criaturas de la noche de los últimos tiempos, y conocedor de la leyenda de sus antepasados, ya por entonces era emplazado para enfrentarse a humanos poseídos por cualquier indicio de locura sanguinaria. La juventud de sus sesenta años de vida fue capaz de entrenar astutamente a sus flechas de plata, para que pasaran volando hacia sus enemigos como avispas enfurecidas, concediéndole el tiempo suficiente como para dar muerte consecutivamente a otros más.

Velkan Vladimirescu, de origen eslavo, apodado también con el significado de su nombre; «lobo valiente», continuaba viviendo en el distrito de *Sadhirs'kyi*, a tres horas y media de los Cárpatos, desde que en su etapa lozana asentara los cimientos de su fama. Sin embargo, aunque nuestro aspecto no era el más conveniente para presentarnos ante él, sí debía ser conocedor de nuestra existencia e intenciones, y decidimos mandarle una carta un dia antes de emprender nuestro viaje.

Vladimirescu había perseguido el rastro de la familia Brown entre las muchas investigaciones de su vida. Conocía perfectamente la posible aparición en cualquier momento de un «sucesor puro», el descendiente sobre el que el mismísimo Edwin Brown haría recaer sus artimañas, la esencia de eternidad que permanecía a la espera de una intermediaria, la humana que le sirviera de eslabón para acercarle a la vida, la de la identidad que recayó en mí. Estaba seguro de que Montesco únicamente hundiría sus colmillos en aquel de su misma naturaleza, pero no podía permitir que en una involuntaria tentación, se comenzara con una nueva comunidad de vampiros perdurable, sin fin. Montesco sabía que en algún momento tendría la oportunidad de alcanzar de nuevo la humanidad, absteniéndose en el tiempo de la sangre que circulaba en los cuerpos palpitantes de su alrededor. De modo, que los que caían en la trampa de su castillo o presentaban sus lacayos ante él, le servían de alimento exprimiendo sus cuerpos en un molde de espinas, dándoles muerte absoluta e inmediata bajo la máscara de la desaparición, mientras la sustancia de sus organismos recorría el sendero subterráneo de la fuente que le mantenía en pie.

7
deathunseend

El camino de dos horas andando que nos separaba del castillo, sació nuestra sed con los animales que se cruzaron en él. Aunque Montesco sólo podía percibir a Louie en la distancia, mi presencia de algún modo le inquietaba. Sentía una naturaleza cercana a la suya, pero a la vez distinta. El Conde era consciente de que la intermediaria que había convertido a su presa sucesora debía perder la vida. Era una vampira impura, no consumada, alterada en su material genético por conversión sin mordedura, a través del último suspiro de inmortalidad en forma de pócima, extraída de la más famosa vástaga de una estirpe infecta.

Aunque no podría impedir que los dos últimos vampiros sobre la faz de la Tierra librasen la batalla final por volver a la vida, tras mis labios albergaba un poder demasiado arriesgado. Mis colmillos podían llegar a desencadenar la epidemia más temida de todos los tiempos, extendiéndola sobre otros humanos, estableciendo auténticos nuevos vampiros.

Pero lejos de que la contienda se iniciase sin contemplaciones, sin ser obstáculo para sus sobrehumanos combatientes, la senda hasta el trono de Montesco también se encontraba abierta a cualquier paso de entrada. Una escalinata a los pies del castillo invitaba a adentrarse en sus entrañas, una travesía desértica hacia la extinción de la vida, hacia la guerra secreta entre los dos hijos póstumos de una raza, muy diferente a las contiendas de otros tiempos en las que los vampiros se contaban a miles entre callejones iluminados por la luz ancestral de la ciudad. Una cruzada única e inigualable que por primera vez tenía el poder de concluir, pero también de dejar que la sangre de tantos inocentes, como los que habían caído como manjares del cielo a lo largo de numerosas décadas para acabar atrozmente prensados, se encontrase a merced de la garganta del portal.

A cada paso nuestras mentes se preguntaban, si tras descender a la siniestra cripta, y enfrentarnos a lo poco que conocíamos de nuestra naturaleza en otro ser experimentado, en algún momento, emprenderíamos el camino de regreso a la superficie, de qué modo y con qué identidad.

7.1

Las cúpulas en punta de la escalofriante fortaleza, nos observaban imperando sobre el fuego abrasador de las antorchas que alumbraban nuestras cabezas, desapareciendo entre las negrecidas nubes de la noche a medida que nos adentrábamos en sus oscuros dominios.

Mientras tanto, el cuerpo de nuestro mayor enemigo descansaba en su ya más que ejercitado *rigor mortis*.

La reserva de sangre humana recorría las entrañas de la cámara reptando desde la sala principal, filtrándose por las rendijas del suelo de mármol entre las intrincadas cavidades del fúnebre diseño del laberinto necrológico, rumbo hacia el sanctasanctórum de Montesco, donde la pequeña marea alimentaba su perdurable alma cabeza abajo como un murciélago.

A medida que acortábamos distancias respecto al mausoleo, el corazón del Conde latía con creciente fuerza, hasta que un enorme suspiro se escapó de sus labios rojizos y agrietados, al tiempo que sus ojos hambrientos se despertaban en sus cavidades oculares hundidas, mostrando unas pupilas negras como la brea, propios de la esencia que había albergado su interior demasiado tiempo. A su lado, un féretro acolchado le servía de confortable descanso, mientras el manjar carmesí recorría su organismo de principio a fin en posición yacente.

Mientras tanto, sus esclavizados lacayos por el poder del embrujo que Edwin Brown cultivó con su maléfica influencia al principio de sus tiempos, bajo una escogida corpulencia mutada a salvajes exterminadores, deseosos de participar en un nuevo licencioso banquete con los restos sobrantes de la circulación de vida, aguardaban órdenes de su amo tras las paredes y pilastras.

A cada paso podíamos escuchar su ansioso tragar retorcido entre sonidos de succión custodiando la entrada, puntuados por los gemidos de éxtasis entre el reflejo de sus voluminosas sombras.

Por el momento no atacarían. Montesco poseía el control de sus movimientos, un dominio capaz de adormecer la sangre a voluntad, con la contención suficiente, como para que estos permitieran nuestro avance paralelos a la implacable corriente sanguínea.

Hasta que el deseo de beber de ella nos produjo la más insufrible tortura que ningún chupasangre había experimentado jamás con un mínimo de clemencia sobre su ser, invadiendo nuestros sentidos con el exquisito aroma y color de la esencia de sus víctimas.

Fue entonces cuando el carácter depredador puro de Louie se apoderó de él, arrodillándolo frente al tentador fluido carente del reflejo de su rostro, obligándole a sumergir la mano arqueada para beber de ella en reiteradas ocasiones. De golpe, un grito se escapó de mis pulmones ensordeciéndome los oídos, enviando una inmensa fuerza negra hacia mis piernas para que comenzaran a correr.

—¡Detente Louie! —Grité hasta frenar de golpe junto a él —. No escuches a tu nueva alma, este no eres tú —y me devolvió una mirada aterradora.

Fijamente, con los ojos humedecidos en lágrimas, saqué fuerzas de

valor para no desviar la vista hacia lo que sin duda también seducía mi paladar. Entonces me incliné tomando su mano con fuerza y estiré de ella hacia arriba volviéndolo hacia mí. Y de repente, el sonido metálico de varias armaduras pesadas comenzó a escucharse por el pasillo, cada vez más cercano.

Montesco acababa de dar orden a un par de ejecutores suyos avanzar hacia nosotros.

Los verdugos aseguraban contra su pecho antiguas corazas de cuero y maya, muy diferentes a la utilizada por el Conde en sus enfrentamientos, cuya estructura detenía como un muro impenetrable las estacas de madera con forma de flechas labradas por los moradores de las montañas. Tras ellos, el denso olor de una procesión de regios lobos gruñendo, inundaba la atmósfera malsana y húmeda lanzando dentelladas como demonios impacientes por saltar por encima de sus guías.

La manada parecía estar preparada para entrar en combate en cualquier momento. Y aunque las bestias jamás serán como los hombres, durante unos instantes una de ellas dominó sus extremidades apartándose del grupo, enfrentándose a Louie, quien esquivó sus garras trastabillando por la cripta. Después dirigió un segundo ataque hacia mí, precedido por un feroz ruido que me alertó de la inminente embestida, haciéndome apartar de un salto segundos antes de que sus hirsutas garras afiladas consiguieran alcanzarme.

Y justo en ese momento una sonrisa casi humana distorsionó el ataque del lobo haciéndole replegarse hasta sus iguales.

«Encontrarse al otro lado del látigo le deleitaba».

Con mirada asesina sobre su objetivo, el mismísimo Conde Montesco se abría paso tras la horda de sus guerreros.

Su elegante atavío, mucho más delicado que nuestros sencillos y rudos ropajes, estaba forrado de piel animal bordado con hebra de oro. Su capa de satén damasco y brocado metálico, descansaba sobre sus imperiosos hombros, ondeando sutilmente en cada pisada hacia a nosotros. Detrás de la nuca, un cuello arqueado con los extremos en punta se alzaba rígido, sujetando un elaborado medallón de plata que adornaba su pecho. Entonces sus fieles se retiraron hacia atrás inclinando la cabeza en reverencia, dejándolo pasar entre el pasillo formado por ellos mismos.

Pero si el porte del vampiro de Deathunseen acaparó nuestro asombro, su rostro se iluminó al poner su mirada sobre el mío. Parecía no poder apartar los ojos de mí, y consciente de que si con ello existía una mínima posibilidad de retrasar la orden de ataque sobre sus lacayos, clavé la mía sobre él con mayor intensidad.

Debo admitir que sentí un momento de agudo temor, hasta que una sonrisa juguetona se dibujó en las demacradas facciones de Montesco.

Envalentonada, curvé ligeramente la boca con mordacidad, lo que provocó una sonrisa aún más grande en nuestro adversario.

—Sabía que el vínculo con el descendiente que esperaba era una mujer —dijo mirándome de arriba abajo —pero desconocía sus encantos. Será una pena deshacerme de ti.

Como una primera reacción de protección sin control, sin ser muy consciente de ello, sentí algo extraño bajo los párpados. Mis pupilas se tornaron amarillentas, y aparté la mirada de golpe, al tiempo en que Louie mostraba sus colmillos colocándose delante de mí.

—No te acerques a ella —dijo —soy yo a quien buscas.

El Conde estiró ligeramente sus labios formando un gesto adusto casi inapreciable. Sus ojos se movieron por el techo y luego se fijaron en los de Louie, brutalmente iluminados por el majestuoso candelabro que colgaba sobre su cabeza.

—¿De verdad crees que la salvarás sin hundirte a ti mismo?. Si vences y vuelves a la vida, tendrás que acabar con ella. Matar a una bestia no es pecado, pero sí a un hombre o a una mujer. Sabes que no puede quedar alguien, que aunque no es puro como nosotros, tiene el poder en sus manos de perpetuar una especie asesina. Será menos doloroso para ti, que antes de batirnos en duelo, yo mismo acabe con ella —y apaciguó la mirada arqueando las cejas —Pero, mi querido Louie, que leo en tus ojos… ¿Amor? —Sonrió —, la única y verdadera alma que vive en dos cuerpos .No serás capaz de llevar a cabo este crimen.

Algo se rompió en mi interior cuando Montesco dijo eso, algo que desató un torrente de sentimientos que se precipitó sobre todos mis músculos. Y retrocedí unos pasos alejándome de ambos con un cúmulo de lágrimas rodando por mis mejillas.

—Palabras propias de alguien que no ha amado nunca. «La quiero demasiado para darle muerte a riesgo de perder la vida para siempre» ¿Cómo sabes que no forma parte de este último círculo de eternidad? —dijo Louie en un intento absurdo de pretender convencerle.

Entonces, la expresión en el rostro blanco de Montesco brilló con aspecto maléfico.

Ambos sabían que eso no podía darse…

—Cuidado Louie, no hagas promesas que no puedas cumplir —amenazó el Conde —Después de beber de ti y abandonar el mundo de las sombras, yo tendré el placer de matarla —, y un severo grito de guerra resonó en su garganta como un gigantesco eco por los subterráneos confines de la fortaleza.

8
captura

Montesco retrocedió. Primero otorgaría el honor a sus esclavos de sumirnos en el desgaste. Aunque la experiencia le precedía, Louie y él no dejaban de ser la misma criatura con idénticas habilidades, distanciada de mis genes bajo instrucciones desconocidas. Y con un aterrador gesto escénico en sus manos que parecía poseer un poder imperante, levantó un brazo señalando el suelo de la cripta hacia una enorme "B" ornamental grabada en una losa de bronce, la inicial del apellido de su familia.

Acababa de enviar una señal de ataque a sus lacayos. Sólo disponíamos de algunos segundos, y salimos corriendo como almas que se lleva el diablo hacia la boca de las escaleras. Entonces los lobos erizaron sus lomos cogiendo impulso, y los soldados apretaron sus puños como posesos arrancando a gran velocidad tras nosotros.

Alcanzamos el bosque con los ejecutores a nuestras espaldas sorteando cada árbol, intentando acorralarnos por cada punto cardinal del horizonte hasta conseguirlo. Y al igual que ellos, estiramos nuestros labios hacia atrás mostrando nuestros dientes virulentos. No pronunciamos ni una sola palabra, tampoco conocíamos ninguna que pudiéramos decir para calmar el estado de unas bestias dirigidas por la mente de un vampiro sin escrúpulos. Y nos movimos en círculo bajo la luz de la luna alumbrando nuestros largos caninos.

De pronto mis sentidos captaron un agudo gemido que subía de volumen a medida que un fétido olor alcanzaba mis pulmones aproximándose rápidamente. Unos dedos como garras pretendían hundirse en la piel de mi cazadora hasta alcanzar la de su dueña. Uno de los ejecutores se encontraba a punto de atraparme. Pero al llegar a Rumanía nos agenciamos un par de armas automáticas que encendimos justo antes de acelerar al máximo nuestras piernas Y entre la cortina húmeda del bosque, como ángeles de la muerte vestidos de negro, comenzamos a proyectar brillantes destellos blancos en el cañón de nuestros revólveres, detonándolos por sorpresa sobre la primera línea cuadrúpeda.

Algunos caían al suelo sumándose a la aglomeración del barro que empezaba a formarse con las primeras gotas de lluvia helada que se unían a nuestros disparos. Apretaba el gatillo con impaciencia. Nunca, jamás en mi vida, había usado un arma, y pronto me quedé sin balas. Entonces, Louie, consciente de mi desesperación, me la arrancó de las manos intercambiándomela por la suya, y en cuestión de segundos pude ver como vaciaba el cargador por completo arrojándolo a un lado e incorporando uno nuevo.

El resto de lobos se apresuraron a reagruparse llevando el ataque a nuestro terreno. No podía decirse que tuviese todavía un control indiscutible del gatillo, pero mi cuerpo seguía albergando la fuerza

sobre natural que sentía aumentar. No había tiempo para pensar, y ordené a mis piernas bajo la extrema celeridad que aún no había probado, saltar por encima de las bestias para acabar cayendo ante los ejecutores con diestra elegancia.

La sensación fue increíble. Ni si quiera necesite una pausa para recuperar el aliento, ni para otorgar tregua alguna a la reacción de los vasallos del Conde, partiendo el cuello de uno de ellos en un golpe seco, y propinando seguidamente una patada en la cabeza al segundo.

La sangre de mis primeras víctimas se unía a los charcos que comenzaban a inundar la tierra de los Cárpatos, y una abrumadora sensación de horror me paralizó por un instante.

—Perdonadme —susurré.

Aún sometidos al control de fuerzas mayores , al fin y al cabo albergaban humanidad. Pero a pesar de ello, mis pensamientos no acogían impedimento alguno para ayudar a Louie a dar muerte a Montesco. Un día él también lo fue; un hombre, pero su condición como tal había alcanzado su fin hacía demasiado tiempo.

Después de deshacerse de nuevo atacante, Louie dirigió la vista hacia mí con una siniestra sonrisa. Ahora veía claro que su ferocidad vampírica era diferente a la mía. Y con los torsos agitados comprendimos, que la pelea había hecho salir de nosotros la mejor parte de cada uno como exterminadores.

Pero aquello estaba durando demasiado tiempo. No podíamos permitir perder más fuerzas ante la inagotable resistencia, mientras en la lejanía el número de adversarios proseguía en aumento.

Fue entonces cuando bajo el violáceo resplandor de las nubes, las campanas del pueblo más cercano repicaron y gritaron sus hombres.

«Algo o alguien había declarado la guerra».

Luego, un humo espeso procedente de la lluvia y del frío intenso se empezó a elevar restándonos visión. Sentimos miedo, pero no un miedo sin freno, sino el pánico propio de recibir un golpe mortal por cualquier parte. A los pies del viejo castillo sus antorchas ardían iluminando el asalto, e intenté tranquilizarme sin éxito, pues alguien me dijo una vez que el fuego purifica.

Pero el sentido común aún permanecía en mí.

No, Sunniva, el fuego simplemente destruye, aunque revele el camino…

De golpe el tiempo pareció ralentizarse cuando un clase de licántropos no procedentes de humanos, sino de otra especie lobezna asaltada por la rabia de su controlador, surgió entre la bruma abalanzándose hacia nosotros. Rápidamente giramos sobre nuestro propio eje, cayendo a los pies de las bestias sobre el empedrado, mientras éstas dejaban escapar rugidos de furia irrefrenables dando vueltas a nuestro alrededor como sendos perros poseídos de presa.

De repente, aunque fuera sólo por un momento, el ruido pesado y

rítmico de los cascos de unos caballos distrajo su atención. Un carruaje brillante de madera negrecida era arrastrado a marcha galopante por la solitaria travesía hacia Deathunseen. Sus luces relumbraron en nuestros ojos con crueldad cegándonos unos instantes, mientras de su interior una voz áspera en tono de urgencia se abría paso resonando en nuestros oídos.

—¡Rápido!¡Subid!

De improvisto, con la velocidad y al mismo tiempo la suavidad con la que un auténtico vampiro es capaz de desplazarse en movimiento grácil, Louie aferró su mano a la mía.

«Qué extraña sensación…».

Me pareció volar a su lado en dirección hacia la abertura lateral del carruaje, y bajé la vista para encontrar mi posición. Junto a mí, sentado en la bancada acolchada del carromato, un hombre ataviado en pana y cuero oscuro, al que no le hizo falta mediar palabra para conocer su identidad, me agarró con fuerza del brazo hasta encontrar el equilibrio entre la agitación.

Velkan Vladimirescu, el caza vampiros del que los padres de Louie nos habían hablado, irrumpía en un carromato a la marcha más rápida de sus robustos corceles negros, que les hacía parecer encontrarse sin apoyo en el suelo en muchos momentos.

Temblando sobre el camino cubierto de maleza, el coche de caballos se balanceaba constantemente. Su diestro conductor esquivaba los lobos con la maestría de un domador de leones, levantando las piedras de la calzada como perdigones. Entonces Velkan, dirigió las manos hacia el interior de su gabardina, donde en sus laterales se anclaba un auténtico juego de artillería, y a velocidad de trueno, se hizo astutamente con su *Magnum Desert Eagle* modificada.

—¡Sangrientooos! —gritó con voz de furia dolorosamente apasionada, mientras el cañón de su arma comenzaba a escupir fuego sobre las bestias, convirtiendo el terreno que pisaban en una violenta escena descontrolada.

El severo fuego de la Magnum resonaba una y otra vez, rociando la tierra con una lluvia de fuego automático. Las cascadas de balas resplandecían con una luz interior tan brillante que hacía daño a la vista con sólo mirarla.

Pero pronto, al dejar atrás el sendero de la muerte, la luz de la travesía apareció de golpe, intensificándose al encuentro de unas farolas pasando a un amarillo plateado, como si los oscuros árboles los Cárpatos las hubieran escupido de golpe, como si todo hubiera sido extraído de la oscuridad.

Quizás debería haberme sentido mareada, porque vacilé un instante alarmada por los latidos de mi corazón. Sin embargo, no era

debilidad lo que mi cuerpo trataba de hacerme llegar, sino todo lo contrario. Habíamos sido protagonistas de un primer asalto frente a los sirvientes de Montesco, en el que no sólo conseguimos deshacernos de varias de sus reses saliendo ilesos, también fuimos capaces de escapar de allí, gracias a la aparición del trampero más conocido de Rumanía.

8.1

El hogar de Velkan se encontraba a tres horas de camino, en Sadhirs'kyi, al noreste de Ivano-Frankivs'k. Pero a tan sólo una hora, bajo el aspecto de una casona abandonada, muy cerca del poblado de Monastyrchany, había aprovisionado entre sus paredes armamento suficiente para cualquier ataque imprevisto.

Nuestro primer encuentro no puede decirse que gozara de plena confianza. Cazador y presas frente a frente, bajo alianza por un objetivo común; acabar con el veneno de Edwin Brown latente en el Conde.

En cuanto a mí, si la parte asaltante sobre mi organismo no acababa ganando la batalla a la que se oponía a su destrucción, manteniendo mi pulso activo para siempre, probablemente estaría condenada a vagar sin naturaleza determinada entre tinieblas ocultando mi decrépito aspecto. Quizás encontrar una tumba como el mítico Drácula para echarme entre gusanos y hormigas, levantarme de ella, y deambular por cementerios olvidados y sus alrededores.

Pero Velkan Vladimirescu no sólo pretendía acabar con Edwin Brown o lo que quedaba de él, también estaba dispuesto a ayudarnos sea cual fuera nuestro final, hasta el suyo propio, pues si nuestro destino era permanecer malditos, él era el único maestro de armas de los últimos tiempos que podía guiarnos en sobrellevar o destruir «la enfermedad» que tantos han temido y temen.

8.2

Cuando el trayecto hacia Monastyrchany recuperó la calma, el habitante más admirado de sus llanuras por quienes esperan acabar algún día con los hechos más oscuros y arcanos que rodean sus tierras, nos relató con detalle la historia que rodeó las trágicas muertes de la familia de granjeros George y Mary Brown desde 1873 hasta 1892, para finalmente instruirnos a cerca de nuestros cambios y en su control.

Pero también nos reveló algo. Un secreto que jamás había contado a nadie que podía suponer demasiado poder para las razas más enemigas desde que convergieran en la noche luchando entre ellas por

la supervivencia. Una reserva ignorada tanto por hombres como vampiros que había escondido desde que sus manos empuñasen su primera estaca.

9
LA MORADA DE VELKAN

Era mucho más que la cabaña abandonada que aparentaba ser. Nadie podía imaginar la improvisada armería que albergaba su interior. Los huestes de Montesco habían rastreado la zona cientos de kilómetros a la redonda de su castillo sin encontrar amenazas. Sin embargo, aquella especie de refugio camuflado bajo una modesta casa desértica, ocultaba en su sótano una auténtica trinchera excavada en la tierra donde resguardarse y abastecerse del armamento necesario contra los no-muertos.

Estacas de madera de fresno y roble para expulsar el aire del cuerpo del vampiro a través de la boca o el pecho, así como objetos afilados, hoces y guadañas, para el acto preventivo de enterrarlos junto al cadáver del que se sospechase la transformación, apuntando hacia él. De modo, que cuando el cuerpo se hinchara, penetrasen en la piel lo suficiente como para evitar que el difunto viviente se levantara del ataúd. Las antorchas para la incineración colgaban de las paredes boca abajo, sobre el estante donde dispares botellas de agua bendita descansaban alineadas.

El material era el mismo que el utilizado por los antepasados de Louie en sus tiempos de infortunio. Por entonces era costumbre que los eslavos, gitanos y rumanos, utilizaran las cenizas para preparar pócimas que suministraban a sus familiares a modo de cura. Estampas de santos, cruces, espejos, ajos, biblias… , y tantos otros objetos cuidadosamente elegidos, como narraciones selectas de vampiros que Vladimirescu había tomado como guías. Historias que no incluían ficciones desorbitadas de Inglaterra ni relatos de Edgar Allan Poe. Únicamente, esos contados textos, que para él se unificaban en su vademécum particular. Relatos antiguos de viajeros, sacerdotes y eruditos dignos de estudiar, leídos y releídos antes de que cualquier asalto imprevisto sobre su escondite transitorio, las hiciese desaparecer para siempre. Todas las que te alejaban al instante de las iluminadas capitales de Europa para trasladarte a las zonas periféricas a los pies del mar negro, desde Varna hacia las extensiones más agrestes de los montes rumanos. Todas las que sin hacerle olvidar la larga enfermedad que hiciera sucumbir a su infinitamente amada mujer; la Señora Hannah Vladimirescu, al menos, no le hacían recordar.

A medida que el cazador encendía las vastas velas de cera que se alzaban erguidas en las cuatro esquinas del subterráneo, en cuestión de segundos, toda la planta del subsuelo empezó a arder como con la luz del día. «Una casa abandonada no podía disponer de corriente eléctrica».

De su techo ligeramente húmedo se filtraban algunas gotas de agua resonando en diminutos chapoteos a destiempo, mientras que las mohosas paredes eran recompuestas con frecuencia para evitar posibles desmoronamientos por el mismo trampero y el capataz que conducía su diligencia.

Cuando la fuerza del fuego de los cirios aumentó elevándose paralela a los muros de piedra, haciendo chirriar la estructura de la estancia, Louie y yo experimentamos una creciente sensación de prodigio. En aquel lugar de vida predatoria teníamos a nuestra disposición todo el armamento para la inminente guerra. Y aunque nadie dijo que Velkan la emplearía sobre nosotros, el hecho de apuntar amenazadoramente a la especie a la que ahora pertenecíamos incomodaba sobremanera.

—Tranquilos, no seré yo quien os haga probar el filo de estas exterminadoras de vida nocturna. A no ser… que Montesco, gane la partida, y la tentación os imponga poblar la Tierra de legatarios chupasangre.

No era ninguna broma. El cazador hablaba totalmente en serio. Si era necesario no vacilaría a la hora de apuntarnos con cualquiera de sus armas. Y después de que sus palabras nos azotasen para obligarnos a guardar la integridad, por si pudiera llegar el momento de enfrentarnos a los latigazos, nos quedamos en silencio, observando la capa que le cubría la espalda hasta el comienzo de las botas. No teníamos la menor de las ganas de pasar aquella prueba, pero tampoco había escapatoria. Vladimirescu nos estaba dando la oportunidad de sumar refuerzos, y por ahora pertenecíamos al mismo bando.

9.1

Los alrededores de la vieja choza extendían sus ruinas hasta una pequeña muralla de vestigios cementados. Más allá de la cámara subterránea y del gran castillo que le hacía sombra a kilómetros de distancia, las vigas de grueso madero dispuestas en la oscuridad de su techo, mantenían la estructura en el tiempo con dignidad. Dormitorios siniestros, ventanas cegadas con listones clavados en sus esquinas y baldosas hechas añicos, se iluminaban con el resplandor repentino de los relámpagos que se pronunciaban en la noche, arrojando las primeras gotas de lluvia abriéndose paso entre las montañas.

En el exterior, el viento azotaba los cristales mientras el sonido del agua se aceleraba hasta acabar estando por todas partes, y en todas partes, parecía diferente; flotando en el canal del tejado, repiqueteando en las tejas, cayendo por los niveles de las ramas de los árboles o chapoteando sobre los alféizares, mientras los charcos embarrados ahondaban cada vez más en la profundidad de la tierra. La tormenta caía de los cielos sobre el severo y yerno paisaje de su garganta, humedeciendo los tejidos inanimados y el verde de sus praderas y bosques, con resultados milagrosamente bellos. Excepto por el impacto del diluvio, todo estaba demasiado silencioso.

9.2

Esa noche Vladimirescu nos amaestró. Y al alba, descansamos todos. Montesco parecía habernos concedido una tregua, aunque en realidad lo tenía todo muy bien planeado. Ignoraba la existencia de aquel refugio, pero nuestra presencia allí acabó revelando su situación. Un vampiro puede dar con cualquiera de sus iguales a través del rastreo cognitivo, y desde el día en que la humanidad abandonara su cuerpo, había dispuesto de distintas épocas para practicarlo.

Sin embargo, aunque nosotros no gozábamos aún de una reconocimiento mental en el espacio tiempo, ni mucho menos riguroso, la sensación de estar cerca, a pesar de ser poco esclarecedora, resultaba a la vez curiosamente patente. De lo único que podíamos estar seguros era, de que sólo disponíamos del par de días en el que el Conde se alimentaría en su cámara hasta procurarse la mayor de sus energías, y de que tras su partida hacia Monastyrchany sus depredadores no tardarían en dejarse ver.

10
INSURRECCIÓN

Velkan ascendió hasta la superficie. Por un instante la Luna brilló clara, y el cazador trató de examinar con cautela por la ventana, la silueta del camino ante los límites de la luz. Y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, la colina se volvió más escarpada, y la quietud exasperante dejó de entumecer nuestros cuerpos. Entonces un nuevo trueno resonó en el cielo, sin conseguir acallar del todo un sonido distinto al de la lluvia, que ahogada en la lejanía de la senda entre pequeñas lagunas burbujeantes, nos hizo sentir de golpe el alzamiento de las sombras.

Era como si nos hubieran trasladado con ellas junto a la casa, muy lejos de allí, a otro lugar, a otro tiempo, a la época en la que los

sabuesos de la sangre atemorizaban las legendarias noches en las que los crímenes de los dientes más agudos se contaban por miles.

De repente, los implacables negociantes de la muerte emergieron entre la niebla, corriendo entre la frondosidad del bosque con los pies desnudos, como si trataran de anunciar su allanamiento con claridad. Figuras sombrías que avanzaban a enormes zancadas esquivando los troncos de los árboles con sumos reflejos. Al frente de la jauría, las mallas y corazas de los ejecutores de Montesco, irradiaban destellos de luz sobre el resplandeciente metal. Su perfil se distinguía inequívocamente entre la tormenta, del mismo modo que el brillo del iris rojizo de sus estremecedoras pupilas de fondo inescrutable. En la retaguardia, la manada de lobos entrechocaban sus colmillos con furia al galope, clavando sus uñas afiladas como navajas sobre el lodo en increíbles saltos.

El aullido lupino resonaba en el interior del refugio y de nuestro cráneo, como el sonido triste y prolongado del dolor por librarnos de la eternidad, alertándonos de la inminente llegada de los súbditos del Conde, quien al frente de la cacería, cortaba la maleza atravesándola estrepitosamente con una especie de katana, la misma con la que sus intenciones pretendían separar la cabeza del cuerpo de Louie tras probar de su garganta el antídoto que escondía su sangre.

Velkan Vladimirescu tenía un plan, y había llegado el momento de llevarlo a cabo.

Louie y yo subimos las escaleras apresuradamente saliendo a toda velocidad por la puerta de atrás, corriendo hasta detenernos donde el camino provisto de nuestras propias trampas descendía ligeramente en forma de trinchera. Entonces el cazador prendió la pólvora del suelo, cuyo trazo ardió propagándose alrededor de la cabaña hasta detener el avance de los ejecutores. Pero los lobos sortearon el fuego con diestro nervio, y su impulso les condujo hasta lo más alto del tejado.

Mientras Montesco y sus verdugos permanecían a la espera de la extinción de las llamas, las hirsutas bestias arañaban la cristalera de la techumbre intentando romperla para adentrarse en la casa, arrancando las tejas con sus dantescas garras.

Sin embargo al alcanzar el interior no nos encontraron, y olfatearon cada rincón hasta la puerta de salida, donde percibieron nuestro rastro alertando al Conde del auténtico camino que debía seguir con un retorcido gemido indescifrable. De golpe, la cólera del vampiro dirigió su mirada hacia el otro lado de la casa, frenando sus primeros pasos al sonido del revólver de Vladimirescu, quien trató de atraerlo hacia él con la intención de que Louie pudiese atraparlo de imprevisto.

Pero el movimiento de las ramas en dirección hacia donde sus criaturas apuntaron, le impulsó a abandonar el ataque sobre el

cazador, quien acabó ocultándose tras un cúmulo de hojas ligadas a modo de manteo que él mismo había escondido entre la maleza.

Los salvajes cánidos y su dirigente se lanzaron tras nuestras vidas sin contemplaciones. Acabábamos de alcanzar la distancia suficiente como para que Velkan disparase sin piedad a sus espaldas. Los ejecutores que continuaban en vigila ante la cabaña, advirtieron la caída de los últimos lobos tras su señor, y con la furia de corpulentos mastodontes, aceleraron sus piernas hacia el que perpetraba el tiroteo.

Louie fue el primero de los dos en pisar la cima de la colina que reinaba sobre Monastyrchany, mientras Vladimirescu derribado por los ejecutores yacía frente a ellos a punto de recibir un último golpe mortal. Sin pensarlo, dirigí mi suerte hacia él para intentar salvarle la vida, ocultándome tras un grandioso leño, dejando el duelo servido a mis espaldas entre los últimos Brown sobre la Tierra.

Y ese fue el momento en el que Montesco extendió los brazos bajo su capa adoptando una forma más primaria y poderosa, moviendo en un suntuoso batir ingrávido, unas alas que surgieron en despliegue tal saurio, transfigurando su aspecto al de un gigantesco murciélago de horrendas facciones.

Las luces cálidas establecidas en la cumbre de la montaña proyectaban sobre su cima las sombras de los espectros de carne y hueso que jamás las habían pisado. El pueblo había acudido a sus pies amargamente sorprendido, al ver enfrentado en el horizonte al que les había tenido atemorizados durante miles de lunas, contra aquel en el que Velkan pretendía que confiaran, temiendo que si el Conde se había dejado ver por primera vez en su auténtico estado, su contrincante pudiese llegar a ser más cruel aún que el causante de las muertes en la aldea, o si por el contrario podía resultar su aliado.

Pero pronto la desconfianza acrecentó sus sospechas.

La metamorfosis en el predecesor de Louie fue un adelanto de lo que en breve comenzaría a arrancar en el fondo más incesto de su alma. Y como demonios de los avernos, ante las bocas abiertas de los testigos, las criaturas que anidaban en Edwin y Louie Brown se batieron en el duelo más escalofriante de vidas eternas.

Los dos únicos vampiros vagantes sobre la Tierra de misma sangre, se acababan de convertir en siniestros quirópteros de la noche, incrementando el tamaño de sus colmillos y garras, tomado en sus ojos un color negro que los cubría completamente como el de las gacelas.

Lucharon como jamás habían luchado, como nunca nadie había estado a la altura de las capacidades de Montesco, como en ningún momento la vida de Louie había tenido el placer de superar su humanidad. El Conde se reía con esa risa vampírica vacía, como de lata liberada, la que su contrincante aún no había sido capaz de

probar. Se sacudieron en el pecho, en la cabeza, atravesando sus brazos con el dolor de los poderosos golpes que eran capaces de ejecutar. Durante el combate no recuerdo haber visto a Louie debilitado, ni ningún momento en el que la fuerza de Montesco le venciera, a expensas de parecer lidiar manteniendo las distancias del resto del Universo. Sin embargo, algo le detuvo, una idea; la del infierno, la de la sensación de ser dos almas del ultramundo aferradas al odio, haciéndole perder la confianza, su propósito, su ímpetu. Y en un nuevo ataque, el Conde se adelantó, y le agarró por el pecho inmovilizándolo, posicionándose sobre él. Louie trató de escapar con sus manos humanas, libres de las garras que su forma exterior había recuperado, pero fracasó. Y bajo el peso del renegado vampiro, a espaldas de los abismos del precipicio, consiguió escurrirse rodando entre las piedras del despeñadero como un animal que acaba de rebasar los límites de sus capacidades.

Ahí quedó, sangrando profusamente, detenido por las raíces retorcidas de un ciprés con las botas hundidas en el agua enlodada del suelo ante los ojos de los presentes, luchando contra la fragilidad de su dolor. En ese momento los ejecutores cayeron ante mí, y la pistola de Velkan apareció tras ellos humeante de muerte.

—¡Corree! —gritó el cazador atravesándome con la mirada.

Louie había oído aquella orden. Aún empuñaba su espada. Montesco y yo nos miramos con extrema intensidad durante unos segundos, e impulsados por el deseo de alcanzar nuestro objetivo, avanzábamos como félidos guepardos en la misma dirección, diferente sentido e intenciones. Y a punto de llegar hasta Louie, me arrastré de lado levantando la tierra con las botas, deteniéndome al tiempo que esquivaba el ataque del Conde desde el aire dirigiendo la muerte fuera de nosotros. Rápidamente intenté incorporarlo, pero una de las alas del vampiro me lanzón un tremendo golpe a una velocidad que no pude ver.

No supe lo que me había pasado hasta que me encontré a merced de la criatura más sangrienta de los Cárpatos, del mundo entero, y para cuando me hube recuperado, vi a Louie desde el cielo con los ojos ardiendo en súplica, extendiéndome la mano en la distancia con los labios sellados, esperando a que su respiración entrecortada le concediera un momento de desgarro en voz alta.

—¡Maldito seas! —exclamó.

El Sol se encontraba a punto de asomar, no quedaba mucho tiempo. En ese instante escuché el leve silbido del aire, pero mucho más agudo, y mostré mi cara al cielo juntando los brazos como pude para intentar protegerme de la acechante aurora. Pero la velocidad de trueno de Montesco me puso a salvo del astro, al igual que a él, y de las estacas más finas de Vladimirescu y otros hombres de la aldea,

quienes entre el silencio acobardado de sus pobladores las lanzaban como flechas.

Fue entonces cuando los ojos de Louie escudriñaron mi rostro en el firmamento por última vez, intentando enviar alguna señal que me transmitiera que pronto acudiría en mi búsqueda, entre tanto volvía a pasar por su cabeza el momento en que me conoció y mis esperanzadas facciones se colmaban de tristeza.

Sin embargo alguien se le adelantó en otro sentido, pues su corazón dio un brinco de alarma abriendo sus ojos al máximo, justo cuando el Conde le hizo llegar sus intenciones.

Aquella fue la primera vez que percibió la telepatía, el mensaje de su ejecutor antes de que éste desapareciera tras la colina con mi cuerpo entre sus brazos a la vista de los hombres.

»Si de verdad la quieres, ven a por ella…

En esos momentos Louie hubiera deseado volver a apoyar la cabeza en el suelo y dormir durante años, pero la eternidad no habría sido compatible con la meta de su vida, y se colocó de costado sobre las resbaladizas rocas. Tenía que levantarse.

Transcurridos unos segundos sintió un débil pulso en la garganta acompañado de un hilo de sangre, que descendió desde su frente hasta la boca, creyendo estar sufriendo algún tipo de colapso, hipotermia, o todo a la vez, por debajo de las «constantes normales de un vampiro». Ya parecía un milagro haber sobrevivido, y cuando menos lo esperó, advirtió una mejoría inexplicable.

Había dejado de sangrar.

Gracias al cielo por estos grandes favores…, pensó.

Después, un grupo de gente con Velkan a la cabeza lo rodeó, quien trató de ofrecerle una sonrisa tranquilizadora, y actuando como un médico con su paciente, le abrió la camisa para comprobar la gravedad de sus heridas. Después de todo, no quiere decir que los vampiros no sufran hasta que sanan.

Bajo el empapado tejido negro su piel era tan suave y blanca como el marfil. El cazador alargó la mano hacia su caja torácica sondeándola con suavidad, justo cuando un fuerte mareo se abatió sobre Louie. La visión se le tornó borrosa y la oscuridad estrechó sus límites en su campo de visión. Sacudió la cabeza tratando de vencer el sopor que se estaba apoderando de él, pero fracasó por completo a pesar de que su naturaleza le alentaba calma una y otra vez sabiendo que se recuperaría. Indignado se tocó la coronilla encogiéndose de dolor, recordando que se había golpeado la cabeza contra una roca, mientras la impotencia le corroía por dentro sabiendo que mi vida pendía de las manos de Montesco.

El Conde era consciente de que Louie no tardaría en dejarse ver por su dominios, y aunque no haría de mi una vampira pura, debiendo

preservar el duelo con su único sucesor sanguinario, eso no evitó que se viera atrapado por la incertidumbre de no saber que me podría hacer, si su mente podía estar tan desencajada como para someterme a algún tipo de tortura hasta que Vladimirescu y él llevaran a cabo algún plan para liberarme.

Sin embargo si existía una protección. Una armadura etérea, desconocida, la extraña y enigmática atracción que el Conde experimentó ante mí, en el momento en el que el recuerdo de su difunta hermana pequeña aflorara en mi rostro como si estuviera frente a la mismísima Mercy. La misma por la que me eligió como intermediaria entre las presencias que su mente rastreó para encontrar el último eslabón infecto de sus antepasados.

11
MONTESCO

El Conde había permanecido oculto de los detractores de la sangre durante demasiado tiempo. El momento de conquistar la mortalidad se mostraba ante él. Ya nada importaba, nada, ni si quiera la renuncia al amparo de la entrañas de su castillo en la oscuridad, para dejar de gobernar las noches desde su torre.

Tras la puesta de Sol que nos hizo huir de las montañas, ordenó a su sirvienta ataviar mi cuerpo con uno de los vestidos que atesoraba de Mercy, ajustando en mi nuca el cierre de un delicado y precioso colgante que perteneció a su madre, sobre el que me vi irresistiblemente atraída por su magnificencia.

—¿Qué espera de mí? —pregunté a la doncella.

La mujer me observó durante unos instantes en los que pude intuir cierto nerviosismo, después señaló una fotografía antigua que reposaba sobre la mesa camilla del otro lado de la habitación.

—Su rostro —dijo —.El parecido es… increíble.

Observar la profunda mirada de la joven de aquel retrato fue algo escalofriante. Aunque la imagen se mostraba hasta medio cuerpo, parecía estar sentada en solitario en una esquina oscura, como esperando la luz amable que la encontrase, al igual que una niña petrificada de miedo susurrando en silencio que la apartasen de la muerte, como si supiera que pronto la alcanzaría. Tanto, que estoy segura que desde que se tomó, haría poco tiempo que habría dejado de jugar con muñecas.

No tardé en volver la mirada hacia la mujer que continuaba embelleciendo mi cuerpo con pulcra perfección. Sus ojos irradiaban suma desgracia en cautiverio, y enseguida me sentí tiernamente compadecida por ella. Una humana pura, como la que yo codiciaba volver a ser, pero con privación de libertad desde hacía tantos años, que no he de dudar de que pudiese llegar a doler más que cualquier

maldición.

De repente se levantó de sus cuclillas junto a la silla en la que me encontraba, y se dirigió hacia la puerta abriéndola de par en par con las mejillas humedecidas en lágrimas. En el umbral se volvió, y en un susurro lo dijo todo.

—Por favor Señora, quiero volver a ver a mi familia. Llevo demasiado tiempo esperando…

Una sensación de desazón me recorrió el cuerpo erizándome la piel. «Me imploraba ayuda». Conocía muy bien la maldición de los Brown y la indemnización que su amo debía cobrar para ganarse la libertad. Entonces pude ver con claridad que su sufrimiento respecto al resto de lacayos del Conde bajo su hechizo, era el más cruel; el consciente, el que se siente y se piensa. Y desapareció de aquella habitación tan vasta como el universo, entre la lejana lobreguez del pasillo.

11.1

Pasaron diez minutos en el reloj de bronce que descansaba repiqueteando en el vacío junto a la instantánea de la difunta Mercy. Ambos iluminados por una luz que no era luz, como la luz con la que Dios creó al mundo antes de que creara la luz. Latiendo y latiendo, palpitando con una precisión tan infinita como su edad, bajando el tono ante una melancólica melodía instrumental, que comenzó a sonar en mis oídos acelerando el latido de mi pecho en un repentino sobresalto que me condujo a cruzar el umbral de mis aposentos.

La música provenía del otro lado de la puerta. La llamada de Montesco me esperaba al fondo del corredor, dando la espalda a la majestuosa escalinata de Deathunseend, con los ojos radiantes, exactamente como si hubiera vuelto a ver a su querida hermana de diecinueve años.

Su mirada atravesaba la mía a cada paso, con la intensidad de un amor distinto, con la fuerza de un insólito sentimiento que jamás había experimentado. Y aunque confieso haber podido almacenar en mi mente las mayores dosis de terror para toda la eternidad, sentí una especie de orgullo sin ser condescendiente, que por unos instantes me hizo olvidar la razón del porqué habíamos viajado hasta los Cárpatos, y creer que quizás, yo también había podido caer en las garras de su control.

«No lo podía saber».

Sin embargo de lo que si era consciente, era, de que si aquel dominio hubiese penetrado en mi interior, mi corazón no hubiera estado tan despierto como para ser capaz de sentir lo que en esos momentos estaba sintiendo. Y a dos pasos de él, el vampiro levantó su

mano con la palma hacia abajo, invitándome a hacer descansar la mía sobre la suya.

A pesar de sus demacradas facciones no parecía haber sido un joven desmerecido en encantos. De sus rasgos se intuía haber sido verdaderamente atractivo, pues a los ojos de cualquier mujer, poseía un seductor porte incuestionable.

El Conde me guiaba descendiendo las escaleras lentamente, como si saboreara cada huella que marcábamos en la alfombra dispuesta sobre el entablado de los peldaños. Por primera vez, en casi trescientos años, fue realmente feliz, aún albergando el infinito dolor con el que tanto había echado de menos a Mercy.

Edwin Brown era víctima de su propio destino. No había podido elegir entre vivir o morir. Únicamente él, había sido testigo del desenlace de una decisión, sin que nadie más conociera las secuelas que le marcarían para siempre. La desesperación de su padre le otorgó una vida que no era mortal, la que desde entonces empezaría a envidiar en todos los que la poseen. Porque llega un momento en que desapareces, y contigo los recuerdos más dolorosos. Porque estás obligado a apreciar como el oro cada instante porque pueda ser el último. Porque todo es más bello. Porque no sabes si volverás a estar aquí y sentir lo que ahora sientes.

Pero al pisar el suelo del fastuoso salón me propuse volver a la realidad, aferrándome a la fuerza y frialdad que corrían por mis venas. Y en ese instante supe que todavía era yo.

Montesco me invitó a tomar asiento en uno de los extremos de la vetusta mesa central, originaria de los primeros inquilinos del castillo. Nos encontrábamos presidiendo sus esquinas como dos grandes Reyes en sus poltronas, frente a unos platos de jugosa carne, acompañadas por unas copas de sangre fresca, talladas en su cristal con una cruz invertida; la del *anticristo*.

Entrecerré los ojos como si con ello agudizase la vista hasta el más allá. La única luz provenía ahora de esos vasos rojos de pie con silueta de grial, alumbrados por las velas que ardían en el candelabro frente a nosotros, como delimitando nuestro espacio en la mesa, y por otras mayores crepitando ante de los ventanales, ocultando las sombras que subían por los altos muros en el exterior.

Fue entonces cuando me aventuré a mirarlo con la misma intensidad con la que él me miraba a mí, y encomendando mi alma a todos los Dioses, le dije lo que probablemente menos quería escuchar.

—Yo, no soy ella.

Montesco bajó la mirada, ni si quiera hizo un gesto con el rostro que entre dejase ver algún tipo de reacción, y sin más, levantó ligeramente las manos estirando los dedos con sus afiladas uñas, cogiendo los cubiertos con esmera exquisitez, procediendo a deslizar

el cuchillo por el filete casi crudo mientras la sangre brotaba al exterior.

Masticó el primer trozo con los colmillos con suavidad, como si en lugar de carne estuviese saboreando una espesa gelatina. Y de inmediato me percaté, de que a pesar de su maestría, emulaba la masticación humana sin intención de engullir nada. *Puede que al fin y al cabo necesitara sentirla.*

—¿No tienes apetito? —preguntó dibujando media sonrisa en los labios antes de formular su auténtica pregunta —Quizás… ¿Sed?

Apoyada en el respaldo de mi asiento, con las venas atormentadas ante el fluido que inundaba mi copa, mientras el inclemente vampiro agitaba la suya cual vino, volvió a fijar sus ojos en mí por encima de las corrientes de aire.

No podía entrar en su juego, no por el momento, y convencida de que mis probabilidades de éxito para atacarle y salir de allí eran nulas, me resigné a la terrible impotencia que me retenía en contra de mi voluntad, mientras nuevamente se dirigía a mí.

—Matar no es una acción común. Uno no se sacia simplemente con sangre. Se debe considerar que se trata de la vida de otro y de la experiencia de la pérdida de esa vida lentamente por medio de tu boca. Es la celebración de ese acontecimiento una y otra vez —dijo con crueldad sacudiendo la cabeza como si discutiera con alguien que opinaba otra cosa.

Aquellas palabras trajeron a mi memoria, exactamente, lo que experimenté por primera y única vez, cuando arrebaté una de esas vidas a las que el Conde se refería; la más amada por la mía, la de Louie. He de admitir que mi paladar se deleitó al recordarlo, al evocar de nuevo el sentir su corazón latiendo junto al mío, pues el vampiro que tenía ante mí sabía muy bien de que hablaba y cómo.

Pero al final no pude evitar perder los nervios, y eso me condujo a levantarme colocando mis manos sobre la mesa de un golpe seco, como si parte de mis miedos se hubiesen esfumado, como si tras sentir aquella grata sensación extrema de revivir una acción criminal, me hubiera visto a mi misma como lo que no estaba dispuesta a permitir seguir siendo; *una asesina.*

Entonces el Conde escupió el trozo de carne acumulado en su carrillo, y bebió un último sorbo secándose la boca con la inmaculada servilleta de al lado donde dibujó su rastro, e imperturbable, se levantó de su asiento caminando hacia mí.

Todos los huesos comenzaron a temblarme extendiendo su agitación hasta las sienes. Sentí un frío inmenso de desamparo y apreté los labios con fuerza, advirtiendo que probablemente los vampiros, impuros o no, sienten el frío tanto como los mortales. Miré la copa sesgadamente, sabía que su sangre podía conceder a mi cuerpo

helado, el alivio rico y sensual que imploraba, y cerré los ojos agachando la cabeza para luchar contra la tentación. Pero al levantar la mirada y abrirlos, mi cara cubierta de lágrimas me delató.

—Bebe —repetía el vampiro una y otra vez avanzando hacia mí. Y se detuvo a mi lado, apartándome el pelo de la cara con una mano, mientras con la otra me acariciaba el rostro como un hermano —.No estás arrebatando sangre directamente a ninguna garganta —dijo —.Adelante, no habrá conversión. La necesitas tanto como yo.

Rápidamente adopté una actitud firme, mirando cómo se mira a alguien cuando estás a punto de hacer y decir algo que sabes que no espera, y amarrando la copa con fuerza, la apoyé sobre mis labios dirigiendo el viscoso fluido hacia mi boca de golpe.

—Señor Edwin Brown, la valentía no se mide por los miedos que logres eliminar, sino por aquellos que consigas adiestrar a tu favor —y tras suspirar en un gemido de alivio, me sequé las comisuras húmedas rozándolas con los restos de ansia que quedaban en mi lengua insaciable.

—¿Edwin? —Repitió —.No te dirijas a él por ahora. Todo en su momento, «cuando la vida le acompañe».

Tragué saliva, y dejé que mi mirada lo recorriera lentamente mientras trataba de ocultar la creciente celeridad de mi pulso, antes de que sus ojos examinaran mi cuerpo del mismo modo, estimulando la excitación que de todos modos me puso en pie.

—¡Estás loco! ¡Asume lo que eres! Nadie tiene la culpa de eso. Se te procuró una cura, que aún temeraria, jamás pretendió más que la sanación fundada en el amor de tu progenitor. ¡Sacrifícate! Otorga la mortalidad al que nada tiene que ver con tu desgracia, y acepta de una vez por todas, que el fin de tu destino es imperecedero desde hace mucho tiempo.

Mis argumentos zumbaron en sus oídos crispándole los nervios, mucho más de lo que sus ojos se atrevieron a admitir. El gobernador de Deathunssend pareció adentrarse en un estado de notable incomodidad. No obstante, se obligó a forzar su aplomo.

Este viaje continúa siendo interminablemente agotador, pensó. *No he de permitir que mis cansadas preocupaciones me jueguen una mala pasada, justo ahora que estoy tan cerca de abrazar la calidez de un auténtico corazón.*

No podía culparlo por mostrar inquietud. No con toda la angustia y secretos que escondía su mente. Pero pude disfrutar de la intranquilidad del arrogante vampiro.

Montesco hizo un gesto con la mano a su sirvienta. Debía conducirme de nuevo a mis aposentos. Pero antes de eso volvió a responder con calma, con tanta calma, que me fue imposible intuir lo que podía haber reflexionado sobre mis palabras; si es que las había

considerado, y si así había sido, si las interpretaba del modo en que yo valoraba que lo haría. Y aunque el rostro de los vampiros asentados en el tiempo, deja de mostrar la menor emoción, como si su carne sobrenatural estuviera hecha de máscaras, eso, no significa, que la necesidad de liberarse de cualquier ataque no radicara en algún lugar de su cerebro, y si lo deseaba, lo mostrase.

—Mi querida y hermosa rehén, la oportunidad a la que tan eufóricamente aludes, se brinda para ambos. Te equivocas, mi destino aún no está escrito, y el de Louie tampoco. «Insurrección será resurrección». Sólo puede quedar uno.

Después abrió las palmas de sus manos, y agarrando el borde de su oscura capa, se volvió como una elegante pantera tras un ataque. Y entre el sonido del viento azotando los vidrios del balcón, se dirigió con el temple que el único caballero de la muerte por excelencia desde tiempos inmemorables debe ostentar, rumbo a la cámara del castillo donde emprender su sueño diurno como de costumbre.

Tras unos minutos vi al Conde pasar a través del cristal de la gran balconada, y me aproximé hasta ella.

«No podía creerlo ».

Avanzaba sobre el paredón del castillo, oculto bajo su capa extendida como una gigantesca ala. Hasta que la lejanía lo hizo desaparecer en las entrañas de la fortaleza como si se lo tragara la tierra.

Esto es horrible, y no tengo escapatoria.

11.2

Aquella noche creí enloquecer. En la habitación donde me encontraba se podía respirar parte del espíritu aún vivo de Mercy a través de cada uno de sus objetos personales, los que Montesco se encargó de custodiar, los que amaba tanto como odiaba por la felicidad y el dolor que podían llegar a producirle. Enfrascada en la inconsciencia de mi mente febril, me adormecí, y al amanecer los rayos del Sol entraron por la ventana calentándome indirectamente los huesos entre las agónicas pesadillas que empapaban con mi sudor las sábanas, mientras continuaba agitándome con incomodidad. Sumida en las imágenes inquietantes que invadían mi mente, por mis mejillas resbalaban lágrimas, viendo luchar poderosamente a los vampiros condenados a exterminar al enemigo de su propia sangre, amarrada a un muro, prisionera entre cadenas sin poder hacer nada. Mis ojos clavados en ellos, anegados de una mezcla conmovedora de miedo y pesar, también observaban la manada de lobos sentados sobre regios pilares de piedra, que contemplaban el duelo con total desprecio y sin la menor piedad. A lo lejos, atrapados tras los barrotes de hierro de la

gran verja del castillo, los débiles cuerpos de los hombres de Monastyrchany, se arrojaban contra ella desesperados por enfrentarse a los vampiros, y vengar de una vez por todas las desapariciones que durante tantos años se habían cobrado numerosas vidas en la aldea. Pero entonces, el eslabón que aferraba una de mis manos a la pared se soltó, y en el intento de liberarme con la otra, el castigo de un látigo accionado por uno de los ejecutores del Conde cayó sobre mí.

Mis ojos soñolientos se abrieron de repente. Todavía podía sentir la mordedura salvaje del azote, casi tanto como si hubiese sido real. Confusa, parpadeé varias veces sin saber muy bien donde me encontraba, y tardé unos instantes en comprender que seguía presa tras las paredes del castillo más sangriento de los Cárpatos sobre el que ahora era de día.

12
VALOR Y PRECIO

Velkan y Louie caminaban a paso firme con pretensiones pacíficas de alianza hacia la concurrida taberna de Monastyrchany. En el sector más maldito y atemorizado de Ucrania, nadie estaba dispuesto a aunar fuerzas con un ser de la misma raza que la que querían fervientemente vencer, y tras verlos entrar, no pasó mucho tiempo hasta que se les echaron encima.

—¡Velkan Vladimirescu! ¿Cómo osas a presentarte con semejante criatura ante el pueblo que tanta fe depositó en ti? ¿No eras tú sino el cazador de demonios que todos creíamos conocer? ¡Ya debería tener clavada en el pecho una de tus estacas!.

—Queridos conciudadanos, calma. Si es necesario, no dudaré en hacerlo, pero os equivocáis. Él, no busca vuestra sangre como aquel os ha venido atormentando, sino recuperar el humano que no hace mucho tiempo albergaba su cuerpo.

—Tu boca escupe hechos imposibles. ¿Qué pretendes con semejante blasfemia? .Quizás estés empezando a ser como él…

—Amigos míos, tranquilizaos. No corréis peligro, y mucho menos ante mí.

Entonces el dueño de la posada salió de detrás de la barra hasta hacer coincidir su cara frente a la del cazador, quien notó la sospecha en su rostro. Dejó los ojos fijos, pero oscurecidos en una duda indefinible, y emitió un gemido conjeturando, empezando a disipar la desconfianza de los presentes.

—Uhm… puede que diga la verdad, su rostro no parece demacrado ni un ápice —y apretando los dientes, pasó la mano por su frente —.Tampoco está frío —, después achicó los ojos examinando la

uniformidad de su color en las profundidades, y retrocedió unos pasos sin perder de vista a Louie.

—Venimos para pediros que os unáis a nosotros. Juntos, podemos acabar con Montesco y su supeditado séquito.

—No existe posibilidad de victoria entre humanos y tinieblas.

Velkan puso su mano sobre el hombro de Louie.

—Vampiro contra vampiro. El resto sometidos, fuerza contra fuerza.

—¡Que insensatez! Decidnos ¿Desde cuándo han empezado a traicionarse?

El sanguinario se adelantó hasta el grupo de hombres, y observando su expectación adentrada en la defensa, les confesó el resto.

—No hace mucho yo era como vosotros. Edwin Brown, hermano de la leyenda Mercy Brown, conocido hoy como Montesco, puede devolverme la mortalidad —confesó levantando murmullos escandalizados —.Si los últimos no-muertos del mundo se baten en duelo, hasta que uno de ellos caiga bajo la mordedura del otro, el que quede en pie recuperará su condición humana.

Cuesta creerlo… ¿Es posible que aun siendo el inquilino más temido de los Cárpatos, anidara en la persona del Conde el mismísimo Edwin Brown?, se preguntaban todos. Además, el joven vampiro, lo dijo en voz baja, como si el diablo estuviera escuchando detrás de la puerta.

Confiaban en la misericordia de Dios, pero tenían que tomar una decisión, y el más valiente de los que le escuchaban se atrevió con la pregunta que faltaba por resolver, pues en la cumbre de Monastyrchany, nadie había descuidad una tercera presencia; la mía.

—¿Y la mujer? ¿Qué hay de la forastera que luchaba como ellos? .Existe alguien más, y está claro que tampoco pertenece a este mundo.

—Amigo, no te equivocas, pero aquella a quien os referís es impura, una vampira no consumada. La visteis combatir a nuestro lado, no se interpondrá en nuestro objetivo. Su destino es otro.

En realidad el cazador no sabía qué era lo que ese destino me deparaba. Al igual que Louie era consciente de que llegaría el momento de determinar mi existencia, a no ser que Montesco ya hubiera interferido por ellos…

Los semblantes confusos de los hombres entrecruzaron sus miradas. Velkan Vladimirescu era el trampero de vampiros de este siglo por excelencia. Había destinado toda su vida a dar con el último eslabón de la enigmática raza, hasta donde los vestigios de su paradero le habían conducido. Cada día rogaba a Dios encontrarlo antes de su propia muerte, y la baza que podía hacerles ganar la partida para acabar de una vez por todas con los asesinatos de los suyos, acababa de repartir sus naipes.

13
LA HUÍDA

Empezaba a amanecer. Primero la luz llegó a las vidrieras de las puertas a través de las ventanas del castillo, algo pálida todavía tras de las cortinas de raso. Luego, un rayo de Sol cada vez más grande y brillante, se paseó entre las hojas de los árboles en el exterior abriendo camino a un nuevo día.

Montesco no lo podía ver, pero yo sí.

Minutos previos, los aullidos y murmullos de sus lacayos dejaron de oírse, «*que música tan perturbadora*». Habían estado recorriendo los pasillos ocupándose de diversos asuntos de última hora, antes de dirigirse a la clandestina cámara junto a su amo, quien a escondidas del astro, empezaba a fortalecer su cuerpo de la mayor corriente sanguínea posible a dos lunas del asalto de su enemigo. El Conde sabía exactamente el tiempo del que disponía hasta entonces, y lo sabía, porque era capaz de leer la mente de su descendiente con la claridad con la que goza un vampiro de trescientos años.

Tan pronto como rompió el día, sentí su calor. Me aparté la manta de encima entreabriendo los párpados, y con la piel pálida, me dirigí estremecida hacia el armario de mis aposentos para cubrirme con la capa que colgaba en su interior, la misma en la que me había fijado la noche previa en la que la sirvienta se hacía con el vestido de Mercy para presentarme ante su señor.

La soledad me incomodaba, aunque hubiera preferido poder detener el tiempo para que un nuevo atardecer no se abalanzara sobre mí y con él todas las sombras de Theathunseend. Pero como aquello no era posible, medité en silencio unos instantes. Me encontraba inmersa en un mar de dudas, tenía miedo, y no paraba de pensar cosas extrañas.

—¡Que Dios me guarde! —musité.

«¿Dios?». Mi escepticismo puede que ya lo conociera, y que mi inconsciente me recriminara no haberme quedado con él sin venir al mundo. Entonces recordé la frase de Shakespeare que escuché de manos del más excéntrico profesor de entre los que tenía, en la última clase de filosofía a la que asistí en el instituto, antes de que el infierno de la más terrible de las condenas me empujara hacia ella. A pesar de su extravagante carácter, sus palabras daban que pensar a la parte incontrolable de nuestra mente.

«Lloramos al nacer porque venimos a este inmenso escenario de dementes»

Podía habérmela tomado como un consuelo, *«infausto alivio»*, pues

no estaba dispuesta admitir, ni mucho menos convencerme a mí misma, de que hay que dar por sentado que las inmensas desgracias del mundo son irreparables, y decidí no esperar más saliendo de la habitación en busca de una salida.

De las paredes grisáceas de los pasillos colgaban pinturas sobrias, carentes de profundidad. La riqueza de las antiguallas de valor me encandiló tanto, que mi reflejo en los espejos de Theathunseend pasó inadvertido.

Pero algo había cambiado…

La sirvienta de Montesco no había vuelto a aparecer, y con ella cualquier sonido o alma que morara la fortaleza. Podía dirigirme a cualquier parte del castillo, y en poco tiempo sabría porqué. Muchas cosas me parecían extrañas, y no sólo por poder influir en el cambio de costumbres respecto a Estados Unidos, sino porque estaba segura de que aquel lugar encerraban otros secretos que no me convenían conocer.

Sin embargo existía algo en el exterior que sí se dejaba oír, una gran extensión de tierra todavía húmeda por la reciente lluvia; el bosque, que con los brazos abiertos me invitaba a huir, haciéndome avanzar cada vez más deprisa con su persistente llamada por los largos corredores. En el corazón de los Cárpatos, el impresionante paraje de colosales pinos de montaña, me ofrecía una promesa de seguridad y libertad. Y no es que tuviese la menor idea de adonde dirigirme o como escapar a plena luz del día, pero con la misma irracionalidad con la que pensé, qué habría sido del Jaguar que me salpicó antes de adentrarme en el callejón de la bohemia tienda que me deparaba la eternidad absoluta, y cómo entonces alagué absurdamente sus ruedas, me pregunté cuánto tiempo más estaría atrapada allí.

Por el momento había sobrevivido a las adversidades del brebaje camuflado que me condujo hasta aquel lugar, y me arriesgué a mirar el reloj de péndulo de la sala en la que me encontraba, descubriendo con esperanza que no eran ni las nueve de la mañana.

Me quedan al menos, diez largas horas hasta el anochecer…

Rápidamente me dirigí hacia el vestíbulo abriendo la puerta, y el fuerte viento me llamó con más fuerza, sin hacerme dudar de que no había tiempo que perder para agachar la cabeza, protegerme con la capucha de mi capa y echar a correr.

En cada zancada saltaba las piedras con la consciencia de que el castillo se alejaba de mí y con él sus fantasmas. Desesperada por alcanzar la verja de las pesadillas de mis sueños, mis manos blancas cerradas en puño azotaban el aire con el vaivén de mis codos. Hacía frío, mucho frío, y aunque casi no lo sentía tiritaba por terror a ser descubierta. De golpe un trueno irrumpió resonando en la periferia de Theathunseend, y una lluvia helada empezó a filtrarse entre las nubes

mezclándose con los letales rayos de Sol. Intenté correr más rápido, pero las dimensiones de mis pasos ya eran tan amplias que resultaba en vano esforzarse más.

De repente mis enfebrecidos impulsos me frenaron en seco. El enrejado tenía sus puertas cerradas, a diferencia de cuando Louie y yo hacía unas horas nos encontrábamos al otro lado. De su cadena deforme colgaba un candado oxidado con la armella abierta, lo que me hizo pensar de inmediato que podría tratarse de algún tipo de ilusión o sortilegio.

«Entrada abierta; salida cerrada».

Dirigí la vista hacia las hirientes puntas afiladas de sus infinitos palos de hierros, altísimos, imposible de franquear, y aunque jamás había saltado una altura similar, impensable para un humano, tampoco nunca había poseído «las habilidades de la muerte».

Me volví de espaldas. Continuaba sóla, pero por poco tiempo. Se oían pasos, pasos metálicos. Los ejecutores de Montesco avanzaban hacia mí. Recuperé la mirada al frente, y me retiré hacia atrás, hasta donde mis ojos podían ver los extremos más agudos del escalofriante muro de lanzas, y tras dibujar con la mirada en el aire, un arco estimado de salto, señalicé con la bota una marca sobre la tierra, rasgando mi capa en una de sus esquinas hasta la cintura para acortarla uniendo las partes en un nudo.

Los ejecutores no se detenían.

Entonces mis labios retrocedieron hasta las encías mostrando la fuerza de mis colmillos, y como los felinos, comencé a coger una velocidad de vértigo sin freno, mientras mi pelo ondeaba como el de un caballo salvaje que huye de la muerte.

Alcancé el punto que había sellado mi huella en la tierra, y me impulsé hacia arriba con toda la fuerza de mi cuerpo híbrido, acelerando las piernas en la nada. Los pinchos me apuntaban como dagas, como si quisieran atravesar mi corazón. Estaba muy cerca de alcanzar el otro lado, ,mi torso volaba sobre ellas, las estaba rebasando…

Gracias Señor, pensé instantes antes de sentir un dolor bestial en el costado, un insufrible acribillamiento imposible de describir. En los últimos centímetros mi cuerpo se tambaleó ligeramente cayendo de lado, con la mala fortuna de rasgar mis costillas de manera importante.

Caí crucificada en el suelo y la respiración se me aceleró. Intenté levantarme, pero me fue imposible. En ese momento el Sol se cernió sobre mi níveo rostro, acompañando en su recalentamiento a las cúspides ardientes de la verja, y me volví sobre mí misma ajustándome la capucha hasta los ojos, dispuesta a arrastrarme hacia el bosque. Pero justo cuando me encontraba a punto de alcanzar la

primera hilera de abetos que gobernaba su entrada, la puerta de hierro del castillo se movió chirriando como un animal en un matadero, y las armaduras de los ejecutores volvieron a moverse peligrosamente cerca, reduciendo la velocidad de su marcha.

Empujaba mi cuerpo como podía ante su mirada. Había perdido mucha sangre. Ni si quiera sabía si la eternidad anidaba en mi ser, y acabé desmayándome sin saber si había muerto o no.

13.1

El atardecer llegó pronto, sobre todo para mi sumida inconsciencia, cuya percepción saboreó de nuevo la realidad al encontrarme inmersa en un despertar increíblemente fuerte. Un tubo transparente conducía suculenta sangre hasta mis venas, de la que no quise saber su procedencia. Era evidente que Montesco necesitaba mantenerme con vida por algo o para algo. Mientras, el reloj avanzaba de nuevo hacia el crepúsculo de la noche con su implacable segundero, acariciando el duelo de las tinieblas. El aire de la puesta de Sol cayó frío entre la música aulladora de los hijos de la noche. La última oscuridad como vampiro para uno de los herederos de la maldición se abría paso inexorablemente, también la definitiva para «la luz de la vida» de su contrincante.

14
CUENTAS DE STRIGOI*

El inquietante poblado fronterizo comprendió bien la razón de lo que podía extenderse ante ellos prosiguiendo a lo largo y ancho del mundo y del tiempo, y decidió seguir a Velkan. No estaban seguros de donde se estaban metiendo, pero los grandes problemas de la humanidad provienen de secretos que siempre han resultado una tremenda batalla, en la que quienes han sido conscientes de la importancia de su victoria, a pesar de su pátina de humanos débiles, ignorantes de trémulos asuntos de otros tiempos, siempre han estado conducidos por un guía con el que penetrar en la muerte y dominar fuerzas tan poco conocidas. Vladimirescu era el suyo, él podía desenterrar de ellos el valor y las capacidades extras

*STRIGOI En la mitología Rumana; almas de los muertos. Del latín (*strix)* que designa a una ave vampírica. Se tiene más posibilidades de ser un *strigo* si eres de los últimos hermanos en nacer y los anteriores han sido hembras.

que todo hombre tiene oculto en menor o mayor medida.

Hasta traspasado el horizonte de Deathunseen eran conscientes de que los rumores de una lucha contra el virus más peligroso arrastrado hasta nuestros días, se extenderían más allá de los Cárpatos, y de que sus vecinos más allegados caerían presos de una histeria colectiva.

Pero como ninguno de ellos estaría dispuesto a correr el riesgo de cruzarse con él, en Monastyrchany se tenían la seguridad de que nadie más acudiría al frente, excepto sus inquilinos más capaces.

14.1

Firmes, con el porte y gravedad de unos líderes natos, Louie y Velkan avanzaban hacia el castillo encabezando la unidad de hombres seleccionada. El cazador asimilaba sus atavíos al aventurero más famoso de la historia del séptimo arte con el que siempre había simpatizado por sus hazañas; el reputado *«Sr. Jones»*. En cuanto a sus armas personales, había hecho bañar en una aleación letal de hierro y plata, la hoja de una de sus legendarias espadas bendecidas, «la decapitadora», utilizada para envenenar el cuerpo de sus adversarios y garantizar su captura en dos mitades, al igual que el par de dagas que colgaban de su correaje. Su indumentaria aportaba una túnica de piel marrón oscura con un brocado rústico en cruz que cubría sus espaldas regias a pesar de su mediana edad. En combinación armoniosa, un sombrero borsalino encuadraba en su cabeza, muy similar al «fedora de Indiana», con la salvedad de que este último, en lugar de cuero, era de fieltro de lana. Al cuello, una cadena sujetaba la más apreciada reliquia por el trampero, un medallón sagrado que dejaba descansar sobre su pecho, para en las adversidades más arduas, revelar su protección y belleza sobre la pechera de su camisa.

A pesar de los artilugios que ocultaba apuntando hacia su mayor enemigo, también mortales para Louie, éste último se mantenía imperturbable. Pero como uno de los dos únicos vampiros entre humanos, andaba corto de aliados. En principio no veía más que interesados en destruir al Conde, que embestirían contra él sin dudar lo más mínimo, ante cualquier indicio depredador que pudiera hacerles sentirse amenazados o señal alguna de confabulación.

Y finalmente surgieron entre las sombras, del decrépito bosque, a un kilómetro de la fortaleza como si emergieran triunfantes de las distantes tinieblas de la historia, aunque en realidad se dirigieran a ellas.

14.2

El incuestionable amo de la horda de bestias, con ese aire de lustre cultivado, acicalaba su negra cabellera pulcramente recortada hasta las orejas, controlando cada movimiento con sus expresivos ojos acerados, de mirada infinitamente más letal que las zarpas de cualquier asesino. La criada paseaba el peine por su melena hacia atrás, exponiendo una frente dibujada en semicírculo en ambas

entradas con su centro en punta, mientras los sombríos pensamientos de su señor pasaban revista a sus siglos de hambre sin tregua sobre miles de pescuezos. Su aspecto no reflejaba acumular mucho más de una treintena de años. Aunque sus verdaderos orígenes se perdieran en los impenetrables ocasos del pasado, continuaba en pie, alejado de la muerte.

Después vino su ineludible descanso.

14.3

Entrada la noche, el Conde se abría paso entre las catacumbas del castillo con su resplandeciente relicario. Pendía de su nuca con una gargantilla de oro que llenaba de deslumbrantes rayos los pasadizos de escasa iluminación, reflejando la luz de las antorchas.

Avanzaba hacia la cámara principal rebosante de confianza, apartando del camino a sus cánidos huestes, que se retiraban con cobardía ante el barrido de sus ojos. Y tras alcanzarla, se detuvo frente a un gran butacón, lanzando una mirada de desaprobación hacia sus sicarios, quienes se encogieron inclinando la cabeza en gesto de sumisión.

—¡Actuáis como una manada de perros rabiosos! — vociferó con desdén, en rumano, con cierto aire inglés —Y eso, mis cachorros, resulta sencillamente inaceptable. En especial, si las pretensiones del enemigo son derrotar a un vampiro en su propio terreno. Si pretendéis sobrevivir, si ambicionáis mi recompensa, si codiciáis la libertad ¡Ganáoslo! —, después miró por encima de las cabezas agachadas hasta dar con las dos fieras más poderosas e infernales de entre las que se había agenciado.

—«¡Vino fiare colosale!» —«¡Acercaos colosales bestias!» —. Reservad vuestro celo depredador para mis adversarios. Ya escucho sus pasos… —dijo entornando los ojos.

14.4

Entre tanto, los reclutas del poblado marchaban a paso ligero cubiertos de sudor a través del prominente arbolado, como si acabaran de correr un maratón de gladiadores. Su pecho jadeante de excitación próximo a la muerte, servía de apoyo junto a su hombro a las escopetas inclinadas, todavía calientes por los disparos de prueba antes de su partida. Sus ojos brillaban con el resplandor y la rapacidad propia de la descendencia animal, igual o mayor al de los monstruos que les aguardaban.

Franquearon la extensión que les distanciaba de los Cárpatos en su territorio central, una de las regiones más salvajes y poco conocidas de

Europa. Monastyrchany es un pueblo apartado, aunque goza de cierta fama por encontrarse rodeado de belleza, cosa que pudimos comprobar a nuestra llegada. Justo antes de emprender nuestro viaje, la madre de Louie; la señora Linvingstone, nos contó que la mayoría de las supersticiones conocidas en el mundo se recogen por allí.

Finalmente alcanzaron la cúspide de la colina más próxima a la fortaleza, desde donde las gigantescas antorchas se podían ver, cuyo chisporroteo proyectaba las sombras de sus siluetas sobre los mohosos muros de piedra. En el aire se palpaba una regente miscelánea de olores; humaredas, sudor, feromonas y sangre. Las ratas se escabullían por los agujeros y rincones, alarmadas por la repentina actividad que se vivía en el exterior, percibiendo el rumbo de los forasteros hacia las entrañas del castillo. Todos los que por diferente causa nos encontrábamos tras sus muros, aguardábamos la comparecencia del vampiro más esperado por su predecesor y el más amado por su prisionera.

Entre las sombras de la infernal boca de entrada, bestiales ojos de color rojo brillaban con destellos de luz sumidos en la Fe de que su Señor les concediera la libertad tras conducir a su víctima hasta él. El umbral se encontraba abarrotado de «lobos bisáureos». De pelaje lustroso y prominentes garras, machos y hembras, ululaban agolpados hasta donde el suelo empezaba a bifurcarse en regueros de cemento y sangre. Oculto en el fondo del siniestro túnel, el irreconocible Edwin Brown, esperaba hacer su aparición tras el espectáculo que sus enemigos y lacayos se disponían a ejecutar. A su lado, atada entre cadenas de cuero y hierro, cruelmente tirantes sobre la carne de mi cuerpo, tiritaba mal herida por la agonía de la docena de cortes sin tratar que me mantenían inmovilizada. Mis globos oculares de «vampira incompleta» inyectados en sangre por los continuos esfuerzos, derramaban sobre mis pálidas mejillas un torrente de lágrimas carmesí. Y en ese mismo momento, Louie tuvo la primera visión en sus días de no-muerto sobre sus deseos más ocultos…

Las rasgaduras de un vestido pristino ondeaban en su mente hechas jirones, colgando de un delgado cuerpo; el mío. No comprendía cómo, pero podía oír mis lamentos, y llegó un momento en el que su corazón no pudo soportar más verme así. Gruñendo como un perro rabioso, creyendo que de repente se encontraba frente a mí, tiró con todas sus fuerzas de las pesadas cadenas en vano. Ni las arañas ni roedores que infectaban los rincones de la tortuosa y al tiempo majestuosa gruta, del tamaño de un hangar, eran tan estúpidos como para aventurarse en aquel purgatorio engendrado por un centenario vampiro.

Los pasos de la salvación se encontraban sobre nosotros. Los tablones de la entrada crujían como viejas arpas, cuyas hendeduras filtraban la claridad de una Luna tan fantástica como real. Montesco

vigilaba a su descendiente en su mente mientras éste, se agachaba sobre el suelo de madera convertido en una máscara retorcida de frustración humana, acariciándolo con su rostro, intentando captar cualquier indicio de presencias. Sin embargo, a pesar de que ahora estaba más cerca, en aquel momento sentí un océano de obstáculos entre Louie y yo. Nuestro adiós definitivo acechaba conforme acortábamos distancias, y me di cuenta más aún de todo lo que significaba para mí. Comprendí, que a pesar de haberle dicho aquel día en la playa lo más peligroso que se le puede decir a alguien; «Te quiero», entre el cruel dolor físico y la incertidumbre de nuestro destino, bien mereció la pena.

Entonces, rápidamente, Velkan ordenó a sus hombres disparar bajo sus pies. La incandescente munición barrió descontroladamente la plataforma subterránea, levantando una lluvia de chispas al traspasar las vigas sobre el cemento del pasadizo, acertando sobre el lomo de algunos de los bisáureos. Las luces de la catacumba parpadeaban penosamente sobre el subsuelo proyectando sombras cada vez más alargadas. Louie sintió un sudor frío que se le pegó a la camisa marcando su torso.

Esto tiene que acabar pronto…, pensó mientras los gruñidos de los depredadores ensordecían sus oídos. *Quiero volver a vivir, aunque vivir sea perder, es el precio del hombre por proteger el amor y alcanzar la felicidad.*

De repente, decenas de bestias surgieron de la abertura de los infiernos irrumpieron en su reflexión, mostrando unos colmillos y garras invadidos por una desorbitante ira. Las explosiones de los disparos habían abierto más de un agujero en las paredes del pasadizo, lo que propició al arriesgado pelotón el acceso hasta los aposentos del Conde, avanzando a tiro de rifle mientras Vladimirescu hacía uso con maestría de sus armas de filo.

Pero la naturaleza de Louie necesitaba transformarse en algo más poderoso. Una necesidad que le otorgó la forma primaria que su cuerpo de vampiro ambicionaba con fuerza, la que todo sanguinario adquiere cuando está preparado para una batalla de magnitud, cuando culmina su mutación.

Sus rasgos no se transformaron exageradamente como los de un hombre en un licántropo, pero si se marcaron de modo distinto. Desde la nuca hacia arriba, el pelaje de su cabello se tornó progresivamente grisáceo. Las uñas de sus manos se abrieron paso con mayor pronunciación hasta alcanzar el tamaño de un cuchillo carnicero. El iris de sus ojos, ahora color cobalto, contempló como su estatura ganaba más de medio metro, al tiempo que sus hombros ensanchaban su espalda unos centímetros más. Jadeaba ruidosamente como un perro exhausto por la recia metamorfosis, mientras la vista se le

acostumbraba aún más a la oscuridad.

—¡Tranquilo Louie! ¡Calma! —repetía el cazador. Sus conocimientos podían intuir casi con exactitud lo que le estaba sucediendo, y lanzó una granada sobre el muro hacia donde los depredadores les empujaban intentando acorralarlos —¡Por aquí! ¡Moveos!

Las bestias abrieron los ojos como platos al ver que el explosivo cargado de plata acababa de rebotar en el hormigón, cayendo en chapoteo sobre el corriente de sangre que circulaba hasta el mausoleo de Montesco. Apenas unos metros retirado, pegado al lado opuesto, Louie trató de ofrecer un objetivo de su cuerpo lo más pequeño posible contra su reciente acrecentada corpulencia.

Fue una limpieza de lo más efectiva. Los fragmentos destrozaron gran parte de carne lobezna desgarrando a la mayoría del resto. Entonces el joven vampiro dirigió su mirada pálida hacia los hombres que les acompañaban, y tras una corta carcajada, dijo:

—¿Aún me tenéis miedo? —Les sorprendió — Seríais tontos si no lo tuvierais… —sonrió levemente —.Pero no lo tengáis. Adelante —, después cucó uno ojo confiable dando la espalda a sus miradas indecisas, y ondeando su capa al viento, atravesó a los hombres mientras estos le abrían paso hasta alcanzar a Velkan.

La evolución corpórea le acababa de otorgar la poderosa seguridad que le faltaba. La cripta del Conde estaba muy cerca, tanto, que al final del subterráneo los ojos de Louie se abrieron al ver por fin mi figura tratando de arrancarse las ataduras. A mi lado, el esbelto vampiro, también mutado en fortaleza, le devolvió la mirada para después asentir hacia el cazador.

—Sólo uno de vosotros debería estar aquí —dijo —. Vladimirescu, un placer. Estos últimos años se me habrían hecho tremendamente aburridos de no ser por sus trabas para impedir abastecerme de alimento —,suspiró, y retrocedió unos pasos hasta mí, acrecentando los nervios de Louie, mientras levantaba el brazo por encima del hombro exclamando con ímpetu —¡Espíritus de mis antepasados! ¡Que viva en mi la mortalidad que se nos fue arrebatada! ¡Dejadme sólo frente a quien necesito!

Aquellas palabras dieron paso al desplazamiento íntegro de un féretro incrustado en la pared. La losa cubierta de moho crujió comenzando a entreabrirse por un lateral. Y como un muerto resucitado de su tumba, una criatura invocada por la nigromancia mediante la cual un vampiro puede conjurar almas perdidas, albergadas en criaturas del pasado durante un tiempo determinado, abría sus ojos segregando saliva ante el perfecto conocimiento del experimentado trampero.

—Es un tipo de *Amarok*— susurró—.Su porte lo delata. También

conocido como ’diente de sierra’, descendiente de un lobo gigantesco de la mitología inuit. A pesar de que los lobos comunes cazan en manadas, este lo hace en solitario, devorando lentamente, por sumo placer…

Montesco agitó sus manos palmoteando con sarcasmo.

—¡Bravísimo Señor Velkan! Su fama igualmente hace honor a sus conocimientos sobre vidas nocturnas, yo diría que incluso es la responsable de que hoy se encuentre aquí. Gajes del oficio ¿Verdad? —y se mofó en silencio mientras dirigía la vista hacia su aterradora bestia otorgándole permiso para atacar.

—¡No le escuchéis !¡Ni le miréis a los ojos! ¡Os hará presos de su embrujo! El cuerpo del Amarok alberga la cólera que ha permanecido latente en el espíritu de su hermana Mercy, la venganza sobre el pueblo que blasfemó su cuerpo y su persona. Las represalias caerán sobre quienes ahora se crucen en su camino.

Entonces la bestia lanzó un gruñido horripilante cayendo sobre el cazador como un voraz monstruo prehistórico, y sus afiladas garras atravesaron el cuero de su gabán como si fuese papel de fumar, desgarrando parte de la tensa carne que cubría sus espaldas. Louie trató de detenerla, pero la criatura del infierno era demasiado fuerte y grande, y sólo pudo apartarla de él unos segundos. Varios de los hombres que les acompañaban avanzaron con sus rifles intentando refrenar un nuevo ataque en vano, pues las poderosas mandíbulas del Amarok se cerraron sobre la garganta de cada uno de ellos consecutivamente, destrozando sus cuellos con sus colmillos de marfil. De nuevo hizo brotar de sus pulmones un diabólico aullido, y la cálida sangre de sus primeras víctimas aumentó el nivel de la arteria roja que alcanzaba la cámara.

Tragué saliva como si pasara una piedra por mi tráquea. Aquello era aterrador e insólito. Tenía la boca tan seca como el día que me desperté en el hospital, y rogué al cielo que Louie y Velkan no corrieran la misma espeluznante suerte.

Sin embargo mi querido vampiro tenía una ventaja. El Amarok sólo podía herirle, no matarlo ni morderle, privilegio exclusivo para el Conde. Pero contra ‘un diente de sierra’, sólo los más poderosos vampiros tienen alguna oportunidad, y Louie, por el bien del resto, no tenía más remedio que intervenir. Y justo antes de adentrarse en los abismos de la muerte, la expresión de vidrio de su rostro sufrió tal cambio, que arrastré mis cadenas hasta ponerme en pie, devolviendo la misma mirada petrificada, alejando sus ojos de mí, dirigiéndolos hacia el chacal.

—«Los demonios deben permanecer en el infierno» —dijo.

Los labios de Montesco se estiraron formando una mueca poco amigable; sus pupilas se pasearon por el techo y luego se fijaron en las

mías, hasta terminar moviendo los hombros en una risa silenciosa que desembocó en una brusca orden.

—Extenúa su cuerpo y tráelo hasta mí.

La criatura lanzó un rugido ensordecedor que retumbó en el interior de los presentes, y una aterradora zarpa ligada a restos de vísceras de su anterior ataque a los hombres, se abrió paso en toda su extensión hacia la cabeza del vampiro, apuntándole con sus uñas de garfio con el fin de inmovilizarlo. Luego erizó el bello del lomo retrayendo sus negros y gomosos labios, mostrando a la luz sus característicos colmillos serrados.

El pasadizo se convirtió en una prueba infernal.

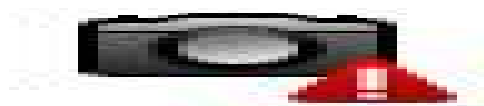
Louie se agachó a tiempo, justo para librarse de ser atrapado, mientras Velkan, de nuevo en pie junto al resto de su alianza superviviente, disparaban llenando el techo de plata al rojo vivo. Los abrazos del Conde se repetían corriendo hacia ellos tratando de atrapar al cazador que portaba el arma maestra. Las garras de Montesco cortaban el aire esquivando la munición y las chipas de las lámparas de aceite que reventaban en los muros. El clamor desesperante de los hombres huyendo junto a Vladimirescu se escuchaba en la superficie como una jauría humana escapando de la muerte.

En ese momento, en una nueva embestida, las zarpas del Amarok se sujetaron a la cabeza de Louie rozando su cuero cabelludo, a lo que éste reaccionó con un fuerte tirón logrando escurrirse de su alcance.

Por poco, pensó. *Puede que venir hasta aquí para enfrentarme a Montesco y sus sometidos, no haya sido tan buena idea*.

El joven vampiro era consciente de la absurdez que acababa de decirse. Indudablemente, el mejor modo de no involucrar inocentes y de que nadie más en otras tierras del mundo conociera el despertar de la leyenda en su misma sangre, había sido bajo el silencio de los Cárpatos, y de inmediato regresó a la realidad al observar algo sobre la pared donde acababa de detenerse.

Un complicado árbol genealógico enmarañado con flechas, ecuaciones e incógnitas, se extendía a lo largo de varias generaciones, esbozado sobre uno de los muros de la cámara. Aquella estación subterránea parecía haber sido convertida en algún momento en una especie de laboratorio improvisado. En lo alto de la extensión sucesoria, un pequeño fragmento de piel de res estirado tal pergamino, proclamaba en un trazo a mano sujeto por un clavo:



Louie se obligó a dirigir la vista hacia el grupo de pequeños sarcófagos dispuestos entorno al del Conde, temiendo que durante estos largos años, Edwin Brown algo más hubiera intentado con los restos de su familia para volver a la vida. Los ataúdes habían acogido los restos óseos de las tumbas de sus hermanos profanadas por él mismo, dónde sólo su lápida permanecía clavada a la tierra en el cementerio de Chestnut-Hill, reservando la verdad de sus entrañas, preservándola del ajeno desconocimiento de sus visitantes todo este tiempo.

—Dios mío —susurró.

Pero aquel ínterin se cobró la gran oportunidad de la inclemente bestia para inmovilizarlo, pues de entre sus artificios se sirvió del severo azote de aturdimiento, para después emitir un rugido de alerta hacia su amo, quien acababa de arrebatar al cazador su arma partiéndola con la excepcional fuerza y técnica de un curtido sanguinario, y abandonando la persecución, se dirigió como un espíritu endemoniado hacia la garganta que le obsequiaría con «el banquete más rentable de su vida».

Louie cerró los ojos unos instantes. Su sentido del oído se había agudizado aún más de lo que extraordinariamente ya era capaz de percibir, y consciente de que aquel alarido era la señal de ataque de Montesco corriendo hacia él, «sólo esperó que la verdadera muerte doliera menos que a la que un día le condenaron mis brazos».

Entonces la criatura me colocó en su punto de mira.

Sin vacilar un segundo, Velkan, báculo en mano, intercambió su papel de presa por el de exterminador, y corriendo hacia las espaldas del Amarok, se adentró en el intimidante círculo de su alcance.

—¡Voy a acabar contigo animal asesino, aunque tenga que seguirte hasta el mismísimo infierno!

La plata silbante de partículas radiantes provenientes de las armas de los hombres, se entrecruzaban en el aire convirtiendo el espacio entre Vladimirescu y el monstruo en tierra de nadie, hasta hacer retorcerse a la criatura sobre sí misma, librándome de sus garras.

Me acababan de otorgar nuevas fuerzas, para por primera vez, hacer uso del poder del control de mi sangre. Y concentrando la energía de todo el torrente de mis venas en un solo impulso, me alcé en el aire como un puma a velocidad inapreciable.

En aquel momento mis ojos presenciaron la imagen más impactante de mis pesadillas sufrida sobre mi lecho en Deathunseen, visualizándola con lucidez, la que he de suponer que en parte, aún vivía en mí. Un duelo infringido, articulado por una sóla mano sentenciadora. Sin embargo, puede que por mi reacción, quizás por la venganza latente tras el latigazo del Amarok, o por ambas cosas, el restablecimiento de Louie se impuso con la excepcional furia de un

titán. Sus piernas proyectaron su cuerpo elevándolo hasta hacerlo aterrizar en el suelo de un golpe seco, contemplando erguido frente a frente, los inescrutables ojos de Montesco. El Amarok acababa de recibir múltiples disparos metálicos de manos del cazador y sus hombres, quienes permanecían a la espera de lo que comenzaba a vislumbrarse como una tregua, «el desvanecimiento de su invocación entre la sombras».

A partir de ese instante nadie debía intervenir. Había llegado el momento de erradicar por fin la raza cuyos discípulos se contaron a miles siglos atrás. Ninguno de los dos vampiros estaría dispuesto a transformar a nadie más y destruir el privilegio de volver a contarse entre «los vivos más vivos». Cualquier tentación saldría demasiado cara. El veneno que circulaba por sus venas era capaz de ejercer tal dominio sobre su organismo para agenciarse sangre a través de la mordedura, que la razón de prescindir de ella por esa vía, debía ser tan extremadamente poderosa, que les otorgara la fuerza necesaria para retener el instinto de su mayor deleite.

El cazador ordenó a sus hombres detener los disparos contra la nueva hornada de lacayos del Conde, quienes acudieron en masa entumeciendo de golpe ante la mirada paralizante de su Señor.

Y el silencio sepulcral fusionado con la respiración agitada del ambiente dio por servido el auténtico duelo.

Ninguno estaba dispuesto a que su destino se burlase de él. Evitar el combate sólo podía significar expandir una nueva era de desgracias y penumbras bajo desgarradores asesinatos. Pero eso posiblemente habría resultado imposible, pues cualquiera de las dos partes hubiera perseguido a la otra durante toda la eternidad hasta obligarle a pelear.

Se contemplaron el uno al otro observando el aspecto de la muerte en vida. Tenían un único camino por delante que había de resolverse atravesándolo con perfecta valentía, con dos finales distintos, inminentes e impredecibles. Sus semblantes reflejaban tal profundidad de sentimientos y sabiduría, que pensé que jamás volvería a ver nada así. Entonces los pasos de Montesco comenzaron a resonar firmes y desafiantes, apresurándose hacia su adversario hasta marcar con la garra su mejilla, obligándole a retirarse hacia atrás mientras pequeños hilos de sangre se deslizaban hasta su cuello.

Louie, encolerizado, pasó la mano por su rostro húmedo para después abalanzarse sobre el Conde, consciente de que las fuerzas de los brazos que se acababan de aferrar a los suyos intentaban encajar su garganta en los colmillos que le pertenecían. Se movían con tanta rapidez, que en muchos momentos se hacían invisibles.

Mi cuerpo desesperado reaccionó agitando sus extremidades con las cadenas que lo presaban, hasta que Vladimirescu se aproximó abriendo fuego contra los grilletes. Y en los siguientes segundos en

que perdí el rastro de los vampiros, todo había terminado, pues escuché el sonido de un impacto, tan ansioso e impaciente por saber más, que creí volverme loca.

De repente lo vi caer, y la razón abordó mi cerebro valiéndose de la imagen que no quería admitir, consciente de que ya no había marcha atrás, intentando aliviar mi sufrimiento mudando a un lugar especial de mi corazón al ser que más había amado con el propósito de que jamás llegase a abandonarme.

Montesco acababa de herir a Louie profundamente con una rápida estocada en el pecho que lo abatió de costado. Entre su manos manipulaba una cruz negra invertida con el extremo más largo tan afilado como el de un aguijón envenenado. Encogido en el suelo, sangrante y moribundo, buscaba la espantosa herida ante lamentos de terror y el blanco antifaz de mi rostro irradiando signos de amargura. Finalmente, agachó la cabeza derrotado, consciente de que lo que tenía por delante era la muerte definitiva.

Aferrados a sus escopetas, Velkan y los hombres aguardaban expectantes a que los agudos dientes del vencedor atravesaran el cuello de su víctima, para acabara de una vez por todas con la maldición que podía dar alas a nuevos tiempos de tinieblas. Pero a punto de mostrar sus dientes, el Conde creyó leer algo casi ininteligible en los labios de Louie, algo que tras inclinarse frente a él entendió con claridad. Su semblante cambió de cuajo cuando de imprevisto le estiró de la camisa acercándolo a su pescuezo, como si aceptara su funesto destino mientras penetraba con la mirada en sus ojos en busca de los de Edwin Brown.

—Nada cambiará tu pasado —dijo con voz atropellada más cerca de su final que nunca.

Montesco sonrió con júbilo negando con la cabeza.

—Mi querido Louie, «el pasado fue, y es, un nuevo comienzo». El futuro se muestra ante mí con vivencias muy diferentes que me conducirán a la muerte algún día, pero que sin ellas jamás llegaría a sentir realmente la vida —y entornó los ojos despidiéndose de la eternidad, mientras su boca se abría lentamente dirigiéndose hacia el amanecer que durante tantos años había ansiado volver a contemplar.

Sin embargo, el debilitado vampiro, percibió mucho más allá de las palabras de su verdugo. Su cabeza bullía al contener, no sólo su visión, sino ser y estar simultáneamente sintiendo y viendo lo que los demás ante su presencia eran, muchas veces esconden o niega. Y se dirigió así mismo con el convencimiento de un loco valiente.

La tristeza y el dolor que he sentido en mi vida y siento, son parte de mis capacidades. «Soy extraordinariamente fuerte».

Había quedado demostrado que Louie no era de los vampiros con mayores capacidades físicas, pero precisamente eso era lo que podía

hacerle ser capaz de subsanar esa deficiencia. Continuaba siendo de carne y hueso, y todavía le quedaba por probar, si en ocasiones de peligro, podía llegar a ser el mejor guerrero. Y de repente, algo relacionado con las habilidades de la sangre provocó una tormenta en el exterior, una manifestación ligada a cada único ser de vida nocturna y lugar de origen.

Una forma de neblina rodeó el cuerpo de Montesco ocultando el desenlace que sus fauces se encontraban a punto de sentenciar. Entonces, la estampa que tenían aún todos congelada en la retina, trocó, intercambiando los destinos que cada uno estaba a punto de emprender, y la silueta de Louie empezó a esclarecer desvelando su posición. La metamorfosis alcanzó tal horizonte, que no dejó percibir ni comprender a su adversario debidamente la realidad.

La suela de sus botas apuntaban hacia el pecho de Montesco con las manos apoyadas sobre sus hombros, y aunque sus dientes apenas habían empezado a cambiar, cayeron sobre la garganta del Conde rasgándola, haciendo brotar su sangre mientras se colaba por los botones de su blusón deslizándose por su torso. Y una vez que eso sucedió, una vez que bebió de él inesperadamente agrandando sus ojos colmados de sorpresa, retiró los dientes con tal celeridad, que los dos agujeros parecieron enormes hasta que segundos después la piel se contrajo empequeñeciéndolos.

Todos pudieron ver que «no había alegría en esa victoria».

La fiebre golpeaba las sienes del longevo vampiro, abortando todo intento de rebelión. Pero Louie contemplaba su muerte como una abominación. Estaba seguro de que Montesco había desaparecido, y que Edwin Brown de algún modo había ocupado su agonizante lugar. Y cuando éste movió sus labios en un intento de transmitir sus últimas palabras, lo supo claramente.

—Sólo dispongo de unos minutos —dijo tocándose el pecho con un dejo silbido en la voz —.Lo que tengo que comunicarte es de la mayor importancia.

—¡Qué quieres decir! —gritó Louie zarandeándolo.

—Has luchado con inteligencia, y has ganado el duelo. Sabes que vivirás, pero ¿Y ella? Tu querida Sunniva. Todavía puedes elegir. Lo único que necesitas es que nadie te convenza de lo contrario.

—¡Maldito embaucador! ¡Habla claro!

—Ocupa su lugar, pese a lo que debe o no debe ser —dijo mirando sesgadamente a Velkan —.El mismo mundo que ahora está aquí, seguirá mañana igual que ayer. Cuando mis hermanos dormían en él, donde hoy moran tus progenitores. Toma su sitio. Si no lo haces, la historia de nuestra sucesión se perderá, y la estirpe de los Brown quedará recordada como una mísera existencia de desgracias, habrá vivido mucho menos de lo que nos brinda la vida. Para recuperar tu

naturaleza debes conocer la que ahora reside en ti ¡Mata! ¡Sé lo que eres hermano!

—¡No le escuches! —gritó el cazador viendo como caían lágrimas por mis mejillas.

El Conde nos acababa de revelar que yo era una auténtica vampira, y que aún con diferencias, ahora nos encontrábamos Louie y yo como seres de vida nocturna.

«Si deseaba una vida mortal, debía desear mi muerte».

—El latido de mi corazón está a punto de extinguirse. Si esta noche bebes de ella hasta hacerla derrumbarse a tus pies, te garantizo que ya no sentirás ciego amor, ni desearás volver a escuchar el sonido de su voz. Estarás satisfecho, como debes estarlo, con toda la vida que en tus manos tienes por delante. Cuando se vaya, nunca tendrás hambre de lo mismo. El rojo de las cosas jamás se mostrará como la deseada escarlata que te persigue. Volverás a ver la Luna del mismo modo, como el tiempo de oscuridad que precede a la belleza del Sol, que tendrás el privilegio de contemplar, y verás la muerte en toda su armonía y perfección, sintiendo la vida como la sentiste hasta que ella te la arrebató, como sólo se conoce si no se puede prever la muerte. ¿Lo comprendes Louie? Únicamente tú, aquí, y ahora, puedes golpear la mano de Dios.

Louie apenas movió los labios, pero lo hizo, y encontró muertas las palabras que no estaba seguro de pronunciar. Entre tanto los ojos de Edwin Brown, más entornados aún, seguían fijos en su poderosa decisión. «Ahora Louie era el verdadero vampiro; y yo parecía el espejo». Era una auténtica locura, ¡Peor que una locura!

Tras haber absorbido la sangre de Montesco su ferocidad animal era diferente, una expresión siniestra en su pura cualidad mecánica que inexplicablemente todavía me resultaba más atrayente. Y en ese momento, un recuerdo de mi niñez irrumpió en mi mente.

Una vez leí que para algunos, existe una extraña conexión respecto al incontrolable deseo del vampirismo, y aunque el atractivo Conde en ningún momento se hizo con mi corazón, si causó en mí un embrujo irresistible que ahora acababa de ocupar el cuerpo de mi amado.

—Mi tiempo se acaba. No cometas el error que yo cometí. «Vive».

Las palabras de Montesco seguidas de un movimiento definitivo marcaron el principio del fin, cuando ante la sorpresa de todos se arrebató definitivamente la vida con la pequeña estaca que se agenció del correaje de su enemigo, a quien acababa de brindarle la oportunidad de recuperar la mortalidad sin actuar como un asesino, pues cuando un vampiro muerde a otro vampiro, y no es el último, lo hiere profundamente sumiéndolo en un gran dolor pero no lo mata, y no hubiera tenido más remedio que emplear un método criminal.

El cuerpo de Edwin Brown comenzó a consumirse como si se

alimentara de si mismo absorbiendo hasta los huesos, acabando todo reducido en cenizas arremolinadas como hojas de otoño, por la sutil corriente que alcanzaba la cámara. En cuestión de segundos no quedaba nada del vampiro, excepto su brillante relicario.

Los ojos de Louie se humedecieron por un breve segundo y una expresión de genuino pesar se dibujó en sus facciones. Pero pasó tan deprisa como había llegado, y su semblante no tardó en adoptar de nuevo una lustre fachada fría y distante que se arrodilló recogiendo la pequeña caja. Su interior conservaba desde su muerte, un mechón de cabello de su hermana Mercy. Después de suspenderlo en su cuello se puso en pie, y se volvió hacia mí con unos ojos que ardían en un gélido desdén y un odio sin límites. Su cruel inhumanidad me enfureció tanto, que le devolví una ardiente mirada iracunda, mientras nuestras venas revolvían su sangre.

«Mi turno había llegado».

Caminé hacia Louie lentamente, esforzándome por mostrar una sonrisa que desafió el sudor de cada poro de mi piel y el violento temblor de mis piernas, exteriorizando la satisfacción de saber que no era él, el que había caído en las terribles garras de la muerte.

Nos encontrábamos frente a frente, deseando abrazarnos. Pero entonces una fuerza desconocida nos atrapó incontroladamente, engendrando el temor suficiente como para desconocer la reacción de nuestro instinto, de si sería capaz de actuar en nuestro lugar después de saber que finalmente el auténtico duelo por la mortalidad debía sucederse entre nosotros. El rostro de Velkan irradiaba tal mezcla de conocimiento y prudencia, que parecía saber perfectamente la respuesta de nuestra condición vampírica, y avanzó unos pasos con la mano levantada indicando a sus hombres que le siguieran, para acabar deteniéndose a una distancia sensata, desde la que nos rodearon apuntándonos con el objetivo de sus armas.

De repente un murmuro resonó en mi interior. Era la voz de Louie pronunciando mi nombre, despidiéndose, «retándome». No teníamos alternativa. Debíamos luchar. Destruir la infección que vivía en nosotros para que no se extendiera hasta Dios sabe cuánto y cuando, aprovechar la oportunidad de vivir para uno de los dos.

Entonces el cazador interpretó nuestros rostros defensivos; listos para resistir un ataque. Supo que habíamos comprendido que el sacrificio por lo que la humanidad debe estar libre de errores, puede llegar a quebrantar incluso el amor más fuerte, más si la retribución es tan alta e impagable que por ningún otro medio. Y en ese momento Vladimirescu ordenó bajar las armas, y todo el mundo se apartó de nuestro camino.

Sin embargo nosotros no éramos seres humanos, sino vampiros, y si los mortales pueden llegar a hacer cosas extraordinariamente

imprudentes por sus seres más queridos, la desesperación al límite de los no-muertos por lo que ambicionan o aman, es capaz de alcanzar tal conflicto en su interior, que bien puede hacer vencer a los sentimientos aún condenados a la eternidad.

Ajenos a nuestro alrededor, nos miramos con la furia con la que se puede llegar a amar y odiar hasta el infinito, y corrimos confrontados con las garras extendidas desafiando nuestros cuerpos. Nos acercábamos a un terreno que para ambos era sagrado, y comprendimos que habíamos llegado demasiado lejos. Pero justo antes de encontrarnos, Louie se detuvo reculando levemente, envolviéndome con sus brazos con fuerza.

En aquel ínterin sucedieron muchas cosas.

Atrapada entre sus extremidades mientras se bifurcaban membranosas alas, a un ritmo acelerado de metamorfosis, las agitó exhibiéndolas con poderosa decisión. A continuación esbozó una cortes sonrisa, y continuó por un camino que discurría mucho más allá de la rivalidad, dirigiendo unas palabras a mi oído con voz seductora, mientras me acariciaba el rostro como una invitación confidencial a cualquier cosa que ambos pudiéramos desear.

—Mi querida Sunniva, «¿De qué sirve ser mortal, si te niegas el mayor placer de la vida?».

Aquello no impidió que mi interior considerara con cierta mordacidad, lo complicado que resultaría disfrutar de dicho placer, pues cuando sabes que un experimentado trampero y su orden de legatarios te estarán acechando a través de los siglos, no ansías librar nuevas batallas exponiéndote incesantemente a que tu cabeza arda en la hoguera.

Después giró sobre sí mismo en una seca maniobra, deslizándose con un vertiginoso planeo por encima de los hombres. Y al alcanzar la superficie respiré profundamente.

El viento me apartaba el pelo del rostro manchado de la sangre de la camisa de Louie, y sonreí al recordar que sólo dos noches atrás había considerado la posibilidad del peor de los desenlaces. «Le había tenido miedo a una inmortalidad sin enemigos superiores que destruir o que me destruyeran ».

Pero la amenaza de una aurora sonrosada precedente a la salida de Sol, nos acechaba muy de cerca, y mi amado aceleró nuestra huída hacia las montañas de Rila, hasta alcanzar el pico más alto de la región de los Balcanes; el Musala. La montaña de Alá nos concedió la tregua que necesitábamos resguardándonos de los primeros rayos, donde tras tomar tierra, las espaldas de mi salvador recuperaron su forma.

EPÍLOGO

Louie me envolvía entre sus brazos. Desde la magnificencia de aquella altura celestial, sólo se podía admirar belleza, un paisaje envidiable digno de contemplar. Era increíble, pero podía sentir su inexistente calidez sobre mi insensible piel y el frío suelo de piedra. Él me sonrió y yo me reí de mis necios miedos. El duelo no se había llevado a cabo, pero la guerra parecía haber terminado.

Fue entonces cuando de repente, mi interior intentó reprimir un súbito estallido de dolor que descargó un zumbido agudo en mi cráneo que sentí fulminante, y el sudor empezó a cubrirme la frente mientras notaba una especie de retorcimiento, como si me estuvieran atando las entrañas. No puedo medir exactamente cuánto me impresionó ese hecho, pero desde el primer instante supe que era algo que yo podía llegar a averiguar del todo. Y recordé los días en los que Louie y yo nos encontrábamos en la playa, especialmente aquel en el que nos entregamos el uno al otro. Y en ese momento mi inexplicable angustia tuvo respuesta.

En mi vientre otro poder parecía contestar al mío, no con resistencia, sino con una fuerza inescrutable y estremecedora. La semilla procedente de nuestro amor se acababa de manifestar. Una pasión por la pequeña alma de un nuevo vampiro que quizás podía llegar a ser más demoníaco que ningún otro que hubiera existido, pero en quien sin conocerlo, veía la única posibilidad de bien en el mal que era consciente de estar concibiendo. Entonces nos dimos cuenta de que habíamos desenmascarado el verdadero propósito que la remota esencia había albergado durante tanto tiempo. El mismo que bajo la sospecha de Vladimirescu éste nos confesó la noche del trayecto hacia su morada.

El cazador siempre tuvo el convencimiento de que de algún modo, a expensas de su propietario, la naturaleza de su identidad se custodiaba a sí misma, y desde que fuera concebida, tal y como el plasma infecto que en otros tiempos ya acampara en los territorios más sombríos del mundo, tenía como objetivo acrecentar su domino sobre los cuerpos que atravesara, pues por encima de todo ansiaba volver a extenderse entre los vivos. A partir de entonces un sinfín de nuevos días asomarían sin tregua, y tendríamos que alimentarnos de algún modo en un mundo repleto de sangre virgen que se servía sin barreras ante nosotros.

Sin embargo habíamos encontrado algo nuevo por lo que vivir, mucho por lo que luchar, puede, que «para toda la eternidad».

. . .

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi marido Fernando y a mi hijo Efrén, porque este libro está sazonado con su ternura y cariño, y el corazón ha de ser puesto al máximo en todo trabajo en cualquier forma de arte.

Gracias a todos mis lectores porque su elección forma parte de la propagación de esta obra basada en la leyenda que tantos aman y temen.

Gracias a Mercy Brown donde quiera que se encuentre.